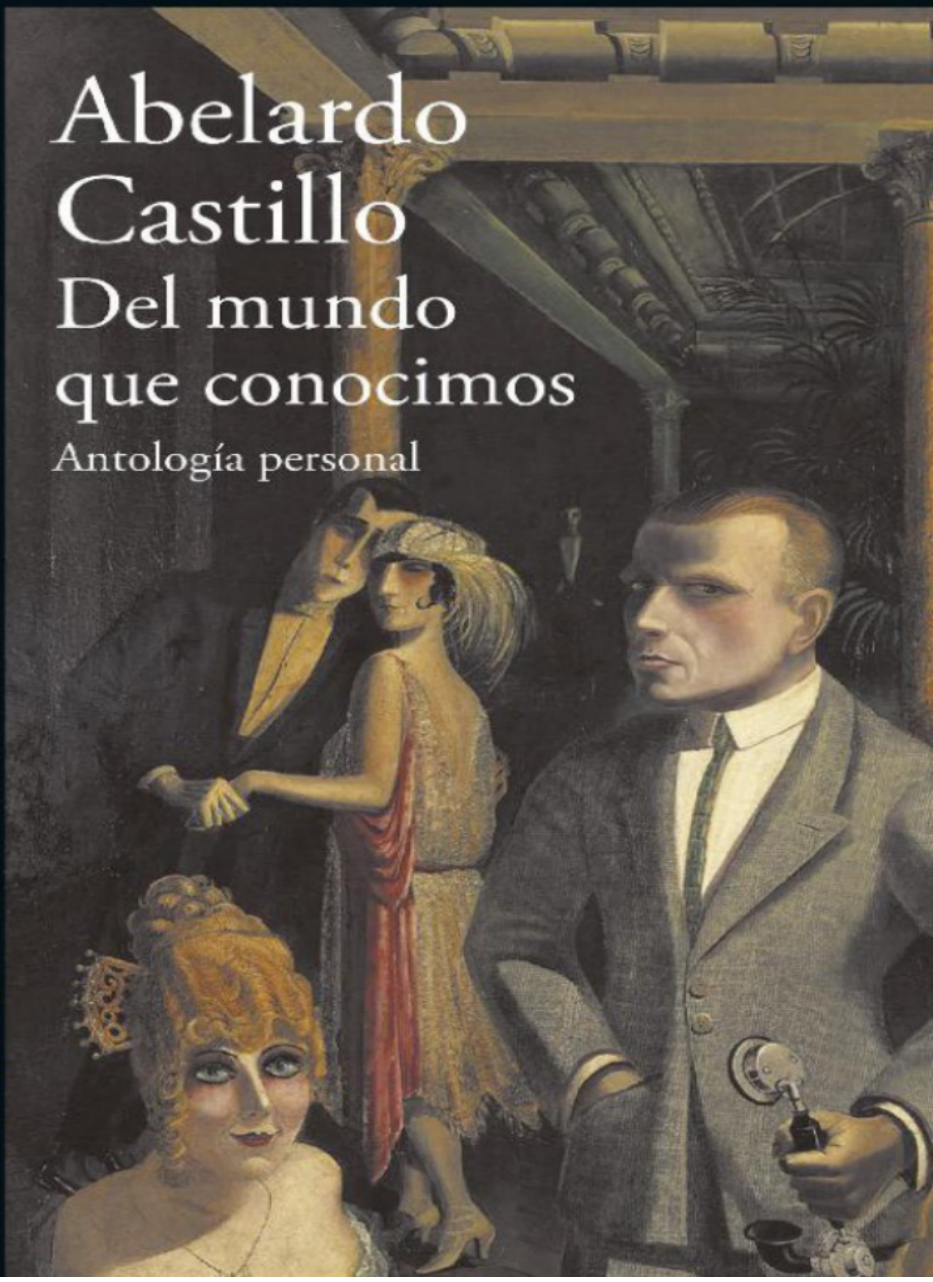
ALFAGUARA

Abelardo Castillo

Del mundo que conocimos

Antología personal



Narrativa Hispánica

Abelardo Castillo

Del mundo que conocimos

Antología personal

Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

Prólogo

Del mundo que conocimos no es, no quiere ni simula ser un libro nuevo. Es apenas un nuevo libro. Estas mismas palabras las escribí en el prólogo de *El cruce del Aqueronte* (1982); éstas y casi todas las que le siguen. Me siento con el derecho de repetirlas porque ese libro ya no volverá a publicarse. Le debo esta aclaración al lector atento, si es que esa especie, como tantas otras, no se ha extinguido en la Argentina. O se la debo a mi lector, suponiendo que el pronombre posesivo no suene aquí algo delirante o descomunal. En todo caso, me la debía a mí mismo: a una cierta ética que no toca solo a la literatura. Cunden en nuestro país, desde hace tiempo, libros colecticios y residuales donde, sin aclaración alguna, se imprimen en distinto orden y con nuevo título textos que ya parecían repetidos en su primera edición. Este género, que podría denominarse "sobras completas", lo fundaron ensayistas de pensamiento inmóvil y no era criticable. Todos, al fin y al cabo, vivimos repitiendo las mismas ideas: tomarse la molestia de cambiarles la sintaxis es, bien mirado, una ilusión. Lo grave es que algún autor de ficciones vio las ventajas del procedimiento. Los editores no suelen apasionarse por reimprimir una obra; la aceptan o se les pasa por alto, si el autor le cambia el nombre. Recuerdo un narrador de mi generación, excelente por lo demás, que antes de cumplir treinta años ya había publicado tres veces el mismo y su único libro con la sola invención de agregar un cuento y superponerle tres títulos.

Quiero quedar en paz con quien me lea. Libros de cuentos, yo sólo he publicado cinco: *Las otras puertas*, *Cuentos crueles*, *Las panteras y el templo*, *Las maquinarias de la noche*, *El espejo que tiembla* e integran un ciclo cuyo título general es *Los mundos reales*. *Del mundo que conocimos* no pertenece a esa obra: es un mapa personal o selección a la que deliberadamente no voy a llamar antología. Ya se verá por qué. He ordenado estos relatos como si fueran un libro autónomo, es decir, una totalidad. La unidad de efecto, de la que hablaba Edgar Poe, vale no sólo para el cuento sino para el libro de cuentos.

Creo en la literatura como testimonio; creo en la literatura

como arte. Ontofanía, modo del conocimiento, lúcido compromiso con la historia, pasadizo que desemboca en el sueño o la locura, escribir ficciones es para mí, antes que nada, un acto poético. La belleza y la forma son la verdad y aun la subversión de un texto: el cuento, ya lo vio Faulkner, es justamente el género donde el prosista toca a veces ciertos límites de la palabra. Por supuesto, no ignoro la distancia que va de *Los hermanos Karamázov* o *Guerra y paz* a "El capote" de Gógol, aunque el propio Dostoievski —y seguramente también Tolstói— pensara que toda la literatura rusa sólo aspiraba a repetir "El capote". Lo que no veo tan claro es la diferencia entre la obra total de un Chéjov o un Maupassant y la de cualquier vasto novelista. No digo esto para justificar o privilegiar un género que no sé si es el mío, ya que no soy del todo ajeno a la novela, sino a modo de perífrasis: para explicar, por fin, por qué este libro no es ni pretende ser una antología. El peor antólogo de un escritor es él mismo; elige sus textos pensando en lo que cree ser, o en lo que le gustaría que el lector creyera que es. La palabra antología, apagado ya el floral aroma griego que la hacía ingenuamente metafórica tiene, hoy, cierta cóncava sonoridad de museo. Supone una elección fundada en méritos; supone un juicio de valor. Infunde la sospecha de que estamos en presencia de lo que es como debe ser. Esto impide que un escritor sea su propio antólogo. No puede serlo sin ser su propio apologista.

A tantos años de mi primer libro, creo saber, como cualquier narrador que haya meditado sobre su literatura y la ajena, qué es un buen cuento, aunque sea mío, y puedo confesar que no todas las páginas de *Del mundo que conocimos* cuentan con mi aprobación crítica. Alguna vez leí que para un escritor existe una consoladora posteridad presente: la crítica extranjera, las traducciones. No creo del todo en estos simulacros de inmortalidad. Marechal y Arlt nunca fueron traducidos en vida. No obstante, si es cierto que las traducciones, las antologías hechas por otros, el juicio desinteresado de quienes nos ven con lejanía, tiene algún valor, varios de estos cuentos no estarían de más en una selección rigurosa. Como sea, el criterio con el que pensé este libro es otro. Es algo más personal. Estos relatos son, por decirlo así, mis preferencias. Dibujan a su modo una especie de autobiografía, que no debe buscarse en las anécdotas, sino en lo "indecible", en lo que cada historia significó para mí (verbal o humanamente) en el momento de escribirla. Hay páginas que son como mojones; otras, como saltos en el vacío. Un gran dibujante, Hermenegildo Sabat, me mostró una tarde un cajón que estallaba de caricaturas y

monstruos. “Llevate los que quieras”, me dijo, “a mí me sirven para recordar el humor que tenía cuando los hice”. Lo que intento decir es algo así. Hay cuentos, en efecto, que son cuentos; y hay espejos, fotografías agrietadas, jirones de pesadillas o alegrías de alguien que es otro. Yo podría explicar por qué cada una de estas historias es representativa de algo: esa explicación apenas tendría que ver con la literatura. Tengo además la esperanza consoladora de que más de un lector lo descubrirá por sí mismo.

Sólo quiero detenerme en algún cuento.

La idea de “La madre de Ernesto”, acaso mi cuento más conocido, no es mía. Un amigo de la adolescencia, César Nicolás Farabollini, me la contó una tarde, en la cocina de mi casa, en San Pedro. “Por los servicios prestados” fue escrito bajo la dictadura militar. Se publicó en la revista *El ornitorrinco* en 1979 como un homenaje inverso a las conmemoraciones castrenses de la campaña del desierto. Hacia 1992, después de publicar la novela *Crónica de un iniciado*, creí haber descubierto que no escribiría más ficciones. Una madrugada de insomnio encendí la computadora y me puse a analizar con mi vetusto Chess Master para D.O.S. viejas partidas mías de ajedrez. En la jugada 11 de un ataque Max Lange recordé que, en un torneo, después de haber hecho esa tremebunda jugada, yo podría haber salido de la sala de juego, matar a toda mi familia y, al volver, mi rival habría seguido pensando. Momento en que cerré el programa, abrí mi Word Perfect 5.1 de antes del Diluvio, y de un tirón, con un teclado sin ñ, ante una pantalla negra, escribí “La cuestión de la dama en el Max Lange”. “El tiempo de Milena”, su origen, fue un sueño, o mejor, tres o cuatro ráfagas de sueños, discontinuos, en una semana de fiebre. La palabra sueño es inexacta. Yo estaba despierto mientras Milena, que todavía no se llamaba Milena, se materializaba a su capricho en algún lugar entre mi cama y el cielo raso, lugar que era, al mismo tiempo, mi dormitorio y los años sesenta y el bar La Comedia y un puente sobre las vías y el Parque Lezica y el paso del Tiempo y la comisaría Quinta, donde le oí decir a Milena con toda claridad que los derechos adquiridos no se pierden. “La fornicación es un pájaro lúgubre”, pese a su título y al escándalo deliberado de su prosa es, me han dicho, una historia muy moral. Tal vez sea menos divertido de lo que parece. Tal vez sea todo lo contrario de lo que parece. Lo empecé a escribir el diez de junio de 1980, como un homenaje a Henry Miller. Más de un año después, cuando lo terminé, resultó ser también un homenaje a Poe.

Nietzsche pensaba que un buen método para combatir la

invasión de libros innecesarios era juzgar a sus autores con el mismo rigor que a los criminales peligrosos. Tal vez por eso, los escritores de otras épocas solían apelar, en sus prólogos, a la indulgencia del lector. Es exactamente lo que yo estoy haciendo ahora.

ABELARDO CASTILLO

La madre de Ernesto

Si Ernesto se enteró de que ella había vuelto (cómo había vuelto), nunca lo supe, pero el caso es que poco después se fue a vivir a El Tala, y, en todo aquel verano, sólo volvimos a verlo una o dos veces. Costaba trabajo mirarlo de frente. Era como si la idea que Julio nos había metido en la cabeza —porque la idea fue de él, de Julio, y era una idea extraña, turbadora: sucia— nos hiciera sentir culpables. No es que uno fuera puritano, no. A esa edad, y en un sitio como aquél, nadie es puritano. Pero justamente por eso, porque no lo éramos, porque no teníamos nada de puros o piadosos y al fin de cuentas nos parecíamos bastante a casi todo el mundo, es que la idea tenía algo que turbaba. Cierta cosa inconfesable, cruel. Atractiva. Sobre todo, atractiva.

Fue hace mucho. Todavía estaba el Alabama, aquella estación de servicio que habían construido a la salida de la ciudad, sobre la ruta. El Alabama era una especie de restorán inofensivo, inofensivo de día, al menos, pero que alrededor de medianoche se transformaba en algo así como un rudimentario club nocturno. Dejó de ser rudimentario cuando al turco se le ocurrió agregar unos cuartos en el primer piso y traer mujeres. Una mujer trajo.

—¡No!

—Sí. Una mujer.

—¿De dónde la trajo?

Julio asumió esa actitud misteriosa, que tan bien conocíamos —porque él tenía un particular virtuosismo de gestos, palabras, inflexiones que lo hacían raramente notorio, y envidiable, como a un módico Brummel de provincias—, y luego, en voz baja, preguntó:

—¿Por dónde anda Ernesto?

En el campo, dije yo. En los veranos Ernesto iba a pasar unas semanas a El Tala, y esto venía sucediendo desde que el padre, a causa de aquello que pasó con la mujer, ya no quiso regresar al pueblo. Yo dije en el campo, y después pregunté:

—¿Qué tiene que ver Ernesto?

Julio sacó un cigarrillo. Sonreía.

—¿Saben quién es la mujer que trajo el turco?

Aníbal y yo nos miramos. Yo me acordaba ahora de la madre de Ernesto. Nadie habló. Se había ido hacía cuatro años, con una de esas compañías teatrales que recorren los pueblos: descocada, dijo esa vez mi abuela. Era una mujer linda. Morena y amplia: yo me acordaba. Y no debía de ser muy mayor, quién sabe si tendría cuarenta años.

—Atorranta, ¿no?

Hubo un silencio y fue entonces cuando Julio nos clavó aquella idea entre los ojos. O, a lo mejor, ya la teníamos.

—Si no fuera la madre…

No dijo más que eso.

Quién sabe. Tal vez Ernesto se enteró, pues durante aquel verano sólo lo vimos una o dos veces (más tarde, según dicen, el padre vendió todo y nadie volvió a hablar de ellos), y, las pocas veces que lo vimos, costaba trabajo mirarlo de frente.

—Culpables de qué, che. Al fin de cuentas es una mujer de la vida, y hace tres meses que está en el Alabama. Y si esperamos que el turco traiga otra, nos vamos a morir de viejos.

Después, él, Julio, agregaba que sólo era necesario conseguir un auto, ir, pagar y después me cuentan, y que si no nos animábamos a acompañarlo se buscaba alguno que no fuera tan braguetón, y Aníbal y yo no íbamos a dejar que nos dijera eso.

—Pero es la madre.

—La madre. ¿A qué llamás madre vos?: una chancha también pare chanchitos.

—Y se los come.

—Claro que se los come. ¿Y entonces?

—Y eso qué tiene que ver. Ernesto se crio con nosotros.

Yo dije algo acerca de las veces que habíamos jugado juntos; después me quedé pensando, y alguien, en voz alta, formuló exactamente lo que yo estaba pensando. Tal vez fui yo:

—Se acuerdan cómo era.

Claro que nos acordábamos, hacía tres meses que nos veníamos acordando. Era morena y amplia; no tenía nada de maternal.

—Y además ya fue medio pueblo. Los únicos somos nosotros.

Nosotros: los únicos. El argumento tenía la fuerza de una provocación, y también era una provocación que ella hubiese vuelto. Y entonces, puercamente, todo parecía más fácil. Hoy creo —quién sabe— que, de haberse tratado de una mujer cualquiera, acaso ni habríamos pensado seriamente en ir. Quién sabe. Daba un

poco de miedo decirlo, pero, en secreto, ayudábamos a Julio para que nos convenciera; porque lo equívoco, lo inconfesable, lo monstruosamente atractivo de todo eso, era, tal vez, que se trataba de la madre de uno de nosotros.

—No digas porquerías, querés —me dijo Aníbal.

Una semana más tarde, Julio aseguró que esa misma noche conseguiría el automóvil. Aníbal y yo lo esperábamos en el bulevar.

—No se lo deben de haber prestado.

—A lo mejor se echó atrás.

Lo dije como con desprecio, me acuerdo perfectamente. Sin embargo fue una especie de plegaria: a lo mejor se echó atrás. Aníbal tenía la voz extraña, voz de indiferencia:

—No lo voy a esperar toda la noche; si dentro de diez minutos no viene, yo me voy.

—¿Cómo será ahora?

—Quién… ¿la tipa?

Estuvo a punto de decir: la madre. Se lo noté en la cara. Dijo la tipa. Diez minutos son largos, y entonces cuesta trabajo olvidarse de cuando íbamos a jugar con Ernesto, y ella, la mujer morena y amplia, nos preguntaba si queríamos quedarnos a tomar la leche. La mujer morena. Amplia.

—Esto es una asquerosidad, che.

—Tenés miedo —dije yo.

—Miedo no; otra cosa.

Me encogí de hombros:

—Por lo general, todas éstas tienen hijos. Madre de alguno iba a ser.

—No es lo mismo. A Ernesto lo conocemos.

Dije que eso no era lo peor. Diez minutos. Lo peor era que ella nos conocía a nosotros, y que nos iba a mirar. Sí. No sé por qué, pero yo estaba convencido de una cosa: cuando ella nos mirara iba a pasar algo.

Aníbal tenía cara de asustado ahora, y diez minutos son largos. Preguntó:

—¿Y si nos echa?

Iba a contestarle cuando se me hizo un nudo en el estómago: por la calle principal venía el estruendo de un coche con el escape libre.

—Es Julio —dijimos a dúo.

El auto tomó una curva prepotente. Todo en él era prepotente:

el buscahuellas, el escape. Infundía ánimos. La botella que trajo también infundía ánimos.

—Se la robé a mi viejo.

Le brillaban los ojos. A Aníbal y a mí, después de los primeros tragos, también nos brillaban los ojos. Tomamos por la Calle de los Paraísos, en dirección al paso a nivel. A ella también le brillaban los ojos cuando éramos chicos, o, quizá, ahora me parecía que se los había visto brillar. Y se pintaba, se pintaba mucho. La boca, sobre todo.

—Fumaba, ¿te acordás?

Todos estábamos pensando lo mismo, pues esto último no lo había dicho yo, sino Aníbal; lo que yo dije fue que sí, que me acordaba, y agregué que por algo se empieza.

—¿Cuánto falta?

—Diez minutos.

Y los diez minutos volvieron a ser largos; pero ahora eran largos exactamente al revés. No sé. Acaso era porque yo me acordaba, todos nos acordábamos, de aquella tarde cuando ella estaba limpiando el piso, y era verano, y el escote al agacharse se le separó del cuerpo, y nosotros nos habíamos codeado.

Julio apretó el acelerador.

—Al fin de cuentas, es un castigo —tu voz, Aníbal, no era convincente—: una venganza en nombre de Ernesto, para que no sea atorranta.

—¡Qué castigo ni castigo!

Alguien, creo que fui yo, dijo una obscenidad bestial. Claro que fui yo. Los tres nos reímos a carcajadas y Julio aceleró más.

—¿Y si nos hace echar?

—¡Estás mal de la cabeza vos! ¡En cuanto se haga la estrecha lo hablo al turco, o armo un escándalo que les cierran el boliche por desconsideración con la clientela!

A esa hora no había mucha gente en el bar: algún viajante y dos o tres camioneros. Del pueblo, nadie. Y, vaya a saber por qué, esto último me hizo sentir audaz. Impune. Le guiñé el ojo a la rubiecita que estaba detrás del mostrador; Julio, mientras tanto, hablaba con el turco. El turco nos miró como si nos estudiara, y por la cara desafiante que puso Aníbal me di cuenta de que él también se sentía audaz. El turco le dijo a la rubiecita:

—Llevalos arriba.

La rubiecita subiendo los escalones: me acuerdo de sus piernas.

Y de cómo movía las caderas al subir. También me acuerdo de que le dije una indecencia, y que la chica me contestó con otra, cosa que (tal vez por el coñac que tomamos en el coche, o por la ginebra del mostrador) nos causó mucha gracia. Después estábamos en una sala pulcra, impersonal, casi recogida, en la que había una mesa pequeña: la salita de espera de un dentista. Pensé a ver si nos sacan una muela. Se lo dije a los otros:

—A ver si nos sacan una muela.

Era imposible aguantar la risa, pero tratábamos de no hacer ruido. Las cosas se decían en voz muy baja.

—Como en misa —dijo Julio, y a todos volvió a parecernos notablemente divertido; sin embargo, nada fue tan gracioso como cuando Aníbal, tapándose la boca y con una especie de resoplido, agregó:

—¡Mirá si en una de ésas sale el cura de adentro!

Me dolía el estómago y tenía la garganta seca. De la risa, creo. Pero de pronto nos quedamos serios. El que estaba adentro salió. Era un hombre bajo, rechoncho; tenía aspecto de cerdito. Un cerdito satisfecho. Señalando con la cabeza hacia la habitación, hizo un gesto: se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

Después, mientras se oían los pasos del hombre que bajaba, Julio preguntó:

—¿Quién pasa?

Nos miramos. Hasta ese momento no se me había ocurrido, o no había dejado que se me ocurriera, que íbamos a estar solos, separados —eso: separados— delante de ella. Me encogí de hombros.

—Qué sé yo. Cualquiera.

Por la puerta a medio abrir se oía el ruido del agua saliendo de una canilla. Lavatorio. Después, un silencio y una luz que nos dio en la cara; la puerta acababa de abrirse del todo. Ahí estaba ella. Nos quedamos mirándola, fascinados. El deshabillé entreabierto y la tarde de aquel verano, antes, cuando todavía era la madre de Ernesto y el vestido se le separó del cuerpo y nos decía si queríamos quedarnos a tomar la leche. Sólo que la mujer era rubia ahora. Rubia y amplia. Sonreía con una sonrisa profesional; una sonrisa vagamente infame.

—¿Bueno?

Su voz, inesperada, me sobresaltó: era la misma. Algo, sin embargo, había cambiado en ella, en la voz. La mujer volvió a sonreír y repitió “bueno”, y era como una orden; una orden pegajosa y caliente. Tal vez fue por eso que, los tres juntos, nos

pusimos de pie. Su deshabillé, me acuerdo, era oscuro, casi traslúcido.

—Voy yo —murmuró Julio, y se adelantó, resuelto.

Alcanzó a dar dos pasos: nada más que dos. Porque ella entonces nos miró de lleno, y él, de golpe, se detuvo. Se detuvo quién sabe por qué: de miedo, o de vergüenza tal vez, o de asco. Y ahí se terminó todo. Porque ella nos miraba y yo sabía que, cuando nos mirara, iba a pasar algo. Los tres nos habíamos quedado inmóviles, clavados en el piso; y al vernos así, titubeantes, vaya a saber con qué caras, el rostro de ella se fue transfigurando lenta, gradualmente, hasta adquirir una expresión extraña y terrible. Sí. Porque al principio, durante unos segundos, fue perplejidad o incomprensión. Después no. Después pareció haber entendido oscuramente algo, y nos miró con miedo, desgarrada, interrogante. Entonces lo dijo. Dijo si le había pasado algo a él, a Ernesto.

Cerrándose el deshabillé lo dijo.

El candelabro de plata

Nunca he podido dominar mis impulsos. En este sentido me reconozco un sujeto primitivo, puro, incapaz de adaptarme al florido mundo, donde, para tranquilidad de la hermosa gente, se cultivan con sensatez todas las formas del buen gusto, la hipocresía y el cinismo. Pero al menos hoy he comprendido algo; lo he comprendido después de lo que pasó esta noche: soy un hombre bueno. No lo digo, no escribo esto, para justificar nada. De ocurrirme semejante cosa debería admitir que yo mismo repudio lo que he hecho, y no es cierto, y aunque fuera cierto: acabo de hacer *feliz* a un miserable. Quién podría juzgarme, quién sobre la Tierra (quién en el cielo) se atrevería a juzgarme.

Mejor vayamos por partes. Todavía estoy borracho perdido pero trataré de ser coherente.

Todo empezó esta misma tarde; es decir, la tarde de ayer, puesto que ahora deben de ser las tres o las cuatro de la mañana. Madrugada del 25 de diciembre de 1956. Navidad. Sobre la mesa todavía quedan restos de la insólita fiesta. El candelabro de plata, más anacrónico que nunca en medio de la suciedad y la pobreza que lo rodean, parece ocuparlo todo ahora. Nunca he comprendido por qué este candelabro no ha ido a parar, como las otras pocas cosas heredadas de mi padre, al Banco de Empeño, o al cambalache. En esto, pienso, se parece a la conciencia. Supongo que nunca voy a poder desprenderme de él.

Digo que empezó a la tarde. Había ido a dar sabe Dios cómo a cualquier sórdido callejón del Dock, cuando, al oír un acordeón y las risas de un cafetín del muelle, reparé en la fecha. Entonces *me vi* en el viejo parque de nuestra casa. No sé explicarlo. Las luces, las esferas de colores: recordé todo eso, recordé el portalito que yo mismo, mezclando hasta el absurdo ríos azules y arpilleras nevadas, construía todos los años en mitad del jardín (me acuerdo ahora del Dios-Niño, siempre espantosamente grande en relación con su divina madre, como justificando al fin lo milagroso del alumbramiento), y sentí un asco tan profundo por mi vida que —como quien se lava— decidí celebrar mi propia Nochebuena.

La idea parecerá trivial, pero a mí me apasionó y, antes de las

diez, también había fiesta en este innoble agujero que ahora es mi casa. Con orgullo pueril, me senté a contemplar el espectáculo. El candelabro labrado, en el centro de la mesa, parecía irradiar su antigua serenidad hacia todos los rincones. Al principio me sentí bien; era una sensación extraña, como de paz —un gran sosiego—, pero, poco a poco, empecé a preocuparme. Qué significaba todo esto. Para qué lo había hecho: para quién. Podría jurar que en ese preciso instante supe que estaba solo y, por primera vez en muchos años, necesité imperiosamente de alguien. Una mujer. No. Rechacé la idea con repulsión. Hubo una sola capaz de ser insustituible (capaz de no ser insoportable) y ésa no vendría ya. Nunca vendría.

Entonces recordé al viejo checoslovaco.

Lo había visto muchas veces en uno de esos torvos cafés del puerto que suelo frecuentar cuando, embrutecido de ginebra, quiero divertirme con la degradación de los demás, y con la mía. Pobre viejo: semioculto en un recoveco, siempre igual, como si formara parte de la imagen infame de la cantina, fumando su pipa, mirando fijamente un vaso de bebida turbia. Nunca habíamos hablado. Jamás lo hago con nadie —llego y me emborracho solo, a veces también escribo alguna cosa absurda que después arrojo al primer tacho de basuras que encuentro a mi paso—; pero yo sabía que él me miraba. Era como si una ligazón muda, un vínculo invisible y misterioso, nos uniera de algún modo. Al menos, teníamos una cosa en común, dos cosas: la soledad y el fracaso. El viejo checoslovaco; ése era el hombre que yo necesitaba.

Cuando llegué frente a la roñosa vidriera del negocio, lo vi. Ahí estaba, tal como lo había supuesto. Una atmósfera desacostumbrada rodeaba al viejo —también allí se regocija uno de que nazca Dios, de que venga y vea cómo es esto—. Una mujer pintarrajeada se le acercó y, riendo, le dijo alguna cosa; él no pareció darse cuenta. Sí, ése era mi hombre. Me abrí paso entre las parejas. Enormes marineros de ropas mugrientas abrazaban a mujerzuelas indescriptibles que se les echaban encima y reían. Alguna de ellas dijo: “¿Quién te creés vos que soy?”, y, adornado con un insulto brutal, le respondieron quién se creían que era. No podía soportar aquello; por lo menos, no esta noche; pensé que si me quedaba un minuto más iba a vomitar, o a golpear a alguien, o a llorar a gritos, no sé. Llegué hasta el viejo y lo tomé del brazo.

—Te venís conmigo —le dije.

Mi voz debe de haber sido asombrosa; el hombre alzó los ojos, unos ojos celestes, clarísimos, y balbuceó:

—¿Qué dice usted, señor…?

—Que ahora mismo te venís conmigo, a mi casa, a pasar una Nochebuena decente.

—Pero, cómo, yo… con usted.

Casi a rastras lo saqué de allí. Nadie, sin embargo, nos prestó atención.

Faltaba algo más de una hora para la medianoche. El viejo, cohibido al principio, de pronto empezó a hablar. Tenía un acento raro, dulce. Se llamaba Franta, y creo no haberme sorprendido al darme cuenta de que no era un hombre vulgar; hablaba con soltura, casi con corrección. Acaso yo le había preguntado algo, o acaso, rota la frialdad del primer momento (para esa hora ya estábamos bastante borrachos), la confesión surgió por sí misma. El hecho es que habló. Habló de su país, de una pequeña aldea perdida entre colinas grises, de una mujer rubia cuyos ojos —fueron sus palabras— eran transparentes y azules como el cielo del mediodía. Habló de un muchachito, también rubio, también de ojos azules.

—Ahora será un hombre —había dicho—. Hace treinta años, cuando vine a América, él apenas caminaba.

Dijo que ése era su último recuerdo. Bebió un trago de champán y agregó:

—Pensar, señor, que ahora tiene un hijo. Qué cosa. Y yo me los imagino a los dos iguales, qué cosa.

Yo pensé entonces en aquel nieto. Ojos de cielo al mediodía, pelo de trigo joven, de qué otro modo podía ser. Sólo que el viejo Franta difícilmente iba a comprobarlo nunca.

—Pero, ¿cómo supiste de ellos?

—El capitán de un barco mercante, señor, me reconoció hace un mes.

Yo pensaba, me acuerdo, cómo era posible reconocer en ese pordiosero que tenía delante, en ese viejo entregado, roto, la imagen que dejó en otro treinta años atrás. Y ahora pienso que siempre queda algo donde hubo un hombre, y quién sabe: a lo mejor, a mí también me va a quedar algo cuando, como el viejo, tenga la mirada perdida y le diga “señor” al primer sinvergüenza bien vestido que me hable. Pregunté:

—¿Y no intentaste volver…? ¿No trataste…?

Él me miró, perplejo; después, a medida que hablaba, su cara fue endureciéndose.

—Volver. ¿Volver así? Usted lo dice fácil, señor; pero es… Es

muy feo. Volver como un mendigo —el tono de su voz empezó a ser rencoroso—, un mendigo borracho que en la puerta de la iglesia pide por un Dios en el que ya no cree… No, señor. Volver así, no. Ella, Mayenko, se murió hace mucho, y mejor si allá piensan que yo también me morí hace mucho… —Hizo una pausa, ahora hablaba como quien escupe.— Yo me jugué la plata que había juntado para hacerla venir, ¿se da cuenta?, entonces ella se murió. Esperando. No ve que todo es una porquería, señor.

La palabra es una caricatura miserable. Quién puede explicar con palabras, aunque esté contando su propia vida, todo lo que induce a un hombre a entregarse, a venderse todos los días un poco, hasta llegar a ser como vos, viejo. Cuántas pequeñas canalladas, cuántas porquerías imperceptibles forman esa otra gran porquería de la que él habló: el alma. Pobre alma de miserables tipos que ya han dejado de ser hombres y son bestias, bestias caídas, arrodilladas de humillación.

—Qué vergüenza, señor.

Eso dijo, qué vergüenza, y después agregó: No poder matarse.

Para el viejo Franta yo era algo así como un millonario, tal vez un poco desequilibrado y algo artista (mis ropas, la manía que tengo de escribir en los tugurios y acaso el candelabro le habían hecho suponer semejante desatino), yo era un loco con plata, en suma, que buscaba literatura en los bajos fondos de Buenos Aires. Entonces empezó a darme vueltas en la cabeza aquella idea que, más tarde, se transformaría en un colosal engaño.

Quiero decir algo: miento prodigiosamente. Y es natural. La fantasía del que está solo se desarrolla, a veces, como una corcova de la imaginación, un poco monstruosamente; con ella elabora un universo tramposo, exclusivo, inverificable, que —como el creado por Dios— suele acabar aniquilándose a sí mismo. El suicidio o la locura son dos formas del apocalipsis individual: la venganza de la soledad.

Pero éste es otro asunto. Lo que quería decir es que amo la mentira, la adoro, me alimento de ella y ella es, si tengo alguna, mi mayor virtud. Miento, de proponérmelo, con maestría ejemplar, casi genialmente. Y esta noche puse toda mi alma en el engaño. Él me creía rico y caprichoso, pues bien: lo fui. A medida que yo hablaba bebíamos sin interrupción y, a medida que bebíamos, mi palabra se hacía más exacta, más convincente, más brillante. Lo engañé, pobre viejo, lo engañé y lo emborraché como si fuera un

chico. De todos modos, no puedo arrepentirme de esto. Conté una historia inaudita, febril, en la que yo era (como él quiso) uno que no entraría aunque un escuadrón de camellos se paseara por el ojo de una aguja. Mi fortuna venía de generaciones. Jamás, ni con el más prolijo y concienzudo derroche, podría desembarazarme de ella; esta forma de vivir que yo llevaba —él lo había adivinado— no era más que una extravagancia, una manera de quitarme el aburrimiento. El viejo, poco a poco, empezó a odiarme. Y yo, mientras improvisaba, iba llenando una y otra vez nuestras copas. Ennoblecida por alcohol, la idea aquella se gestaba cada vez más precisa y fascinante: yo haría feliz a ese pobre diablo. Aunque todavía no sabía cómo.

De pronto, dijo:

—Pero, ¿por qué, señor, por qué…?

No acabó de hablar: no se atrevió. Yo supe que en ese instante me aborrecía con toda su alma. Ah, si él, el mugriento vagabundo, hubiera tenido una parte, al menos una parte de mi supuesta fortuna. Sí, yo sabía que él pensaba esto; yo sabía que ahora sólo pensaba en una aldea lejana, en un chico de mirada transparente y pelo como trigo joven. Sin responder, me puse de pie. Fui a buscar las dos últimas botellas que nos quedaban.

Le estaba dando la espalda ahora, pero podía verlo: inconscientemente su mano se había cerrado sobre el mango de un cuchillo que había sobre la mesa, pobre viejo. Ni siquiera pensaba que, de una sola bofetada, yo podía arrojarlo a la calle despatarrado por la escalera. Empezaba, él también, a ser una persona.

Volví a la mesa, sus dedos se apartaron.

—¿Sabés por qué? ¿Querés saber por qué?

Bebimos. Hubo un silencio durante el cual miré rectamente a sus ojos; después, bajando la cabeza como aplastado por el peso de lo que iba a decir, agregué con brutalidad:

—¿Sabés lo que es el cáncer, vos?

El viejo me miraba. Apoyé las manos sobre la mesa y, con mi cara a nivel de la suya, dije:

—Por eso. Porque yo también soy un pobre infeliz que no se anima a partirse la cabeza contra una pared.

El viejo, que me había estado mirando todo el tiempo, de golpe comprendió lo que yo quería decir y sus ojos se hicieron enormes. Concluí secamente:

—Por eso.

—Quiere decir…

—Quiere decir que estás hablando con uno que ya se murió. ¿Entendés? Y entonces ni toda mi plata ni toda la plata de veinte como yo va a poder resucitarme. —Me erguí; hablaba con voz serena y contenida.— Por eso vivo lo poco que me queda como mejor me cuadra. Yo no pertenezco al mundo, viejo. El mundo es de ustedes, los que pueden proyectar cosas, los que tienen derecho a la esperanza o a la mentira. Yo soy menos que un cadáver.

Mis últimas palabras eran tal vez demasiado teatrales, pero Franta no podía advertirlo.

—Cállese, señor… —murmuró.

Y mi idea, súbitamente, se dio forma a sí misma. Como un milagro.

—Un cadáver —dije con voz ronca— que ahora, por una casualidad en la que se adivina la mano de Dios, acaba de encontrar un motivo para justificarse.

De pronto, en el puerto, la noche estalló como una fiesta. En todos los muelles las sirenas empezaron a entonar su histérica salmodia y el cielo reventó de petardos. Brindamos con los ojos húmedos. Fuegos multicolores se abrían hacia el río, desparramando sobre el mundo extravagantes flores de artificio. Fue como si una enloquecida sinfonía universal acompañara mis últimas palabras absurdas y solemnes.

—Por Dios, Franta —dije y creo que gritaba—; por ese Dios en el que vos no creés y que acaba de nacer para todos los hombres, yo te juro que toda mi fortuna servirá para que vuelvas a tu tierra. Es mi reconciliación con el mundo. Vas a volver, viejo, y vas a volver como un hombre.

La Nochebuena se ardía. Pitos, sirenas y campanas se mezclaban con los perfumes nocturnos y entraban en tumulto por la ventana abierta. A nadie le importaba, es cierto, el judío recién nacido que pataleaba en el pesebre, pero todos querían gozar del minuto de felicidad que les ofrecía, él también, con su prodigiosa mentira. En la tierra, bajo la Estrella, los hombres de buena voluntad se emborrachaban como cerdos y daban alaridos.

Franta me miró un instante. Sus ojos brillaban desde lo más profundo, con un brillo que ya no olvidaré nunca: me creía. Me creía ciegamente. En un arrebato de gratitud incontenible me besó las manos y balbuceó llorando:

—No te olvidaré mientras viva.

Me había tuteado. Era un hombre: yo había cumplido mi obra.

Su cabeza cayó pesadamente sobre la mesa. Estaba borracho de alcohol y de sueños. En esa misma posición se quedó dormido.

Soñaba que volvía a la pequeña aldea de colinas grises y acariciaba unos cabellos rubios y miraba unos ojos tan claros como el cielo del mediodía.

Con todo cuidado, retiré mis manos de entre las suyas y me levanté, tambaleante. Tu cabeza era suave y blanca, viejo; yo la había acariciado.

Después levanté el pesado candelabro de plata. Amorosamente, con una ternura infinita, poniendo toda mi alma en aquel gesto, y sin meditar más la idea que desde hacía un segundo me obsesionaba, dije: Feliz Nochebuena, Franta. Y le aplasté el cráneo.

Also sprach el señor Núñez

Pero un lunes, sin aviso previo, Núñez llegó a La Pirotecnia con una valija, o tal vez era un baúl grandioso, descomunal, pasó por la portería a las diez y media, no marcó la tarjeta, no subió al guardarropa. Abrió la puerta vaivén de un puntapié y dijo:

—Buen día, miserables.

Veinte empleados, tres jefes de sección y un gerente sintieron recorrido el espinazo por una descarga eléctrica que los unía en misterioso circuito. En el silencio sepulcral de la oficina, las palabras de Núñez resonaron fantásticas, lapidarias, apocalípticas, increíbles. Nadie habló ni se movió.

—Buen día, he dicho, miserables.

Núñez, con calma, corrió su escritorio hasta ponerlo frente a los demás, y, como un catedrático a punto de dar una clase magistral, apoyó el puño derecho sobre el mueble, estiró a todo lo largo el brazo izquierdo y apuntando al cielo raso con el índice, dijo:

—Cuando un hombre, por un hecho casual, o por la síntesis reflexiva de sus descubrimientos cotidianos, comprende que el mundo está mal hecho, que el mundo, digamos, es una cloaca, tiene que elegir entre tres actitudes: o lo acepta, y es un perfecto canalla como ustedes, o lo transforma, y es Cristo o Lenin, o se mata. Señores míos, yo vengo a proponerles que demos el ejemplo y nos matemos de inmediato.

Levantó del suelo la valija, la puso sobre el escritorio, se sentó y extrajo de entre sus ropas una enorme pistola. Mientras sacaba del bolsillo un puñado de balas, la señora Martha, una dactilógrafa, dio un grito:

—¡Silencio! —rugió Núñez.

Ella se tapó la boca con las manos; de sus ojitos redondos brotaban lágrimas.

—Señora —el tono de Núñez era casi dolorido—, tenga a bien no perturbarme. El hombre, genéricamente hablando, se vuelve tan feo cuando llora… Llorar es darle la razón a Darwin. Toda la evolución de la humanidad es un puente tendido desde el *Pithecanthropus* a la Belleza. La fealdad nos involuciona. Por eso, porque sólo ella, en cualquiera de sus manifestaciones, tiene la

culpa del estado en que se halla el mundo, no titubearé en eliminar de inmediato cuanto pueda seguir afeándolo. Sin embargo, quisiera que cada uno de ustedes muriese por propia voluntad.

La señora Martha ya no lloraba. Él dijo:

—Sí, por propia voluntad, después de haber comprendido lo grotesco, lo irrisorio que es el empleado de oficina. Por otra parte, amigos, el suicidio es la muerte perfecta. Morimos porque se nos antoja. Nadie, ninguna fuerza inhumana nos arrastra. No hay intervención del absurdo. Queda eliminada la contingencia. Se hace de la muerte un acto razonable; quien se mata ha comprendido, al menos, por qué se mata.

Se interrumpió. Había interceptado una seña subrepticia que el señor Perdiguero acababa de hacerle al cadete.

—Oh, no. —Núñez sacudía la cabeza, apenado.— Trampas no. Oiga, señor Perdiguero, parece que usted no ha comprendido —sopesaba la tremenda Ballester Molina—. Ocurre que fui campeón intercolegial de tiro al blanco.

De pronto gritó:

—¡Mirarme todos!

Veinticuatro pares de ojos convergieron sus miradas en los ojos de Núñez: abejas penetrando en el agujerito del panal.

—¡Pararse!

Veinticuatro asentaderas se despegaron de sus sillas como accionadas por súbitas tachuelas.

—¡Sentarse!

Veinticuatro unánimes plof.

—¿Comprendido?

Encendió un cigarrillo. El humo, azul, se elevaba en sulfúricas volutas. Núñez meditaba. Como quien prosigue en voz alta una reflexión íntima, dijo:

—Sí. Indudablemente el oficinista no pertenece a la especie.

Es un estado intermedio entre el proletario y el parásito social. Un monstruito mecánico íncubo del *Homo sapiens* y la Remington. Imagino el futuro: los hombres nacerán provistos de palanquitas y botones. Una leve presión aquí, camina; otra allá, habla; se acciona aquel botón, eyacula; este de acá, orina. No, no me miren asombrados. Eso es lo que seremos con el tiempo. Sucede que se ha degradado el trabajo; la gente ya no quiere andar de cara al sol, la camisa entreabierta y las manos sucias, de gran francachela con la naturaleza. No. El campo está vacío. Los padres mandan a sus hijos al colegio para que sean empleados de banco. Porque también eso se ha degradado: la sabiduría. Que trabajen los brutos y que

estudien los locos; el porvenir del género humano está detrás de un escritorio. Si Sócrates resucitara, sería gerente.

Mientras hablaba, sus manos iban dejando caer rítmicas cápsulas sobre la valija: top, top, top. Parecía absorto en aquella operación.

—¿Saben? Me dio miedo averiguar el número exacto de oficinistas que hay en Buenos Aires…

De pronto bramó:

—¡Pararse!… Así me gusta: la obediencia y la disciplina son grandes virtudes. Si no, miren ustedes a Alemania: el pueblo más disciplinado de la Tierra. Por eso lo pulverizan sistemáticamente en todas las guerras. Pero, al menos, se hacen matar con orden. Sentarse. Lo que quiero decirles es que los odio de todo corazón. Y los odio porque cada hombre odia a la clase que pertenece. Ustedes, los oficinistas, son mi clase. Y nadie se asombre, que esto es dialéctica: la lucha de clases se basa, no como suponen los místicos, en la aversión que se tiene a la clase explotadora, sino en el asco personal que cada individuo siente por su grupo. Esto es simple. Si los proletarios no odiaran su condición de proletarios, no habría necesidad de hacer la revolución. Querer transformar una situación es negarla; nadie niega lo que ama. Lo que pasa es que por ahí se juntan cien mil tipos enfermos de misosiquia y, por ver si resulta, deciden dar vuelta al revés la cochina camiseta social, y es lógico que, para lograrlo, deban exaltar justamente aquello que aborrecen. Pero yo estoy solo. Yo no me siento unido a ustedes por ningún vínculo fraterno. Yo no les digo: salgamos a la calle y tomemos el poder. No me interesa reivindicar al empleado. Nunca gritaría: ¡Viva el Libro Mayor!, ¡queremos más calefacción en la oficina!, ¡dennos más lápices y tanques de birome!, ¡necesitamos cuarenta blocks Coloso más por mes! No. Yo, simplemente los odio. Y cuando les haya hecho comprender lo espantoso que es ser empleado de oficina, entonces, con la unánime aprobación de todos, procederé a matarlos.

Calló. Se había quedado mirando al cadete, un muchacho morochito, de apellido Di Virgilio. Volvió a hablar después de una pausa.

—Oíme, pibe —dijo, y en su voz secretamente se mezclaban la conmiseración y la ternura—. Vos todavía estás a tiempo.

El muchacho, sobresaltado, dio un respingo.

—Sí, sí, a vos te digo. Vos todavía estás a tiempo; tirate el lance de ser un hombre. Escuchá. El empleado de oficina no es un hombre. Es cualquier cosa, una imitación adulterada, un plagio,

una sombra. Todos estos que ves acá son sombras. Fijate qué caras de nada tienen. Y no es que siempre hayan sido así. Se volvieron idiotas de tanto cumplir un horario, de atender el teléfono, de sacar cuentas millonarias mientras tenían un peso en el bolsillo. Vos no te imaginás cómo embestia calcular por miles cuando estás haciendo magia negra para llegar a fin de mes sin pedir un adelanto. Oí: estos sujetos tienen grafito en el cerebro, los metés de cabeza en la maquinita sacapuntas y Faber va a la quiebra, son lápices disfrazados de gente. Zombies que hacen trabajar sus reflejos a razón de noventa palabras por minuto. Autómatas que piensan con las falangetas. Pero vos todavía estás a tiempo, pibe; todavía tenés derecha la columna y aún no te salió el callito irremediable en el dedo mayor… ¿Sabés cómo se llama este dedo?

Núñez irguió, agresivo, su dedo del medio. Dijo:

—Dedo del corazón. Qué me contás. Grandioso como un símbolo; un callito que te sale, alegórico, justo en el dedo del corazón.

La señora Martha, furtivamente, enjugó una lágrima. Después, como quien la guarda, envolvió su pañuelito y lo metió en el bolsillo.

—Y, sin embargo, te va a salir: si te quedás, te va a salir. Y dentro de veinte años serás jefe de sección —al decir esto, Núñez percibió una chispa de odio en los ojos del actual jefe—, pero estarás miope, tendrás una protuberancia escandalosa junto a la uña y, de tanto vivir torcido, te vendrá una hernia de disco a la altura de la quinta o sexta vértebra. Haceme caso, si no, dentro de veinte años, después de haber viajado diecinueve mil veces en colectivos repletos, a razón de cuatro colectivos por día, vas a odiar a la humanidad, te lo juro. Yo sé lo que te digo: andate con los jíbaros, disecá cráneos, hacete anarquista, enamorate como un cretino. Qué sé yo. Pero no sigas acá.

Di Virgilio, con la punta de la lengua asomando por entre los dientes, lo miraba. Después, con lentitud, como fascinado, se puso de pie y quedó junto al escritorio. Núñez sonreía.

—Sí, andate. Andate, te digo…

El muchacho empezó a caminar hacia la salida. De pronto se detuvo; con gesto de pedir permiso volvió la cabeza. Núñez se levantó de un salto. En el extremo de su brazo extendido, la pistola se sacudía frenéticamente; las venas de su cuello parecían dedos.

—¡Andate, bestia!

Di Virgilio desapareció por la puerta vaivén. Un segundo después se ondulaba vertiginosamente en los vidrios ingleses de la

ventana que daba a la calle. El hombre volvió a sentarse.

—Como decíamos hace un rato, parodiando al célebre fraile —continuó con calma—: somos una porquería. Cualquiera de nosotros tiene, como mínimo, quince años de trabajo. Esto, que ya nos acredita como imbéciles, sería suficiente para eximirnos de todo escrúpulo en lo que atañe a una eliminación masiva. Pero hay más. El trabajo, en sí, es una extravagancia; en las condiciones actuales de nuestra sociedad asume caracteres de manía paroxística, tan graves, que hay una ciencia destinada a estudiarlo. Ella nos informa que, en el presente, el hombre le dedica el sesenta y cinco por ciento de su vida, y memorizo textualmente: "más de la mitad de nuestro existir consciente y libremente propositivo". *Problemas psicológicos actuales*, de Emilio Mira y López, página doscientos siete, capítulo ocho. Y bien. Yo puedo demostrar que ese porcentaje, con ser impresionante, no es exacto. No hay tal mitad de existir libre. Sin llegar a conclusiones terroristas y afirmar, por ejemplo, que no hay en absoluto libre existir puesto que la libertad es un mito canallesco, hagamos este cálculo.

Una fría mirada de Núñez paralizó, casi sobre las teclas de las máquinas de sumar, los dedos de por lo menos cuatro empleados.

—Lo del cálculo es con la cabeza —anotó—. Cada día, semana tras semana, todos los meses de estos últimos quince años, nosotros, los oficinistas de este *peligroso* depósito pirotécnico —Núñez acarició significativamente la valija—, nos hemos levantado, los menos madrugadores, a las siete de la mañana, para ocupar nuestro escritorio a las ocho en punto. Hemos ido a almorzar, hemos vuelto, hemos salido a las seis de la tarde. ¿A qué hora regresábamos a nuestra casa?: otra vez a las siete, es decir, medio día después. Agreguemos a esto las ocho horas de sueño que recomiendan los higienistas más sensatos: veinte horas. Las que faltan han sido repartidas, y sigo memorizando el opus de antes, en "satisfacer nuestras urgencias instintivas", leer el diario, indignarse por el precio de la fruta, escuchar el informativo, destapar la pileta. Los más normales. Porque los otros, los que disparando enloquecidos de una oficina a otra pudieron pagar la cuota inicial del aparato televisor (que viene a ser la más sórdida, la última maquinación para embrutecer del todo al género humano), los otros, digo: ni eso. Qué tal.

Alguien hipó un sollozo.

—¿Es necesario decir qué es lo que se hace los sábados y domingos?: dormir, ir al bailongo del club, al cine, al partido, a votar. Algunos, todavía, a misa. Los solteros, salir con la novia o el

novio a darse codazos por Corrientes; los casados, pintar la cocina…

—¡Basta! —clamó la señora Antonia—. Máteme.

—Aún no. La unanimidad, mujer, y sólo ella, manifiesta entre los hombres la voluntad del Gran Tao… ¡Y las vacaciones! ¿Recuerdan ustedes cómo, en qué estado de ruina, volvieron de las últimas vacaciones? ¿Esto es la Vida?: ahorrar energías y pesos durante trescientos cincuenta y cinco días para extravertirlos frenéticamente en diez. Eso es la vida. Vivir a la sombra un año y agarrarse una insolación, complicada con quemaduras de tercer grado, en una semana y media de veraneo.

—Máteme —suplicó la mujer.

—No sea cargosa, señora —y Núñez la amenazó con la culata—. ¿Comprenden ustedes? Yo lo he comprendido. Yo sé lo que es viajar, cuatro veces por día, aplastado, semicontuso, horrorosamente estrujado durante dieciocho idénticos años, en un ómnibus repleto, indiscernible bajo una mezcolanza de trajes, tapados, sobretodos, piernas, diarios. Ah, yo sé lo que es la Humanidad, delante, detrás, encima del zapato, contra los riñones; conozco la infame satisfacción de sentir la cadera de una impúber refregada contra el sexo, o un seno tibio, abollándoseme en el codo… Ésa es la vida, la que les espera hasta que se jubilen. Y cuando se jubilen, ¡Dios mío!, de qué modo habrán perdido la chance de vivir cuando se jubilen. ¿No entienden? Ustedes ya no pueden cambiar: ya no son jóvenes como Di Virgilio, ustedes están irrevocablemente condenados a viajar así, a veranear así; a trabajar frente a un escritorio así… ¡Entiendan!, si no los mato los espera el banco de la plaza. ¿Se dan cuenta? ¿Se dan cuenta, animales, lo que significa estar jubilado? La jubilación es un eufemismo; debiera decirse: “el coma”.

Núñez jadeaba. Una ráfaga de angustia los envolvía a todos. El señor Parsimón, Jefe de Transporte, socialista, en un arranque de humanismo corajudo se puso de pie. El dedo le temblaba. Habló:

—¡Usted deforma la realidad! Usted es un maniático, un pistolero, usted…

—Usted se me sienta —dijo Núñez.

Parsimón se sentó.

—Pero no me callaré —insistía; meritorio, miraba de reojo al gerente—. Usted nos quiere matar. ¿Y por qué a nosotros? Por qué no al ochenta por ciento de la población de Buenos Aires, que vive de la misma manera. ¿Eh? ¿Por qué?

—Voy a explicarle. Por dos motivos: el primero, y acaso el más

importante, se sigue de que Buenos Aires no es una pirotecnia.

Volvió a acariciar la valija, consultó el reloj y sonrió enigmáticamente.

—Y, el segundo, es que en este momento estoy actuando como el representante más lúcido de un grupo social. Digamos que soy el Anti-Marx del oficinismo, y, como tal, he resuelto hacer la revolución negativa. Como Marx, pienso que esto podría originar un proceso permanente. Pero de suicidios. Iniciado el proceso, yo no hago falta… —Se interrumpió.— Lo que estoy notando es mucho movimiento. Vamos a ver: ¡pararse!… ¡sentarse!… Además, ya se los he dicho, nosotros, particularmente, somos irreivindicables.

—Lo irreivindicable para usted —quien hablaba ahora era el señor Raimundi, gerente de la firma, un sujeto pequeñísimo con cara de ratón bubónico y leves bigotitos canos—, lo irreivindicable para usted es el género humano.

Dicho esto, calló.

—Usted puede hablar enfáticamente del género humano, pedazo de cínico, porque tiene un Kaiser Carabela, no va al cine, no conoce el fixture y entra al hipódromo por la oficial; pero yo vivo aplastado por ese género humano. Yo tomo el tranvía 84 en José María Moreno y Rivadavia. Yo veo a la gente en grandes montones ignominiosos. Pregúnteles a esos perros mañaneros que alzan filosóficamente los ojos desde su tacho de basura y miran hacia el colectivo donde se apiñan cien personas, pregúnteles qué opinan del género humano. Yo he adivinado un saludo sobrador, socarrón, en la mirada de esos perros; dicen: “Chau, Rey de la Creación, lindo día para yugarla, ¿no?”. Eso dicen. El amor a nuestros semejantes tiene sentido si no nos imaginamos a nuestros semejantes en manifestación. Nuestros hermanos, de a muchos, pueden producir cualquier cosa: miedo, lástima, oclofobia; pero no buenos sentimientos. La prueba más concluyente de esta verdad es que los tipos más amantes de la humanidad, los místicos, los santos, se iban a vivir al desierto o a la montaña, en compañía de los animales. El mismísimo Jesús predicaba el Amor Universal en una de las regiones más despobladas del planeta. Cuando fue a Jerusalén y vio gente, empezó a los latigazos. Mahoma, mientras estuvo solo, hablaba del Arcángel y de Borak, la yegua alada; cuando se la tomó en serio y comprendió qué es el Amor, armó un ejército.

En el entrecejo de Núñez dos arrugas paralelas caían verticalmente, profundas, hasta el nacimiento de su nariz.

Murmuró algunas palabras en voz baja. El señor Parsimón pareció a punto de decir algo, pero un gesto terrible de Núñez lo detuvo.

—¡Nadie más habla!

Luego, cambiando de tono:

—Y pensar que hubo tiempos en que la humanidad era feliz. Porque, saben, hubo una época en que ocurrían milagros sobre el mundo. La Tierra era ancha y hermosa. Los dioses no tenían ningún prurito en compartir el cotidiano quehacer del hombre; intervenían en las disputas de la gente; astutamente disfrazados, les violaban las esposas… ¡Época azul! Las diosas, lascivas, se revolcaban con los efebos sobre el trebolar, y era posible ver, en cualquier medianoche de plenilunio, un carro que venía por la llanura, uncido de panteras. Y sobre el carro, los dioses, fachendosos, peludos, pegando unas carcajadas bestiales, coronados con racimos de uvas… A propósito, ¿saben lo que tengo en esta valija?: una bomba de tiempo, media docena de detonadores, siete kilos de dinamita y tres barras de trotil.

Cuando acabó de decir esto, pudo presenciar el espectáculo más extraordinario que nadie contempló en su vida. Durante diez segundos, todos permanecieron mudos, estáticos, como un marmóreo grupo escultórico; después, en un solo movimiento, se pusieron de pie, corrieron hasta el centro de la oficina, se abrazaron, corearon un alarido dantesco, y, lentamente, con la perfección de un ballet, fueron retrocediendo hasta la pared del fondo. Allí, cayeron desmayados unos cuantos; los demás, con los ojos enormes elevados hacia el techo, parecían rezar.

—Exactamente así —dijo Núñez— era el terror que experimentaban las ninfas cuando llegaba Pan. Por eso, al miedo colectivo se le llama pánico. En fin. Al verlos ahí, apelmazados, no puedo evitar figurarme el Sindicato de Empleados de Comercio. Todos unidos: alcahuetes, jefes, delegados… ¡Manga de proxenetas! —gritó de pronto, y los de la pared lo miraron con horror: ojos de inmóviles mariposas clavadas por el insulto, como a un cartón—. Pero la Gran Insurrección, la verdadera, reventará como el capullo de una rosa increíble algún día. Ciertos hombres, por supuesto que no todos, comprenderán que la Armonía es la fuerza primordial del universo, y la Belleza, la síntesis última. Vendrá un profeta y dirá, mientras carga una ametralladora atómica: "¡Crearemos las condiciones del mundo venidero, restituiremos el helenismo y las máquinas serán nuestros esclavos! ¡Somos inmortales! ¡Adelante!"… Por eso, compañeros, voy a matarlos.

—¡Nuestros hijos!

—¡Nuestras esposas!

—Cállense, farsantes. Un criminal que, al llegar a su casa, embrutece a su mujer explicándole los beneficios de la mecanización contable, o las posibilidades que tiene de ser ascendido a secretario del gerente, si echan o se jubila o se muere el actual, no tiene esposa. Por otra parte, mirándolo bien a usted, no, no creo que ella lo llore como una loca. ¡Sus hijos! ¿Creen ustedes que el hecho de robarse algún lápiz para el vástago escolar les da derecho de paternidad? —Núñez pudo observar que Raimundi, al escuchar lo de los lápices, estiraba el cuello por detrás del amontonado grupo, tratando de localizar al aludido.— En verdad, en verdad les digo, que sólo los huérfanos de nuestra generación entrarán en el Reino.

Consultó el reloj. Murmuró: falta poco, y una nueva ola de desesperación convulsionó a los de la pared. La mujer que hacía un momento suplicaba ser la primera en inmolarse yacía en el suelo, grotescamente abrazada a los tobillos de Parsimón, quien, dando inútiles saltitos, trataba de desembarazarse de ella. Núñez se puso de pie. Parecía soñar en voz alta.

—Es cierto. Algunos hombres son inmortales. Yo soy de ellos. Di Virgilio se encargará de propagar mi nombre. Él dará testimonio. Also sprach el señor Núñez… Cuando esto explote, otros comprenderán; dirán: él lo hizo. Cuando lo entiendan, ellos también se matarán. La hez humana será raída de la Tierra. Algún conscripto inspirado organizará el fusilamiento de los oficiales y suboficiales; los curas de aldea entrarán a sangre y fuego en el Vaticano. En crujientes hogueras serán quemadas todas las estadísticas, todos los biblioratos, todas las planillas, todos los remitos. Millones de huérfanos de empleados nacionales, en jocunda caravana, abandonarán las ciudades e irán a poblar el campo. ¡Basta de rascacielos insalubres!, dirán. ¡A vivir en las márgenes de los ríos, como los beduinos; no hacia arriba, lejos de la tierra, sino a lo largo! Oh, y algún día la vida será otra vez ancha y hermosa. Cuando falte espacio aquí, poblaremos la Luna y Marte. La Galaxia también es ancha y hermosa. La Belleza, coronada de pámpanos como un dios borracho, entrará triunfal en la casa del hombre, cortejada de machos cabríos… No, los hombres no nacerán provistos de palanquitas y botones. Les será restituida el alma a los hombres. ¿Comprenden? ¿Comprenden ustedes?

Algunas cabezas comenzaron a levantarse. La voz de Núñez temblaba de puro profética. Era Dionisos. Sólo los jefes y sus allegados parecían no entender. El hombre levantó la Ballester

Molina.

—¡Será la euforia de vivir! —gritó, al tiempo que, con formidable estruendo, disparaba unos cuantos tiros al aire—. ¡La embriaguez! ¡La canonización de la risa! Los presidentes de los pueblos serán elegidos por concurso, en grandes Juegos Florales de poesía. Porque todos los hombres serán poetas. ¿No entienden, tarados? Ésta es la chispa madre. Dentro de un instante volarán por el aire todas las instalaciones de La Pirotecnia. Dentro de un instante seremos el monumento negativo: no un panteón, un agujero. Y, de acá a cien años, pondrán una placa recordatoria en el fondo. Una placa con el nombre de todos nosotros.

Núñez, con ambos brazos levantados, seguía descargando estrepitosamente la pistola. Como copos de nieve, caían, desde el cielo raso agujereado, blanquísimos trozos de yeso. Era el momento sublime, sinfónico. De pronto, también los ojos de los jefes empezaron a brillar de felicidad. Los del suelo se habían puesto de pie.

—Así me gusta, que entiendan. Las hecatombes no necesitan más que una chispita para propagar el fuego propiciatorio: ¡nosotros somos esa chispita! Veo la felicidad en todos los rostros. ¡Adelante, hermanos! Hermanos, sí. Muramos.

En efecto, la felicidad de todos los rostros, en especial la de los jefes ahora, iba en aumento. Alcanzó su paroxismo cuando los diez policías y los empleados del Vieytes entraron por la puerta vaivén. La operación fue breve: varios puñetazos, un chaleco de fuerza, el atraso del mecanismo de la bomba, su posterior inutilización y el barrido del piso.

Perdiguero palmeaba a Di Virgilio. El muchacho, sin embargo, no parecía satisfecho. Por fin, Parsimón le dijo:

—En retribución al servicio que le ha prestado a la compañía, desde el mes que viene recibirá doscientos pesos de aumento.

Raimundi le silbó algo al oído. Parsimón dijo:

—Ochenta pesos de aumento.

Se daban las manos. Todos sonreían.

—Y ahora, a trabajar —quien hablaba era el gerente—. Porque ya lo ven: sólo el cumplimiento del deber da buenos frutos. Nuestro compañero Núñez durante dieciocho años fue un empleado excelente, un hombre respetable, y una sola llegada tarde, la única de su vida, bastó para trastornarlo.

Di Virgilio parecía triste, se miraba fijamente el dedo mayor. Después irguió la espalda. Las máquinas empezaron a teclear a sesenta palabras por minuto.

Patrón

I

La vieja Tomasina, la partera se lo dijo, tas preñada, le dijo, y ella sintió un miedo oscuro y pegajoso: llevar una criatura adentro como un bicho enrollado, un hijo, que a lo mejor un día iba a tener los mismos ojos duros, la misma piel áspera del viejo. Estás segura, Tomasina, preguntó, pero no preguntó: asintió. Porque ya lo sabía; siempre supo que el viejo iba a salirse con la suya. Pero m'hija, había dicho la mujer, llevo anunciando más partos que potros tiene tu marido. La miraba. Va a estar contento Anteno, agregó. Y Paula dijo sí, claro. Y aunque ya no se acordaba, una tarde, hacía cuatro años, también había dicho:

—Sí, claro.

Esa tarde quería decir que aceptaba ser la mujer de don Antenor Domínguez, el dueño de La Cabriada: el amo.

—Mire que no es obligación. —La abuela de Paula tenía los ojos bajos y se veía de lejos que sí, que era obligación.— Ahora que usté sabe cómo ha sido siempre don Anteno con una, lo bien que se portó de que nos falta su padre. Eso no quita que haga su voluntad.

Sin querer, las palabras fueron ambiguas; pero nadie dudaba de que, en toda La Cabriada, *su voluntad* quería decir siempre lo mismo. Y ahora quería decir que Paula, la hija de un puestero de la estancia vieja —muerto, achicharrado en los corrales por salvar la novillada cuando el incendio aquel del 30— podía ser la mujer del hombre más rico del partido, porque, un rato antes, él había entrado al rancho y había dicho:

—Quiero casarme con tu nieta —Paula estaba afuera, dándoles de comer a las gallinas; el viejo había pasado sin mirarla.— Se me ha dado por tener un hijo, sabés. —Señaló afuera, el campo, y su ademán pasó por encima de Paula que estaba en el patio, como si el ademán la incluyera, de hecho, en las palabras que iba a pronunciar después.— Mucho para que se lo quede el gobierno, y muy mío. ¿Cuántos años tiene la muchacha?

—Diecisiete, o dieciséis —la abuela no sabía muy bien; tampoco sabía muy bien cómo hacer para disimular el asombro, la alegría,

las ganas de regalar, de vender a la nieta. Se secó las manos en el delantal.

Él dijo:

—Qué me mirás. ¿Te parece chica? En los bailes se arquea para adelante, bien pegada a los peones. No es chica. Y en la casa grande va a estar mejor que acá. Qué me contestás.

—Y yo no sé, don Anteno. Por mí no hay… —y no alcanzó a decir que no había inconveniente porque no le salió la palabra. Y entonces todo estaba decidido. Cinco minutos después él salió del rancho, pasó junto a Paula y dijo "vaya, que la vieja quiere hablarla". Ella entró y dijo:

—Sí, claro.

Y unos meses después el cura los casó. Hubo malicia en los ojos esa noche, en el patio de la estancia vieja. Vino y asado y malicia. Paula no quería escuchar las palabras que anticipaban el miedo y el dolor.

—Un alambre parece el viejo.

Duro, retorcido como un alambre, bailando esa noche, demostrando que de viejo sólo tenía la edad, zapateando un malambo hasta que el peón dijo está bueno, patrón, y él se rio, sudado, brillándole la piel curtida. Oliendo a padrillo.

Solos los dos, en sulky la llevó a la casa. Casi tres leguas, solos, con todo el cielo arriba y sus estrellas y el silencio. De golpe, al subir una loma, como un aparecido se les vino encima, torva, la silueta del Cerro Negro. Dijo Antenor:

—Cerro Patrón.

Y fue todo lo que dijo.

Después, al pasar el último puesto, Tomás, el cuidador, lo saludó con el farol desde lejos. Cuando llegaron a la casa, Paula no vio más que a una mujer y los perros. Los perros que se abalanzaban y se frenaron en seco sobre los cuartos, porque Antenor los enmudeció, los paró de un grito. Paula adivinó que esa mujer, nadie más, vivía ahí dentro. Por una oscura asociación supo también que era ella quien cocinaba para el viejo: el viejo le había preguntado "comieron", y señaló los perros.

Ahora, desde la ventana alta del caserón se ven los pinos, y los perros duermen. Largos los pinos, lejos.

—Todo lo que quiero es mujer en la casa, y un hijo, un macho en el campo —Antenor señaló afuera, a lo hondo de la noche agujereada de grillos; en algún sitio se oyó un relincho—. Vení, arrimate.

Ella se acercó.

—Mande —le dijo.

—Todo va a ser para él, entendés. Y también para vos. Pero andá sabiendo que acá se hace lo que yo digo, que por algo me he ganado el derecho a disponer. —Y señalaba el campo, afuera, hasta mucho más allá del monte de eucaliptos, detrás de los pinos, hasta pasar el cerro, abarcando aguadas y caballos y vacas. Le tocó la cintura, y ella se puso rígida debajo del vestido.— Veintiocho años tenía cuando me lo gané —la miró, como quien se mete dentro de los ojos—, ya hace arriba de treinta.

Paula aguantó la mirada. Lejos, volvió a escucharse el relincho. Él dijo:

—Vení a la cama.

II

No la consultó. La tomó, del mismo modo que secorta una fruta del árbol crecido en el patio. Estaba ahí, dentro de los límites de sus tierras, a este lado de los postes y el alambrado de púas. Una noche —se decía—, muchos años antes, Antenor Domínguez subió a caballo y galopó hasta el amanecer. Ni un minuto más. Porque el trato era "hasta que amanezca", y él estaba acostumbrado a estas cláusulas viriles, arbitrarias, que se rubricaban con un apretón de manos o a veces ni siquiera con eso.

—De acá hasta donde llegues —y el caudillo, mirando al hombre joven estiró la mano, y la mano, que era grande y dadivosa, quedó como perdida entre los dedos del otro—. Clavás la estaca y te volvés. Lo alambrás y es tuyo.

Nadie sabía muy bien qué clase de favor se estaba cobrando Antenor Domínguez aquella noche; algunos, los más suspicaces, aseguraban que el hombre caído junto al mostrador del Rozas tenía algo que ver con ese trato: toda la tierra que se abarca en una noche de a caballo. Y él salió, sin apuro, sin ser tan zonzo como para reventar el animal a las diez cuadras. Y cuando clavó la estaca empezó a ser don Antenor. Y a los quince años era él quien podía, si cuadraba, regalarle a un hombre todo el campo que se animara a cabalgar en una noche. Claro que nunca lo hizo. Y ahora habían pasado treinta años y estaba acostumbrado a entender suyo todo lo que había de este lado de los postes y el alambre. Por eso no la consultó. La cortó.

Ella lo estaba mirando. Pareció que iba a decir algo, pero no habló. Nadie, viéndola, hubiera comprendido bien este silencio: la

muchacha era una mujer grande, ancha y poderosa como un animal, una bestia bella y chúcara a la que se le adivinaba la violencia debajo de la piel. El viejo, en cambio, flaco, áspero como una rama.

—Contestá, che. ¡Contestá, te digo! —se le acercó. Paula sentía ahora su aliento junto a la cara, su olor a venir del campo. Ella dijo:

—No, don Anteno.

—¿Y entonces? ¿Me querés decir, entonces…?

Obedecer es fácil, pero un hijo no viene por más obediente que sea una, por más que aguante el olor del hombre corriéndole por el cuerpo, su aliento, como si entrase también, por más que se quede quieta boca arriba. Un año y medio boca arriba, viejo macho de sementera. Un año y medio sintiéndose la sangre tumultuosa galopándole el cuerpo, queriendo salírsele del cuerpo, saliendo y encontrando sólo la dureza despiadada del viejo. Sólo una vez lo vio distinto; le pareció distinto. Ella cruzaba los potreros, buscándolo, y un peón asomó detrás de una parva; Paula había sentido la mirada caliente recorriéndole la curva de la espalda, como en los bailes, antes. Entonces oyó un crujido, un golpe seco, y se dio vuelta. Antenor estaba ahí, con el talero en la mano, y el peón abría la boca como en una arcada, abajo, junto a los pies del viejo. Fue esa sola vez. Se sintió mujer disputada, mujer nomás. Y no le importó que el viejo dijera yo te voy a dar mirarme la mujer, peón rotoso, ni que dijera:

—Y vos, qué buscás. Ya te dije dónde quiero que estés.

En la casa, claro. Y lo decía mientras un hombre, todavía en el suelo, abría y cerraba la boca en silencio, mientras otros hombres empezaron a rodear al viejo ambiguamente, lo empezaron a rodear con una expresión menos parecida al respeto que a la amenaza. El viejo no los miraba:

—Qué buscás.

—La abuela —dijo ella—. Me avisan que está mala —y repentinamente se sintió sola, únicamente protegida por el hombre del talero; el hombre rodeado de peones agresivos, ambiguos, que ahora, al escuchar a la muchacha, se quedaron quietos. Y ella comprendió que, sin proponérselo, estaba defendiendo al viejo.

—Qué miran ustedes —la voz de Antenor, súbita. El viejo sabía siempre cuál era el momento de clavar una estaca. Los miró y ellos agacharon la cabeza. El capataz venía del lado de las cabañas, gritando alguna cosa. El viejo miró a Paula, y de nuevo al peón que ahora se levantaba, encogido como un perro apaleado—. Si andás

alzado, en cuanto me dé un hijo te la regalo.

III

A los dos años empezó a mirarla con rencor. Mirada de estafado, eso era. Antes había sido impaciencia, apuro de viejo por tener un hijo y asombro de no tenerlo: los ojos inquisidores del viejo y ella que bajaba la cabeza con un poco de vergüenza. Después fue la ironía. O algo más bárbaro, pero que se emparentaba de algún modo con la ironía y hacía que la muchacha se quedara con la vista fija en el plato, durante la cena o el almuerzo. Después, aquel insulto en los potreros, como un golpe a mano abierta, prefigurando la mano pesada y ancha y real que alguna vez va a estallarle en la cara, porque Paula siempre supo que el viejo iba a terminar golpeando. Lo supo la misma noche que murió la abuela.

—O cuarenta y tantos, es lo mismo.

Alguien lo había dicho en el velorio: cuarenta y tantos. Los años de diferencia, querían decir. Paula miró de reojo a Antenor, y él, más allá, hablando de unos cueros, adivinó la mirada y entendió lo que todos pensaban: que la diferencia era grande. Y quién sabe entonces si la culpa no era de él, del viejo.

—Volvemos a la casa —dijo de golpe.

Ésa fue la primera noche que Paula le sintió olor a caña. Después —hasta la tarde aquella, cuando un toro se vino resoplando por el andarivel y hubo gritos y sangre por el aire y el viejo se quedó quieto como un trapo— pasó un año, y Antenor tenía siempre olor a caña. Un olor penetrante, que parecía querer meterse en las venas de Paula, entrar junto con el viejo. Al final del tercer año, quedó encinta. Debió de haber sido durante una de esas noches furibundas en que el viejo, brutalmente, la tumbaba sobre la cama, como a un animal maneado, poseyéndola con rencor, con desesperación. Ella supo que estaba encinta y tuvo miedo. De pronto sintió ganas de llorar; no sabía por qué, si porque el viejo se había salido con la suya o por la mano brutal, pesada, que se abría ahora: ancha mano de castrar y marcar, estallándole, por fin, en la cara.

—¡Contestá! Contestame, yegua.

El bofetón la sentó en la cama; pero no lloró. Se quedó ahí, odiando al hombre con los ojos muy abiertos. La cara le ardía.

—No —dijo mirándolo—. Ha de ser un retraso, nomás. Como

siempre.

—Yo te voy a dar retraso —Antenor repetía las palabras, las mordía—. Yo te voy a dar retraso. Mañana mismo le digo al Fabio que te lleve al pueblo, a casa de la Tomasina. Te voy a dar retraso.

La había espiado seguramente. Había llevado cuenta de los días; quizá desde la primera noche, mes a mes, durante los tres años llevó cuenta de los días.

—Mañana te levantás cuando aclare. Acostate ahora.

Una ternera boca arriba, al día siguiente, en el campo. Paula la vio desde el sulky, cuando pasaba hacia el pueblo con el viejo Fabio. Olor a carne quemada y una gran "A", incandescente, chamuscándole el flanco: Paula se reconoció en los ojos de la ternera.

Al volver del pueblo, Antenor todavía estaba ahí, entre los peones. Un torito mugía, tumbado a los pies del hombre; nadie como el viejo para voltear un animal y descornarlo o caparlo de un tajo. Antenor la llamó, y ella hubiera querido que no la llamara: hubiera querido seguir hasta la casa, encerrarse allá. Pero el viejo la llamó y ella ahora estaba parada junto a él.

—Cebá mate. —Algo como una tijera enorme, o como una tenaza, se ajustó en el nacimiento de los cuernos del torito. Paula frunció la cara. Se oyeron un crujido y un mugido largo, y del hueso brotó, repentino, un chorro colorado y caliente.— Qué fruncís la jeta, vos.

Ella le alcanzó el mate. Preñada, había dicho la Tomasina. Él pareció adivinarlo. Paula estaba agarrando el mate que él le devolvía, quiso evitar sus ojos, darse vuelta.

—Che —dijo el viejo.

—Mande —dijo Paula.

Estaba mirándolo otra vez, mirándole las manos anchas, llenas de sangre pegajosa: recordó el bofetón de la noche anterior. Por el andarivel traían un toro grande, un pinto, que bufaba y hacía retemblar las maderas. La voz de Antenor, mientras sus manos desanudaban unas correas, hizo la pregunta que Paula estaba temiendo. La hizo en el mismo momento que Paula gritó, que todos gritaron.

—¿Qué te dijo la Tomasina? —preguntó.

Y todos, repentinamente, gritaron. Los ojos de Antenor se habían achicado al mirarla, pero de inmediato volvieron a abrirse, enormes, y mientras todos gritaban, el cuerpo del viejo dio una vuelta en el aire, atropellado de atrás por el toro. Hubo un revuelo de hombres y animales y el resbalón de las pezuñas sobre la tierra.

En mitad de los gritos, Paula seguía parada con el mate en la mano, mirando absurdamente el cuerpo como un trapo del viejo. Había quedado sobre el alambrado de púas, como un trapo puesto a secar. Y todo fue tan rápido que, por encima del tumulto, los sobresaltó la voz autoritaria de Antenor Domínguez.

—¡Ayúdenme, carajo!

IV

Esta orden y aquella pregunta fueron las dos últimas cosas que articuló. Después estaba ahí, de espaldas sobre la cama, sudando, abriendo y cerrando la boca sin pronunciar palabra. Quebrado, partido como si le hubieran descargado un hachazo en la columna, no perdió el sentido hasta mucho más tarde. Sólo entonces el médico aconsejó llevarlo al pueblo, a la clínica. Dijo que el viejo no volvería a moverse; tampoco, a hablar. Cuando Antenor estuvo en condiciones de comprender alguna cosa, Paula le anunció lo del chico.

—Va a tener el chico —le anunció—. La Tomasina me lo ha dicho.

Un brillo como de triunfo alumbró ferozmente la mirada del viejo; se le achisparon los ojos y, de haber podido hablar, acaso hubiera dicho gracias por primera vez en su vida. Un tiempo después garabateó en un papel que quería volver a la casa grande. Esa misma tarde lo llevaron.

Nadie vino a verlo. El médico y el capataz de La Cabriada, el viejo Fabio, eran las dos únicas personas que Antenor veía. Salvo la mujer que ayudaba a Paula en la cocina —pero que jamás entró en el cuarto de Antenor, por orden de Paula—, nadie más andaba por la casa. El viejo Fabio llegaba al caer el sol. Llegaba y se quedaba quieto, sentado lejos de la cama sin saber qué hacer o qué decir. Paula, en silencio, cebaba mate entonces.

Y súbitamente, ella, Paula, se transfiguró. Se transfiguró cuando Antenor pidió que lo llevaran al cuarto alto; pero ya desde antes, su cara, hermosa y brutal, se había ido transformando. Hablaba poco, cada día menos. Su expresión se fue haciendo cada vez más dura —más sombría—, como la de quienes, en secreto, se han propuesto obstinadamente algo. Una noche, Antenor pareció ahogarse; Paula sospechó que el viejo podía morirse así, de golpe, y tuvo miedo. Sin embargo, ahí, entre las sábanas y a la luz de la lámpara, el rostro de Antenor Domínguez tenía algo desesperado, emperradamente

vivo. No iba a morirse hasta que naciera el chico; los dos querían esto. Ella le vació una cucharada de remedio en los labios temblorosos. Antenor echó la cabeza hacia atrás. Los ojos, por un momento, se le habían quedado en blanco. La voz de Paula fue un grito:

—¡Va a tener el chico, me oye! —Antenor levantó la cara; el remedio se volcaba sobre las mantas, desde las comisuras de una sonrisa. Dijo que sí con la cabeza.

Esa misma noche empezó todo. Entre ella y Fabio lo subieron al cuarto alto. Allí, don Antenor Domínguez, semicolgado de las correas atadas a un travesaño de fierro, que el doctor había hecho colocar sobre la cama, erguido a medias podía contemplar el campo. Su campo. Alguna vez volvió a garrapatear con lentitud unas letras torcidas, grandes, y Paula mandó llamar a unos hombres que, abriendo un boquete en la pared, extendieron la ventana hacia abajo y a lo ancho. El viejo volvió a sonreír entonces. Se pasaba horas con la mirada perdida, solo, en silencio, abriendo y cerrando la boca como si rezara —o como si repitiera empecinadamente un nombre, el suyo, gestándose otra vez en el vientre de Paula—, mirando su tierra, lejos hasta los altos pinos, más allá del Cerro Negro. Contra el cielo.

Una noche volvió a sacudirse en un ahogo. Paula dijo:

—Va a tener el chico.

Él asintió otra vez con la cabeza.

Con el tiempo, este diálogo se hizo costumbre. Cada noche lo repetían.

V

El campo y el vientre hinchado de la mujer: las dos únicas cosas que veía. El médico, ahora, sólo lo visitaba si Paula —de tanto en tanto, y finalmente nunca— lo mandaba llamar, y el mismo Fabio, que una vez por semana ataba el sulky e iba a comprar al pueblo los encargos de la muchacha, acabó por olvidarse de subir al piso alto al caer la tarde. Salvo ella, nadie subía.

Cuando el vientre de Paula era una comba enorme, tirante bajo sus ropas, la mujer que ayudaba en la cocina no volvió más. Los ojos de Antenor, interrogantes, estaban mirando a Paula.

—La eché —dijo Paula.

Después, al salir, cerró la puerta con llave (una llave grande, que Paula llevará siempre consigo, colgada a la cintura), y el viejo

tuvo que acostumbrarse también a esto. El sonido de la llave girando en la antigua cerradura anunciaba la entrada de Paula —sus pasos, cada día más lerdos, más livianos, a medida que la fecha del parto se acercaba—, y por fin la mano que dejaba el plato, mano que Antenor no se atrevía a tocar. Hasta que la mirada del viejo también cambió. Tal vez, alguna noche, sus ojos se cruzaron con los de Paula, o tal vez, simplemente, miró su rostro. El silencio se le pobló entonces con una presencia extraña y amenazadora, que acaso se parecía un poco a la locura, sí, alguna noche, cuando ella venía con la lámpara, el viejo miró bien su cara: eso como un gesto estático, interminable, que parecía haberse ido fraguando en su cara o quizá sólo en su boca, como si la costumbre de andar callada, apretando los dientes, mordiendo algún quejido que le subía en puntadas desde la cintura, le hubiera petrificado la piel. O ni necesitó mirarla. Cuando oyó girar la llave y vio proyectarse larga la sombra de Paula sobre el piso, antes de que ella dijera lo que siempre decía, el viejo intuyó algo tremendo. Súbitamente, una sensación que nunca había experimentado antes. De pronto le perforó el cerebro, como una gota de ácido: el miedo. Un miedo solitario y poderoso, incomunicable. Quiso no escuchar, no ver la cara de ella, pero adivinó el gesto, la mirada, el rictus aquel de apretar los dientes. Ella dijo:

—Va a tener el chico.

Antenor volvió la cara hacia la pared. Después, cada noche la volvía.

VI

Nació en invierno; era varón. Paula lo tuvo ahí mismo. No mandó llamar a la Tomasina: el día anterior le había dicho a Fabio que no iba a necesitar nada, ningún encargo del pueblo.

—Ni hace falta que venga en la semana —y como Fabio se había quedado mirándole el vientre, dijo—: Mañana a más tardar ha de venir la Tomasina.

Después pareció reflexionar en algo que acababa de decir Fabio; él había preguntado por la mujer que ayudaba en la casa. No la he visto hoy, había dicho Fabio.

—Ha de estar en el pueblo —dijo Paula. Y cuando Fabio ya montaba, agregó—: Si lo ve al Tomás, mandemeló.

Luego vino Tomás y Paula dijo:

—Podés irte nomás a ver tu chica. Fabio va a cuidar la casa esta

semana.

Desde la ventana, arriba, Antenor pudo ver cómo Paula se quedaba sola junto al aljibe. Después ella se metió en la casa y el viejo no volvió a verla hasta el día siguiente, cuando le trajo el chico.

Antes, de cara contra la pared, quizá pudo escuchar algún quejido ahogado y, al acercarse la noche, un grito largo retumbando entre los cuatros vacíos; por fin, nítido, el llanto triunfante de una criatura. Entonces el viejo comenzó a reírse como un loco. De un súbito manotón se aferró a las correas de la cama y quedó sentado, riéndose. No se movió hasta mucho más tarde.

Cuando Paula entró en el cuarto, el viejo permanecía en la misma actitud, rígido y sentado. Ella lo traía vivo: Antenor pudo escuchar la respiración de su hijo. Paula se acercó. Desde lejos, con los brazos muy extendidos y el cuerpo echado hacia atrás, apartando la cara, ella dejó al chico sobre las sábanas, junto al viejo, que ahora ya no se reía. Los ojos del hombre y de la mujer se encontraron luego. Fue un segundo: Paula se quedó allí, inmóvil, detenida ante los ojos imperativos de Antenor. Como si hubiera estado esperando aquello, el viejo soltó las correas y tendió el brazo libre hacia la mujer; con el otro se apoyó en la cama, por no aplastar al chico. Sus dedos alcanzaron a rozar la pollera de Paula, pero ella, como si también hubiera estado esperando el ademán, se echó hacia atrás con violencia. Retrocedió unos pasos; arrinconada en un ángulo del cuarto, al principio lo miró con miedo. Después, no. Antenor había quedado grotescamente caído hacia un costado: por no aplastar al chico estuvo a punto de rodar fuera de la cama. El chico comenzó a llorar. El viejo abrió la boca, buscó sentarse y no dio con la correa. Durante un segundo se quedó así, con la boca abierta en un grito inarticulado y feroz, una especie de estertor mudo e impotente, tan salvaje, sin embargo, que de haber podido gritarse habría conmovido la casa hasta los cimientos. Cuando salía del cuarto, Paula volvió la cabeza. Antenor estaba sentado nuevamente: con una mano se aferraba a la correa; con la otra, sostenía a la criatura. Delante de ellos se veía el campo, lejos, hasta el Cerro Patrón.

Al salir, Paula cerró la puerta con llave; después, antes de atar el sulky, la tiró al aljibe.

Los ritos

Lo que abyectamente me hacía falta era sol, mosquitos, remar hasta quedar echado, olvidarme, por medio del embrutecimiento físico, de dos o tres ideas grandiosas que en los últimos tiempos venían acosándome: el suicidio, entre ellas. Empeñé, por lo tanto, la máquina de escribir, le dije a la señora Magdalena que necesitaba unos pesos, miré tu retrato, Virginia —tu retrato a lápiz hecho por mí una tarde de canteros andaluces y otoño, en el Rosedal—, murmuré entre dientes y no sin ternura que las mujeres no pertenecen a la especie humana, y, considerando mejor el empeño de la máquina, vendí por lo que me dieron las figulinas japonesas y las terracotas, tus tortugas de caparazón de nuez y hasta el abominable bonzo de arcilla que me obligaste a comprarte en Montevideo, tiré a la basura lo invendible, desempeñé la Remington, tapié de libros como lápidas la repisa y me tomé un tren para San Pedro.

Tres horas más tarde, los naranjales dorados y el peculiar olor a podrido de la refinería que han hecho a la entrada del pueblo me hicieron olvidar los muñequitos. Venía pensando en ellos, en tu costumbre de ordenarlos a tu modo: un caballo de mar junto a la geisha; la tortuga de caparazón de nuez fingiéndole —jurándole, decías vos— amor eterno al samurai de la enorme maza; una miniatura de Bali, tallada a mano, dejándose cortejar por cualquier *kokeshi* de cincuenta pesos, todos en el más heterodoxo desorden, sin el menor respeto por las leyes de la perspectiva, las jerarquías, la unidad de estilo o la Lógica, pero amándose. Me acuerdo de la primera noche en que, al darme vuelta en la cama, no te encontré a mi lado. Estabas ahí, de pie junto a la biblioteca, cubierta a medias con una camisa mía y con un gesto de preocupación tan grande que solté la risa. Me miraste con seriedad y dijiste:

—Vos no sabés querer. ¿Nunca te lo dijeron?

—Mirá, no. Y menos a esta hora, y menos una mocosa después de una primera noche de alto vuelo como ésta —respuesta que, en vez de cínica o inteligente, me salió más bien tirando a puerca. Pensé, con estupidez, que ibas a llorar.

Entonces te reíste.

—Yo te los arreglo —dijiste.

Y ésa fue la primera vez que ordenaste, a tu modo cachivachero, los muñequitos de la repisa. Después, durante tres años, cada vez que venías a mi departamento te ocupabas, a tu manera, de reordenarme el mundo.

Y esto lo recordaba no ya en el tren, sino, unos días más tarde, en la vieja casa de San Pedro, de espaldas en la cama y mirando el techo mientras trataba de averiguar, Virginia, por qué una muchacha como vos, es decir con tus ojos, con tus maneras de bachillerato nocturno, se tiene que meter en la vida de un sujeto como yo, en vez de casarse, como corresponde, con un buen empleado de Correos o un cuentacorrentista y parir unos cuantos hijos, y criarlos. Porque, a decir verdad, los sentimientos son una cuestión de perspectiva. Tumbado al sol en el Club Náutico de San Pedro, o mirando un techo que aún repite antiguas rajaduras de infancia, la única mujer que tiene sentido es la que se tuesta al sol con uno o nos enciende el cigarrillo, en la cama.

—En qué pensás —oí, al sol.

—En vos —dije.

—Originalísimo —oí.

Adela era inteligente. Y las mujeres inteligentes que se tuestan al sol con uno son la sal de la tierra. Nos conocíamos desde la adolescencia; leales amigos que cada dos o tres años no desdeñan dormir juntos, en vacaciones, y pueden jurar durante ese mes que, en realidad, el otro siempre ha sido el gran, el único amor de su vida.

—Cierto —dije—. No pensaba en vos, sino en María Fernanda, la mujer del bioquímico —y pensaba, Virginia, que lo peor de todo era haberse acostumbrado finalmente a verte llegar a mi departamento con un caracol recogido en cualquier plaza o una figulina de teja envuelta en un papel de seda, o a encontrarte sentada tranquilamente en el umbral de la puerta de calle y hasta en el cordón de la vereda, sin preocuparme a mí de dónde venías o adónde ibas cuando no estabas, porque lo fundamental era que no metieras ruido ni molestaras mucho; verte aparecer, simplemente, al rato de habernos separado o un mes después, trayendo una hoja de árbol que a vos te parecía la cúspide de lo bello, y que era una hoja de amaranto seco o de paraíso—. No hago más que pensar en eso desde que vine —le dije a Adela—, en que me gustaría saber cómo hizo el bioquímico, con esa cara, para casarse con una mujer como María Fernanda.

María Fernanda era la mujer de un bioquímico, el que, en

efecto, tenía una más que regular cara de idiota. Ella era altísima, de manos góticas, le encantaban (supe esa noche) los intelectuales rebeldes, de izquierda, tenía un vago aspecto de orquídea o de planta carnívora, pero había en ella cierta claridad que me daba ánimos; y ahora estaba tomando sol justamente detrás de nosotros.

—Callate que te va a oír —dijo Adela—. Está tirada justamente detrás de nosotros.

—Ya lo sé —dije yo—. Si lo que quiero, justamente, es que me oiga.

Motivo por el cual esa misma noche, en el baile del Club Náutico, Adela bailaba con el marido bioquímico, y yo, en una mesa junto a los ventanales que dan al Paraná, me encontré contándole a María Fernanda, sin razón alguna y como en un arrebato de delirio, la historia de las figulinas de mi repisa. Antes, naturalmente, hablamos de la condición humana en general, de astrología, de música concreta y de una teoría que inventé allí mismo acerca de mi concepción de Lo Poético. Yo quería escribir libros asquerosos. Ya que el martillero público y la señora del escribano y el bioquímico, es decir el Burgués, son mi desocupado lector, había que enchastrarlos todos. Que al abrir la caja de Pandora, en vez de la Esperanza, les quede para lo último una cagada de vaca. Y María Fernanda me observaba con divertida curiosidad y, al ritmo de la música, yo me volvía más pantanesco y cloacal. Ella se reía y adoraba, en mí, a los intelectuales de izquierda. “Sobre todo”, dijo, “si somáticamente parecen de derecha”.

—Linda frase —dije yo—. El día menos pensado la perpetúo — me reí, con disgusto; ella había agregado:

—Y sobre todo si, como vos, no se diferencian en nada de nosotros. Dame whisky.

—¿Nosotros? ¿Qué ustedes?

—Los malos. —Me miraba, alegremente. Tenía ojos estriados, como ranuras, y un gesto que la hacía parecer diez años más joven. — Mirá que sos farsante. Y petiso. ¿Sos comunista?

—Soy loco. Una especie de terrorista cristiano, de masón de izquierda. En realidad, soy un suicida revolucionario. Mi madre me abandonó a los ocho años y eso, ideológicamente, me quebró. A los diez, leí a Lenin, a Salgari, *Gargantúa y Pantagruel* y al conde Kropotkin. Tomé la Comunión. Pasaron los años y escuché la *Sinfonía de los juguetes*: esa noche pensé matarme. A la mañana siguiente conocí a una muchacha; la única mujer que amé, antes de conocerte. Ella dejó de venir a mi departamento hace seis meses.

Jamás le pregunté dónde vivía, y ahora ya no voy a volver a encontrarla nunca. Seguramente se casó, e hizo bien; tenía el tipo físico justo para engordar con el tiempo y colgar pañales en la cocina: siempre me la imaginé con olor a caca de nene y a leche cuajada. Era, propiamente, la que describió Baudelaire cuando dijo aquello de que, para nosotros, sólo dos tipos de mujeres. O las adolescentes o las cocineras. Mi verdulerita unía, diabólicamente, ambos estilos. En mi vida le pude hacer pronunciar la palabra *Weltanschauung*, ni creo que la tuviera. Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise. Suicida, eso es lo que soy; pero con conciencia histórica. Y no tan petiso. En cuanto a ser o no un farsante, tate tate folloncicos, dijo Quijano. Nunca te arriesgues a juzgar los procesos históricos a la luz de mi tristeza infinita, porque fuera de que estoy desesperado, y eso, en un poeta, justifica cualquier tipo de desviaciones, puede ocurrirte que el día de la revolución niegue haberme acostado nunca con vos, y farewell. Que te maten sin asco.

—Bueno —dijo María Fernanda—, salvo que en realidad nunca te acostaste conmigo, tu programa parece espantoso, ¿no?

—Las mujeres —dije— siempre reparan en lo accesorio —y pensé, Virginia, en vos: cubierta con mi camisa y oficiando el ritual de las figulinas, o reprochándome una noche que no hubiera notado, en todo el día, qué fecha era hoy o qué nuevo adefesio habías agregado a las parejas de la repisa; algún pollo anaranjado, de esos de peluche teñido con anilina, alguna jirafa de vidrio—. Son naturalistas. Yo te invento, nada menos, una historia de amor revolucionaria; vos muriendo fusilada ante mis ojos glaciales, y el pueblo, en armas, cantando *La Internacional*. Y me salís con que todavía no nos hemos ido a la cama. —Y empezaba, lentamente, a divertirme.

—¿Todavía? Fijate que no sé si lo que me gusta en vos es tu caradurismo o que no seas ni la mitad de audaz de lo que te imaginás. Y portate bien que ahí vienen Adela y mi esposo.

Adela y el bioquímico llegaron a nuestra mesa. ¿Ya está?, me preguntó Adela al oído, al mismo tiempo que con misteriosa simultaneidad conseguía decir: “Tu marido baila divinamente”, encendía un cigarrillo y se miraba en su espejito de mano. Yo dije que no; recién iba por el whisky de la revolución social, dije. María Fernanda le comentó a Adela mi Poética. Ah sí, dijo Adela riendo: él tiene un sentido más bien fétido de la belleza. Yo admití que era verdad. Mi anhelo, en cierto modo, era escribir grandes libros de mierda. El bioquímico, algo asombrado por el giro que estaba

tomando nuestra conversación, hizo el gesto astuto de quien todo lo entiende, vamos, en boca de la juventud, y con bioquímico buen humor, liberal farmacéutico diplomado seductor de Adela y amigo mío, me preguntó cómo era eso de que yo, siendo comunista, tomara whisky.

—La alienación —dije—. Cómo hago para verte a solas —agregué en voz baja, al oído de María Fernanda—. Aparte de que soy coherente, doctor. Me he prometido consumir cigarrillos importados y whisky escocés, hasta fumarme y tomarme todo el imperialismo —frase que en modo alguno era mía, pero que siempre da excelentes resultados con un bioquímico.

Ellos rieron. Yo era simpático.

—Mañana —dijo María Fernanda.

—¿Bailamos? —dijo Adela.

—Permiso —dijo el bioquímico, poniéndose de pie con Adela y dirigiéndonos una rápida mirada de disculpa, algo delictiva, a su mujer y a mí. Yo, con estúpido gesto de intelectual marxista, o paralítico, que reconoce la superioridad física del ágil y mundano bioquímico que se nos lleva la mujer ante nuestros propios ojos, murmuré a María Fernanda:

—Tiene pelos, en las orejas.

—Qué —dijo María Fernanda.

—Que tu marido tiene orejas con pelos, ¿no te fijaste?

—¿Sí? —dijo ella con naturalidad.

Me agredió, tan imperturbable. No me gustan las mujeres más inteligentes que yo.

—Qué te pasa —dijo ella, al rato.

—Que todo esto es frívolo, e hipócrita. Que desde mi llegada a San Pedro estoy buscando una oportunidad de estar a solas con vos, de hablar. Y, cuando la tengo, la banalizo y la empequeñezco, y me hago el Casanova; el terrible. Oíme, María Fernanda. —E inicié el gesto vehemente de rodear con mi mano la suya, que sostenía el vaso a la altura de su boca, y con rapidez cerré la mano y apoyé el puño sobre la mesa, tímido, o torturado, o como a ella le gustara más.— Oíme. Necesito realmente verte. Estar con vos, lejos de este ruido de miércoles, y sin Adela ni tu marido ni estos idiotas —levanté la voz e hice un ademán amplio que abarcaba todo el club, o todo el país, y noté, en sus ojos, que yo estaba bastante impresionante—, estos idiotas, que lo único que pueden imaginar de esto, de nosotros, es que quiero acostarme con vos.

María Fernanda me miraba, algo maravillada. Y ahora estaba de verdad hermosa y había adquirido, toda la mujer, esa cualidad de

transparencia que consigné antes.

Repitió:

—Mañana, ya te lo dije.

—¿Cuándo me lo dijiste?

—Hace un momento, cuando me lo preguntaste. Qué te pasa, ahora.

—Nada —dije—. No me pasa nada. Me pasa que no soy "ustedes", si te parece bien. Que yo no puedo atender, simultáneamente, mil cosas a la vez; al menos, cuando hay una que me importa.

Volvió a mirarme, a los ojos; con mucha seriedad ahora: tu gesto, Virginia, junto a la repisa.

—Decime, ¿estás seguro de no ser muy mal bicho?

—Me lo tengo merecido —dije con frialdad, mientras me ponía de pie—. Por imbécil.

Y ahí nomás di media vuelta, saliendo entre las parejas en dirección a la puerta. Era bastante arriesgado, lo admito. Pero el hecho es que cuando oí mi nombre, detrás, pronunciado por María Fernanda en un tono nada contenido, tampoco me detuve. Ella me alcanzó a tomar del brazo justo en el límite del salón. Nos miraban; a ella no pareció importarle. Sólo hizo un mecánico gesto de estar caminando naturalmente tomada de mi brazo. Me dijo:

—No entiendo nada. Pero no me hagas hacer, si no hace falta, cosas como ésta.

Salimos. La besé en la arboleda que da al camino. Volvimos a entrar antes de que terminara la pieza. Entonces fue cuando le conté, de algún modo, lo de los muñequitos. La historia, Virginia, contada entonces, era bellamente más triste. Y no estoy seguro de que, esencialmente, no fuese también más verdadera. Hasta yo me conmoví, haciéndote llegar sabe Dios de dónde con tus hipocampos disecados, que a lo mejor fue sólo uno, y tus cambalacheras figulinas de teja pintada, y tu disparate. De pronto te parecías bastante a María Fernanda, y no tuve más remedio que agregarte unos años, y también unos centímetros. El pelo coincidió solo. Y yo llegué de noche a mi departamento después de acciones repulsivas, de camas infames y cópulas con intelectuales corrompidas, borracho y semiloco de miedo a morirme sin haber vuelto a leer *Sandokán* y puteando a Dios y al género humano por puercos, y feos, y decepcionantes, pensando que todo lo que nace debiera ser inmortal, o no haber nacido, abjurando, como quien comete adulterio, de una inmortalidad que dura apenas lo que dura el mundo y ni un solo día más allá del Juicio Final o de la guerra

atómica, llorando de risa por mí y por todos los cretinos hijos de perra que llaman belleza a lo que no es sino un estado, un minuto grotesco de un proceso de descomposición, haciéndome pis, en la figura del árbol de la puerta de mi casa, sobre la cabeza de todos los que escriben libros y pintan cuadros y componen sinfonías, y aman a una mujer, y suben las escaleras hacia su departamento dispuestos por una vez a acabar dignamente este asunto. Basta de papelerío. Al fuego con todo y uno por la ventana al medio del patio del vecino. Y sin embargo, no. Porque yo encendía la luz de mi pieza, Virginia, y ahora que lo escribo ya no sé si esto lo inventé o fue cierto, y te encontraba a vos; en cualquier parte. Sentada en cuclillas una noche, debajo de la mesa: recibiéndome sorpresivamente con un ladrido que por poco me hace saltar realmente por la ventana, o escribiéndome una carta, acostada boca abajo en la cama. Una de aquellas cartas que luego nunca se atrevía a mostrarme, por su letra infantil y sus electrizantes faltas de ortografía. Y yo, en la historia, me reía entonces. Y uno, mientras está vivo y ama y tiene ideas, es inmortal, qué joder. Y mientras corre a una muchacha por la pieza para quitarle una carta, y ladra, o muge, y le recita el monólogo de Hamlet envuelto en una sábana o cantan juntos la *Marcha de San Lorenzo* hasta que viene la señora Magdalena a preguntar si uno se ha vuelto loco, uno es Dios. No importa que esto no haya ocurrido nunca. Lo que importaba era contarlo; sentir, debajo de las palabras, que un día te hartaste de mis silencios, de mis libros, de mi máquina de escribir metida en las orejas y hasta metafóricamente en la vagina. Y así como vino, se fue. No dije lo que yo acababa de hacer con las terracotas de la repisa, ni cómo tiré a la basura las porquerías invendibles; dije que un día, antes de que te fueras, y no después, había terminado por hacerte una canallada. Innecesaria, imperdonable. “Porque sí, María Fernanda”, dije. “Porque hay dos tipos mal nacidos en estado puro; nadie sabe por qué.”

Y María Fernanda dijo:

—Vos sos bueno, en el fondo.

—Te felicito —murmuró Adela, al llegar a nuestra mesa. María Fernanda, con la excusa de ir a arreglarse la pintura, se había puesto de pie. El bioquímico era feliz.

—¿Te fijaste? —le dije a Adela—. Él tiene pelos, en las orejas.

Y más tarde, habiéndome Adela enjabonado la espalda en la bañadera de casa, y yo a ella, estuvimos a punto de morir ahogados ahí mismo al evocar la capilaridad orejal del bioquímico. Y yo canté la *Marcha de San Lorenzo*, y recité desnudo el monólogo de

Hamlet, y me enteré en la bañadera de que el bioquímico viajaba a Buenos Aires todas las semanas, y cerca del amanecer, antes de dormirme, le hice jurar a Adela que no me iba a olvidar nunca en su vida, y Adela, llorando, se abrazó a mí. Y así, abrazados, nos quedamos dormidos. A las cuatro o a las cinco de la tarde, cuando me desperté, ya nos amábamos menos y yo estaba algo sediento. Adela me preguntó si quería que ella me alcanzara en el coche hasta la casa de María Fernanda; yo acepté, no sin antes pedirle que me pelara una naranja. A partir de allí, y durante el mes que duró mi estada en San Pedro, los días, anecdóticamente hablando, no ofrecieron mayores alternativas. Que al principio me olvidé de las figulinas y me tosté, bien tostado, hasta no aguantar las sábanas, de ambas cosas podría dar testimonio, si hablara, la cama colonial de María Fernanda. Lo que pasó en ella, y en la cucheta del María Fernanda II —designación que aludía a la diminuta descendiente del bioquímico, de tres años, ojos idénticos a la madre—, y en un rancho de la isla, y en el mirador del Náutico Viejo, yo no soy quién para contarlo. Los minuciosos volúmenes que, a propósito de esta sagrada y ritual alegría de los cuerpos, llenan las bibliotecas del mundo; las originales acrobacias que nuestros novelistas obligan a realizar a sus héroes cuando sencillamente canta en la sangre la limpia y pura y mozartiana armonía de un hombre y una mujer latiendo desnudos al ritmo del corazón del Universo; los barrenamientos de caballeriza que estos bárbaros consignan con el nombre de cópula me impiden a mí contaminar de literatura mi relación con María Fernanda. Eso era la vida misma, y la vida, en su tensión más alta, no tiene nada que ver con la palabra. Y en esto se parece a la muerte. Y ciertas mujeres, en la cama, sólo admiten el sagrado silencio o la metáfora. Y la única metáfora que ahora se me ocurre es que imaginarse a un elefante entrando en una exposición de cristales de Murano es una figura menos catastrófica que pensar al bioquímico echado, con ruidoso jadeo, sobre la cama colonial de María Fernanda. Me consuela pensar que, por patadas que dé el elefante a las vitrinas, comprenderá tanto el espíritu del cristal como el bioquímico gozará a María Fernanda, así lleve quince años embistiéndola por el bajo vientre. También llovió, esos días. Hubo una carrera de Ford T, pintarrajeados para el caso, en la carretera que va del club al balneario. La crecida del Paraná dejó a cincuenta familias de la isla sin casa, y la tormenta arrancó los embalses hasta Santa Fe. Yo oía las noticias acostado, generalmente. Y así me enteré de que los hidrómetros del observatorio llegaron a marcar seis metros de

Paraná sobre el nivel normal. Casi me ahogué, con whisky, y de la alegría, cuando leí en el diario que los Mig soviéticos iban por fin a entrar en acción en Vietnam. La felicidad me duró poco, porque, una tarde, María Fernanda se puso lamentable y, en una especie de ataque de locura, amenazó con abandonar para siempre al bioquímico y la hija y venirse conmigo a Buenos Aires.

—Llevame con vos —dijo.

Ella me serviría café mientras yo redactaba grandes obras: comeríamos lo que hubiera.

Esa noche dormí con Adela. Cosa que por otra parte me veía obligado a hacer los fines de semana, pues el bioquímico regresaba de la Capital y había que tender la cama. E inventé un cóctel. Y fui a cazar patos salvajes al Tabaquero. Y volvió a salir el sol y volvió a llover, en cualquier orden. Y a veces hubo descuidos. Grietas peligrosísimas, Virginia, por las que repentinamente, en mitad de un tango o de un informativo sobre los varios miles de muertos del terremoto de Chile, país hermano, o a través de un gesto de Adela o de María Fernanda, o incluso en el mismo cenit de la telaraña cósmica de la *Gran Fuga* de Bach (justa y absurdamente e incomprensiblemente allí), aparecía un pie de muchacha, adolescente y descalzo, o una ramita con forma de bailarina por la que hace años debí treparme a un árbol en el Parque Lezama, y casi me desnuqué, o se oía un horripilante ladrido capaz de matarlo a uno. O de arrancarlo a carcajadas de la muerte. Motivo por el cual yo pedía permiso, en San Pedro, e iba, con regularidad asombrosa, a la letrina. Los diarios anunciaban que había llegado a nuestro planeta la luz de una estrella que se encendió hace un millón de años, o Adela me hacía señas de que tenía la bragueta desprendida. Éramos instantáneamente eternos en un eternamente momentáneo universo con estrellas detectadas, por el telescopio de mi bragueta, milenios después de haber estallado y, quizá, de haber muerto. Y hubo tardes nubladas. Y una de ellas, al pasar frente a la Biblioteca Rafael Obligado, rumbo al Club Náutico, corrí el serio peligro de una Caída prematura. Intoxicación que en esa etapa de mi convalecencia podía resultarme fatal: porque de pronto entré y me sorprendí a mí mismo, con el pantalón de baño colgado del cuello, tomando apuntes grandiosos del *Fausto*, de Goethe, tomándolos con ferocidad, pensando bajo las letras escritas algo así como yo te voy a dar, ¡oh Yegua!, ya vas a ver a los nietos de los hijos que te haga el cuentacorrentista robando con veneración mis libros de las bibliotecas y muriéndose de risa de esa vieja loca sin dientes que farfulla moviendo la cabeza que ella lo conoció a él, sí,

cuando era desconocido y joven, y tan triste, guau, y los niños retorciéndose de risa cantando con pura crueldad de niños uh, uh, uh, qué vas a conocerlo abuelita guau, tan bruta y analfabeta como fuiste siempre, abuela farandulera, Carlota en Weimar. Menos mal que en eso oí una frenada y la bocina del coche de María Fernanda, y la vi a María Fernanda tal como era en el siglo XX y en un pequeño pueblo turístico de provincia, llamado en ese entonces San Pedro, y salí a la calle, y María Fernanda juntó sus dedos medievales agitándolos en el extremo de su transitorio y corruptible brazo, pigmentado ahora por el sol, y dijo qué hacías ahí metido, con este día. Yo noté que el cielo, repentinamente, se había limpiado. Nada, respondí: estaba a punto de perder el alma. Y subí al auto. Y bajé. Y nadé. Y remé. Y fui crucificado, muerto y sepultado en la pelvis de María Fernanda. Y descendí a los infiernos y resucité al tercer día, acostado a la diestra de no sé quién, porque Dios Padre no era, y Adela tampoco, ni podía ser María Fernanda pues estábamos en Semana Santa y el bioquímico, aunque respetó la abstinencia de la carne, pasó la Pascua en su casa. En fin: que a partir del momento en que Adela me peló una naranja, hasta la madrugada particularmente curativa, y de alta repulsión, que determinó mi regreso a Buenos Aires, sólo acontecieron, como ya lo he dicho, las alternativas no anecdóticas; las que hacen del mundo real un simultáneo y algo contradictorio pandemónium de terremotos en Chile, braguetas, funciones gastrointestinales, estrellas milenarias, la práctica del remo, metabolismos y metafísica; apelmazamiento difícilmente reinventable en estas páginas. Suponiendo que yo —aunque esté quizá demorando adrede esta historia, este otro rito oficiado fríamente a máquina, tomando mate de espaldas a la repisa bien tapiada de libros no tuyos, incompatibles con tus peluches y tus morondangas y tus ritos, libros anchos, sacrificiales, como lápidas—, suponiendo que yo tuviera ganas de reinventar el mundo real. Y menos si incluye a la hermosa gente. Tres mil millones de seres celebrando cada día, por turno o simultáneamente (puede darse el caso), idéntica ceremonia en inodoros, excusados, pequeñas escupideras, sencillos agujeros o pasto, son una buena imagen del culto que le rinde a su Creador esta cretina y flexible especie. Y bien. El 11 de abril, víspera de mi regreso, el horóscopo me aseguró que el tránsito de Venus por Aries estaba en su apogeo. Leí también que el pulpo del acuario de Berlín, con gran criterio, venía devorando hacía un tiempo sus propios tentáculos, con el objeto aparente de suicidarse. Ya llevaba comidos cuatro. Esa noche, en casa de María Fernanda,

yo exalté la autofagia. Uno se volvía ibseniano, le expliqué; te imaginás, se transforma en uno mismo. Sin contar que lo único que no podés comerte es tu propia cabeza. Y ella, mordiéndome en diversas partes, llegó hasta mi nuca y allí murmuró que de eso se encargaba ella. Después me preguntó si no había leído una noticia muy linda referida a un congreso científico, en Washington, donde se discutió el comportamiento sexual de la cucaracha. Yo terminé de desvestirla.

—No seas ególatra —le dije—. Me hacés acordar a esas chicas que te preguntan si no has visto tal película porque ellas se parecen a la actriz.

—Cállese, adulador —dijo ella—. Se lo habrá dicho a tantas.

Y así hablamos y jugamos y reímos y mordimos y cucaracheamos, hasta que yo sentí una especie de hachazo en el medio del pecho, o del alma, y me tapé la cara con las manos en la oscuridad y me encontré diciéndole que la quería.

Ella encendió la luz. Yo abrí los ojos.

—Lo que me emocionaría mucho —dijo ella, rígida—. Si no fuera que acabás de llamarme Virginia. Por segunda vez.

Busqué un cigarrillo. Lo encendí.

—Bueno, no es la única mujer con la que me pasa. —No era el mejor camino; pero, de cualquier manera, ya no tenía arreglo.— Perdoná, no fue eso lo que pensé decir.

El resto es previsible. Con idiotez, traté de abrazarla; ella se apartó. Yo me enfurecí, con ella y sobre todo conmigo, y me puse a fumar y a mirar el techo. De modo que por segunda vez; la primera, entonces, María Fernanda había estado bastante generosa. La miré de reojo. Ella, a mi lado, fumaba en silencio y miraba el techo. Lástima, claro, que siempre se las ingenian para que uno lo note. Y a los veinte minutos, aquel fumar y aquel callar y aquel rozarnos era tal porquería, y tan monótono, que lo mejor fue abrir las alcantarillas y tirarse de cabeza.

Incoherente, comencé:

—Por lo demás, si supieras —y María Fernanda, su voz apagada, me interrumpió:

—Ya lo sé —dijo.

Me senté violentamente en la cama.

—Si supieras lo que significó para mí, carajo, no adoptarías ese aire de Blancanieves ofendida.

Ella no levantó la voz, ni me miró.

—Ya lo sé. Uy, si lo sé. Ella era silvestre y acomodaba ritualmente tus figulinas, con gran sentido erótico. Caballito con

geisha; *kokeshi* con Santa Bibiana de Bernini. Y ahora preguntame si estoy celosa, así yo puedo contestarte que no seas idiota. Y tortuga macho con máscara javanesa. Me lo contaste diez veces, y hace veinte días que nos conocemos. Y la pequeña Virginia llegaba a tu departamento como Alicia al País de las Maravillas, y se quedaba, en camisa, palmeteando con manos regordetas con hoyuelos ante la vitrina donde…

—La repisa —dije secamente—. Se trataba de un pedazo de biblioteca. Seguí.

Yo estaba sentado en la cama. María Fernanda hablaba con voz controlada, tenue: un arroyo impersonal y transparente, fluyendo.

—O repisa, o jaula del canario, porque para la Sirenita, puesto que eran tuyas, esas cosas se le figuraban escaparates con arabescos de André-Charles Boule, propiedad del Rey Sol. Y luego de palmotear, o de llegar misteriosamente de nunca supimos qué sitio, o de esperarnos en el cordón de la vereda con sus excitables hipocampos y sus marfilinas, iba y ponía geisha con pollito, bambi con la Victoria de Samotracia original, hoja de árbol del Paraíso con Palacio del Generalife.

—Delfín —murmuré yo, y ella se interrumpió—. Que los muebles tallados por Boule, no fueron para el padre, sino para el hijo: para el Delfín. Y ahora, María Fernanda, sería muy lindo si nos calláramos.

Yo seguía sentado en la cama; ella, sin mirarme.

—Pero, por qué —dijo María Fernanda—. Si en el fondo nos encanta; si no hay nada tan ajeno a todo lo que odiamos, a nuestro falso orgullo, a nuestra frivolidad, como la muchacha silvestre de las figulinas. Que lo dio todo… podía darlo todo, sabés. Sin pedir nada a cambio. Que era capaz de vestirse sólo con nuestra camisa, y servirte café hasta que la mates. Y comer, realmente, lo que hubiera, imbécil. Y caballito con geisha y tortuga con peluche. Y vos, y yo. Y algún día iba a abrir una gran valija llena de piedras de colores de cuando era chica, y hojas otoñales, e iba a decirte: vine, viste. Y se iba a quedar.

—Callate —murmuré.

—Y vos, por fin, ibas a ser feliz. Y puro.

Le di un bofetón real, impremeditado. Con toda mi alma.

Le dije:

—Ya no tenés edad para jugar a estas cosas.

Me dijo:

—Te agradecería infinitamente que te fueras de mi casa.

Fue bastante bueno, lo confieso. Vestirme, en esas

circunstancias, resultó una de las operaciones más abyectas, ridículas e intolerables que me he visto obligado a realizar en mi vida.

A la mañana siguiente me fui de San Pedro.

Triste le ville

Casi abstracta en el atardecer, o como devastada por la desolación, era igual (me pareció igual) a cualquier inocente estación de pueblo. Ni más miserable o fantasmal, ni más pérfida. Bajé de mi tren. Envuelto en el crepúsculo, un vigilante fumaba contra un cerco. No vi otro ser viviente. No vi un perro, no vi un pájaro. El silencio tenía color, era como ceniza. Las vías, lejos, se juntaban al doblar un recodo. Pensé: las paralelas se cortan en el infinito. Y de pronto me acometió una violenta necesidad de regresar. Recordé que durante el viaje yo me había dormido; me pareció haber visto entre sueños un desvío. Como una música trunca, me vino a la memoria el rostro fugaz de una mujer. Todo esto tenía un significado que ahora me resultaba penoso investigar. Un pensamiento me tranquilizó: Buenos Aires no podía estar lejos. Vi la ventanilla de pasajes cerrada; quizá hasta me quedaba tiempo de recorrer el pueblo antes del primer tren de regreso. Imaginé una plaza con altoparlantes y muchachas, una banda municipal, un loco inofensivo, me dio alegría pensar en estas cosas y busqué la oficina del jefe de estación. Ya había abierto la puerta, cuando volví a mirar al brumoso vigilante del cerco. Algo en su silueta me resultó familiar. Inexplicable y casi repulsivamente íntimo.

La oficina estaba literalmente desmantelada. Con esquemática malignidad le habían pensado una silla, un escritorio y un farol a querosén, que colgaba del techo. También había un hombre. Con los codos apoyados en el escritorio, escondía la cara entre las manos. Su actitud era de profundo cansancio, o de meditación. Me pareció notar que tenía los párpados abiertos.

Tosí dos o tres veces, con mucha cautela.

—Perdón —me oí decir.

Mi voz sonaba extraña. Me acerqué.

—Perdón.

No habló, ni siquiera me miró. Yo murmuré que, si bien no tenía intención de molestarlo, necesitaba saber el horario del tren de regreso. No me contestó. Levanté la voz. Lo mismo. Pensé que era una gran desconsideración de las autoridades permitir que un jefe de estación fuese sordo y le di unos golpecitos en la espalda

con la punta del dedo. No pasó absolutamente nada. Fuera de mí (yo era un individuo sumamente irritable, mis amigos lo saben) grité la pregunta con toda mi fuerza, y hasta le sacudí violentamente un hombro. Entonces, sí. Bajó las manos, me miró con una desoladora expresión de fatiga y dijo:

—Usted es loco.

Su rostro, y entonces recordé también al vigilante, era idéntico al del hombre triste. Casi sin asombro, lo comprendí todo.

Él, antes de volver a ocultar para siempre la cara entre las manos, dijo:

—No hay tren de regreso, es tan simple.

Cuando salí de la oficina, pude ver el tren que me había traído perdiéndose a lo lejos.

Y caminé hacia el pueblo, derrotado.

Yo amaba apasionadamente las grandes estaciones de ferrocarril. Sé que suena extraño, pero las amaba pese a lo que tienen de brutal, de sucio, ruidoso y detestable. Los trenes, partiendo y llegando con su ruido a catástrofe y su fiesta violenta, comunicaban a mi cuerpo una alegría casi erótica, de aventura. Recordaba al verlos (o imaginaba) lejanos y misteriosos pueblos, apenas presentidos desde la ventanilla empañada, en la noche de un viaje o durante los pocos minutos en que un expreso se detiene en sus estaciones melancólicas. Hay todavía en mi memoria algún montecito sombrío, visto al pasar, al que pensé volver algún día. O un arroyo bajo un puente, o un cerro azul. Jamás habría podido vivir en esos lugares, lo sé, porque la soledad (soledad de la mesa en que escribo estas palabras en un desierto bar de pesadilla, error quizá de un demonio subalterno, o castigo a una culpa que desconozco), la soledad y la naturaleza me aterran. Verlos desde un tren o imaginarse en ellos de paso, ése era el juego. Y era inocente. (Imaginarse en ellos con una muchacha cuya piel debió ser como una hoja húmeda por la lluvia, la muchacha que se fue finalmente con el hombre triste. La idea de que también en ese encuentro hubo un monstruoso error, el júbilo atroz de pensar que eternamente se odiarán, ya no me sirve de consuelo.) Y por eso aquella tarde yo desemboqué alegremente en uno de los andenes de Constitución. Pensaba en la muerte. Habitualmente pensaba en la muerte. Y no hay nada de contradictorio en que esta idea se tejiera en la trama de mi alegría. Nunca temí morir, me daba miedo estar solo. Morir, el acto de morir no tiene en sí mismo ninguna grandeza, nada de

misterioso o terrible. Es la muerte, el estar muerto, lo que aún me parece incalculable. Lo mismo que el sueño, ese fragmento del morir que nos mata cada noche, lo mismo que los sueños durante el sueño, yo pensaba que la muerte podía ser dulce como las imágenes de un pájaro dormido, o espantosa como las formas que se mueven en las pesadillas de un loco. Y así como ningún hombre sueña el sueño de su vecino, cada uno se perpetúa en su propia muerte: en la que se merece. El infierno y el cielo no son otra ilusión. Oscuramente al menos, nunca ignoré estas cosas. Pero dos hechos me iluminaron. Uno en la adolescencia, el otro alrededor de los treinta y cinco años. La lectura de un poema de Rilke fue el primero; una crujiente cama del Hotel Bao que compartí durante tres días y tres noches con una adolescente que juraba ser tibetana, y que enloqueció al mes, fue el segundo. El verso inicial de aquel poema, naturalmente, dice: Señor, concede a cada cual su propia muerte. El Hotel Bao, la cama, fue el sitio donde extraordinariamente aprendí lo único que sabré siempre sobre los antiguos ritos de comunicación de la Sabiduría. A través de la cópula, según la chica. Ella me habló de un falso lama apedreado en el siglo XVII. Me habló de un manuscrito o una tradición. Después, mientras yo pedía por teléfono un par de whiskies, se levantó de la cama y fue a buscar la cartera. Noté que tenía un pequeño gato tatuado en la cintura. Desnuda, su cuerpo parecía un fuego verde cruzado en todas direcciones por los reflejos del velador. Sacó de la cartera un librito, no mayor que un Libro de Horas o un misal, y allí, verde y desnuda junto a la cama, mientras yo me levantaba a atender la puerta por donde el empleado del Bao me pasó discretamente la bandeja con los vasos, comenzó a leer, armoniosamente y en una lengua de aterradora solemnidad, las palabras que luego, con la luz apagada y ya bajo mi cuerpo, me tradujo. Me acuerdo de su voz como un quejido profundo. Me acuerdo que pensé: tiene voz de loca. Prepárese quien cree, habló bajo mi cuerpo con aquella voz, prepárese quien cree a soñar el largo sueño creado en la vida con la minuciosidad con que se talla una figulina de marfil, porque cada hombre soñará en su muerte el sueño que le mereció su vida. Deberías temer, miserable, no al fuego eterno sino a lo que más odias en la vigilia. Poco ingeniosos y poco vengativos y poco benévolos y poco crueles serían los Señores de la Muerte si dieran a todos los justos la misma recompensa y un solo castigo a todos los injustos. Lo dijo en la oscuridad y me clavó las uñas en los riñones. Tengo miedo de irme al Paraíso, murmuró y me mordía, el libro dice que el Paraíso es el

infierno más horrendo de un pecador. Así, así, dijo arqueándose como si la recorriera una onda eléctrica, me pidió que la matara, la desgarró un espasmo, y como fulminada se durmió. Yo pensé, no sin malevolencia, que tanta ultratumba podía confundir a los dioses. Y, como le había dicho riendo dos horas más tarde, hacernos caer por error en la muerte de otro, te imaginás. Tal vez concebir esa posibilidad me perdió, tal vez recordar con impureza la cintura tatuada de la chiquilina y su móvil sabiduría de ola verde, mientras recorría, un año después, los andenes solitarios de Constitución. Porque esa tarde vi el boleto perdido.

Estaba ahí, sobre el piso del andén. Algo, la misma fuerza que me mandó reparar en él entre tantos otros de su misma especie, me impulsó a recogerlo. O quizá fue pura casualidad. El caso es que lo levanté y comprobé que estaba intacto. En el anverso, estampado en letras negras sobre fondo amarillo, leí: a Triste le ville, y más abajo: ida solamente. Nunca había oído nombrar aquel pueblo, que ahora es éste. El precio, que pudo haberme servido para calcular su ubicación aproximada, estaba borrado por una pequeña mancha. O bien, debajo de la mancha no había nada y, simplemente, no tenía precio. La fecha impresa era la de ese día. A lápiz, en el reverso, alguien había anotado: Andén 14, 15:32 horas. El reloj eléctrico del andén marcaba las 15:30. Miré el número de la plataforma: era, claro está, el 14. El tren estaba a punto de partir. Tres o cuatro personas caminaban hacia la salida. El dueño del pasaje no se veía por ninguna parte. Y entonces se me ocurrió ocupar su lugar.

Desde mi niñez he sido amante de lo imprevisto. Me sedujo la aventura de un viaje a cualquier parte y no lo pensé más.

Dos minutos. Lo que ahora va a escribir mi mano es algo más que una frase, miserablemente lo sé: en toda la eternidad no pasan las cosas que pasan en dos frágiles minutos humanos. Dos minutos. El pudor, acaso la indiferencia que en este pueblo lo envilece todo, hasta las palabras, me impide exaltar esas dos entre signos de admiración, como en los viejos libros. Porque dos minutos están hechos de cosas así: un tren que da un largo pitido, después otro más corto, anunciando la inesperada puntualidad de su partida. Una paloma que vuela mezquinamente entre el hollín, bajo la bóveda de la estación, paloma que ahora recuerdo con maravilla pero que entonces me pareció harapienta, un inacabado proyecto de pájaro, como pasa siempre con las grises palomas de las estaciones. El fulgor de una moneda o una tapita de lata,

llamándome desde el suelo del andén: quizá era un redondel de aceite, un despreciable círculo de saliva, pero palpitó un segundo, como una estrella. Una hoja rotosa, de diario: el viento la movía apenas, tenía un titular sobre catástrofes o juegos humanos, pero sobre todo se movió, como queriendo algo. Ahora sé que en ese momento estuve a punto de bajarme del tren, entonces no lo supe. Después, porque en dos minutos pasan estas cosas, vi al hombre triste. Vi su cara. Había estado oculto por uno de los grises pilares del andén; con nerviosidad, luego con desesperación, buscaba algo en sus bolsillos. El boleto, naturalmente: sé que no me importó. Vi su cara pavorosa y lo odié. Dañarlo fue, durante ese último instante anterior a la salida del tren, el sentido de mi existencia. Era una cara atormentada y deshonrosa: el infortunio y la maldad habían combatido para envilecer aquel rostro. Ese hombre odiaba a todo el género humano, empezando por él mismo. Nadie, con esos ojos, podía no amar la soledad y el silencio y la noche y, al mismo tiempo, padecer voluptuosamente sus espantos. Era el triste, el desventurado, el despreciador de la belleza, del dolor, del amor de una mujer. Sobre todo (sentí) del amor de una mujer. Ahí enfrente, buscando un boleto, sombrío y agazapado detrás de una columna gris, como un hermano de pesadilla, estaba mi antítesis y mi demonio.

Dos minutos. La arena que se escurre en la mano de un niño basta para medir todavía, al filo de mi tiempo, el silbido final de la locomotora, un vértigo de vapor que arremolina papeles sobre la plataforma, el sacudón de los vagones, toda la ufana y bella ceremonia de un tren que parte. Y aún, a lo lejos, la silueta de una mujer tardía, que se acerca corriendo. Ahora sé que me buscaba. Yo no la conocía ni supe entonces lo que comprendo ahora, pero veo su pelo como una fiesta tempestuosa a ramalazos sobre su cara. La veo que llega, se detiene junto al hombre triste y le hace una pregunta. En el segundo que a los tres nos queda, intuyo un error monstruoso en todo esto. No sé qué pasó entonces, sé que en otro lugar Alguien derribó con maligna sonrisa una gran clepsidra. En Buenos Aires, en Constitución, un hombre se queda con una mujer que no conoce ni quiere conocer, una mujer a la que odiará, y un tren partió rumbo a este pueblo. Yo la vi: era una muchacha. Vi apenas su pelo, el largo contorno de pez que dibujó su cuerpo entre el vapor, nunca escuché bajo su piel la música subterránea que (yo lo sé) se oye a medianoche acercando la oreja a su cintura, y por eso no entendí, hasta que era demasiado tarde, las cosas que ahora he escrito.

El tren arrancó finalmente y, casi con indiferencia, la miré que se iba junto al hombre triste.

Al principio, todo sucedió normalmente. Mi vagón, aunque en algún momento quedó vacío, no tenía nada de particular. Más bien era algo incómodo y trivial. Subió y bajó gente, como ocurre en los trenes. Llevaban paquetes, hablaban de la familia y del tiempo, oían pequeñas radios a pila. Vi el cartel de Gerli, el puente de Lomas de Zamora. Calculé que estábamos llegando a Glew cuando me quedé dormido. Me parece que recuerdo después las primeras nubes a cielo abierto, pero a lo mejor quiero recordarlo, recuerdo en cambio haber recordado de pronto todos los hechos grandes y pequeños, todas las imágenes y caras de mi vida —y recordé al mismo tiempo que, cuando yo era niño, alguien contó que estas cosas ocurren en el momento de la muerte—, y agregué a ese inventario de mi agonía la última imagen de la estación. Pasábamos, si no me equivoco, por el empalme San Vicente. El tren ya iba vacío. Algo pude presentir entonces, de haber puesto empeño, algo acerca de la muchacha, pero el sueño me envolvió con su agua profunda y caí en él como hacia el centro de un río circular. Me vino a la memoria un verso, tan convencional fue todo. Decía: *e caddi come l'uom cui sonno piglia*. Sabía que con esta línea un gran poeta había resuelto un grave problema. No se me ocurrió nada más. Cuando desperté, vi el cartelón rectangular. Sobre fondo negro, en blanquísimas letras, se leía TRISTE LE VILLE.

Desde aquel día hasta hoy he recorrido mil veces este pueblo, su miserable plaza y sus calles sin nadie, que eran la muerte de otro. Cada piedra, cada sombra que la tristeza del crepúsculo dibuja para siempre sobre las tapias, están hechas a semejanza del corazón del hombre triste. Son su corazón y su cara. (En otra parte, lo sé, él aborrece eternamente el cuerpo lunar de una muchacha, que me buscaba y lo odia, que es su infierno.) En los primeros tiempos yo rondaba la estación y me sentaba a contemplar las vías, en los primeros tiempos gritaba en los zaguanes. Ya no me importa. Sé que el vigilante seguirá fumando el mismo cigarrillo bajo la perversidad del cielo de ceniza, sé que el jefe de estación, en su oficina, no acabará de meditar o soñar con los párpados abiertos. Al principio, me alegraba descubrir una nueva casa deshabitada y violando su soledad recorrer las paredes con mi mano, constatar, con un asombro que ya me ha abandonado, cómo se reordenaba bajo mis dedos el polvo de sus muebles, la ceniza de sus chimeneas.

Más tarde amé el hallazgo de una grieta en una pared, el dibujo de la corteza de una rama, el diferente reflejo de un hilo de agua visto de lejos o tendido en el suelo. Un día, recordar mal estas cosas fue suficiente milagro. Estos juegos, sin embargo, también se han terminado. No queda una hoja en ningún árbol, no queda la trama de una hoja, la veta de una piedra, cuya implacable memoria no sea tan nítida para mí como la mano que ahora se mueve bajo mis ojos. Ni un ladrillo cubierto de musgo en el confín de las casas. Ni una gota de agua suspendida, a punto de caer, en el pétalo de una flor.

Las panteras y el templo

Y sin embargo sé que algún día tendré un descuido, tropezaré con un mueble o simplemente me temblará la mano y ella abrirá los ojos mirándome aterrada (creyendo acaso que aún sueña, que ese que está ahí junto a la cama, arrodillado y con el hacha en la mano, es un asesino de pesadilla), y entonces me reconocerá, quizá grite, y sé que ya no podré detenerme.

Todo fue diabólicamente extraño. Ocurrió mientras corregía aquella vieja historia del hombre que una noche se acerca sigilosamente a la cama de su mujer dormida, con un hacha en alto (no sé por qué elegí un hacha: ésta aún no estaba allí, llamándome desde la pared como un grito negro, desafiándome a celebrar una vez más la monstruosa ceremonia). Imaginé, de pronto, que el hombre no mataba a la mujer. Se arrepiente, y no mata. El horror consistía, justamente, en eso: él guardará para siempre el secreto de aquel juego; ella dormirá toda su vida junto al hombre que esa noche estuvo a punto de deshacer, a golpes, su luminosa cabeza rubia (por qué rubia y luminosa, por qué no podía dejar de imaginarme el esplendor de su pelo sobre la almohada), y ese secreto intolerable sería la infinita venganza de aquel hombre. La historia, así resuelta, me pareció mucho más bella y perversa que la historia original. Inútilmente, traté de reescribirla. Como si alguien me hubiera robado las palabras, era incapaz de narrar la sigilosa inmovilidad de la luna en la ventana, el trunco dibujo del hacha ahora detenida en el aire, el pelo de la mujer dormida, los párpados del hombre abiertos en la oscuridad, su odio tumultuoso paralizado de pronto y transformándose en un odio sutil, triunfal, mucho más atroz por cuanto aplacaba, al mismo tiempo, al amor y a la venganza.

Me sentí incapaz, durante días, de hacer algo con aquello. Una tarde, mientras hojeaba por distraerme un libro de cacerías, vi el grabado de una pantera. Las panteras irrumpen en el templo, pensé absurdamente. Más que pensarlo, casi lo oí. Era el comienzo de una frase en alemán que yo había leído hacía muchos años, ya no recordaba quién la había escrito, ni comprendí por qué me llenaba de una salvaje felicidad. Entonces sentí como si una corriente

eléctrica me atravesara el cuerpo, una idea, súbita y deslumbrante como un relámpago de locura. No sé en qué momento salí a la calle; sé que esa misma noche yo estaba en este cuarto mirando fascinado el hacha. Después, lentamente la descolgué. No era del todo como yo la había imaginado: se parece más a un hacha de guerra del siglo XIV, es algo así como una pequeña hacha vikinga con tientos en la empuñadura y hoja negra. Mi mujer se había reído con ternura al verla, yo nunca me resignaría a abandonar la infancia. Esa noche, tampoco pude escribir. El día siguiente fue como cualquier otro. No recuerdo ningún acontecimiento extraño o anormal hasta mucho después. Una noche, al acostarse, mi mujer me miró con preocupación. “Estás cansado”, me dijo, “no te quedes despierto hasta muy tarde”. Respondí que no estaba cansado, dije algo que la hizo sonreír acerca del fuego pálido de su pelo, le besé la frente y me encerré en mi escritorio. Aquélla fue la primera noche que recuerdo haber realizado la ceremonia del hacha. Traté de engañarme, me dije que al descolgarla y cruzar con pasos de ladrón las habitaciones de mi propia casa, sólo quería (es ridículo que lo escriba) experimentar yo mismo las sensaciones (el odio, el terror, la angustia) de un hombre puesto a asesinar a su mujer. Un hombre puesto. La palabra es horriblemente precisa, sólo que ¿puesto por quién? Como mandado por una voluntad ajena y demencial me transformé en el fantasma de una invención mía. Siempre lo temí, por otra parte. De algún modo, siempre supe que ellas acechan y que uno no puede conjurarlas sin castigo, las panteras, que cualquier día entran y profanan los cálices. Desde que mi mano acarició por primera vez el áspero y cálido correaje de su empuñadura, supe que la realidad comenzaba a ceder, que inexorablemente me deslizaba, como por una grieta, a una especie de universo paralelo, al mundo de los zombies que porque alguien los sueña se abandonan una noche al caos y deben descolgar un hacha. El creador organiza un universo. Cuando ese universo se arma contra él, las panteras han entrado en el templo. Todavía soy yo, todavía me aferro a estas palabras que no pueden explicar nada, porque quién es capaz de sospechar siquiera lo que fue aquello, aquel arrastrarse centímetro a centímetro en la oscuridad, casi sin avanzar, oyendo el propio pulso como un tambor sordo en el silencio de la casa, oyendo una respiración sosegada que de pronto se altera por cualquier motivo, oyendo el crujir de las sábanas como un estallido sólo porque ella, mi mujer que duerme y a la que yo arrastrándome me acerco, se ha movido en sueños. Siento entonces todo el ciego espanto, todo el callado pavor que es

capaz de soportar un hombre sin perder la razón, sin echarse a dar gritos en la oscuridad. Acabo de escribirlo: todo el miedo de que es capaz un hombre a oscuras, en silencio.

Creí o simulé creer que después de aquel juego disparatado podría terminar mi historia. Esa mañana no me atreví a mirar los ojos de mi mujer y tuve la dulce y paradojal esperanza de haber estado loco la noche anterior. Durante el día no sucedió nada; sin embargo, a medida que pasaban las horas, me fue ganado un temor creciente, vago al principio pero más poderoso a medida que caía la tarde: el miedo a repetir la experiencia. No la repetí aquella noche, ni a la noche siguiente. No la hubiera repetido nunca de no haber dado por casualidad (o acaso la busqué días enteros en mi biblioteca, o acaso quería encontrarla por azar en la página abierta de un libro) con una traducción de aquel oscuro símbolo alemán. Leopardos irrumpen en el templo, leí, y beben hasta vaciar los cántaros de sacrificio: esto se repite siempre, finalmente es posible preverlo y se convierte en parte de la ceremonia.

Hace muchos años de esto, he olvidado cuántos. No me resistí: descolgué casi con alegría el hacha, me arrodillé sobre la alfombra y emprendí, a rastras, la marcha en la oscuridad.

Y sin embargo sé que algún día cometeré un descuido, tropezaré con un mueble o simplemente me temblará la mano. Cada noche es mayor el tiempo que me quedo allí hipnotizado por el esplendor de su pelo, de rodillas junto a la cama. Sé que algún día ella abrirá los ojos. Sé que la luna me alumbrará la cara.

Crear una pequeña flor es trabajo de siglos

Soy un escritor fracasado. No es un comienzo demasiado original, lo sé. Ni me pasa sólo a mí. Varios de mis mejores amigos podrían encabezar su autobiografía de la misma manera, sin faltar en absoluto a la verdad. Sólo que yo lo acepto naturalmente, que ésta no aspira a ser la narración completa de mi vida y que, yo, tengo una historia de amor para contar.

Mis amigos, escribí: es una exageración, claro. O un automatismo. De algún modo sin embargo hay que codificar las cosas y lo fundamental es que el que escribe se dé a entender. O no es lo fundamental, pero me da lo mismo. También soy un tipo desagradable, y hasta deliberadamente desagradable. ¿Qué esperaban? Y en esto ya me parezco no sólo a mis amigos, sino a la casi totalidad de los habitantes de Buenos Aires. Es extraño: iba a poner del mundo y me pareció enfático, bajé a del país y resultó incoherente. Buenos Aires, en cambio, ¿eh, Discepolín? Lo que pasa es que en el fondo debo tener ganas de escribir un tango, o un sainete. Ella se llamaba Laura, nombre prestigioso. Él soy yo. Y como las revistas femeninas donde hoy se publican mis cuentos seguramente se negarían a pagarme éste, y como debo escribirlo, no tengo más remedio que hacerlo acá, como quien canta. Cuando él la conoció ella llevaba un absurdo sombrerito tipo plato volador, de colegio de hermanas, y una pollera azul marino tableada. Tenía quince años, la cara redonda y algo en los ojos, algo que vaticinaba lo que pasó después: una especie de sabiduría, no sé bien. Él tenía veinte años. Romeo y Julieta, lógico que lo pensó. Y Pablo y Virginia, y Dafnis y Cloe, y todo lo demás. Él hacía versos, pronunciaba frases, citaba a William Blake, creía a destajo en la Inmortalidad. Y naturalmente despreciaba a los tipos como yo. Yo y mi generación hemos ido a parar, casi sin darnos cuenta, a las secciones literarias de las revistas semanales, hacemos libretos de televisión firmados con seudónimo, ya hemos cumplido treinta años. Somos corrosivos e irónicos. Aunque no sé por qué meto a mi generación en esto. No hay más que yo, ésta es mi historia, no la de la Juventud Dorada del país. Él citaba a Blake, por esa parte iba. Ella lo dejaba hablar y lo miraba entre fascinada y

condescendiente, como desde otra vereda, o como si él estuviera enfermo de alguna cosa sin importancia que se le iba a pasar pronto. O ahora me parece que lo miraba así. Y ahí está el nudo de la historia, su ambigüedad. La de su mirada. No hay ninguna razón para que cuente acá cómo la conoció, porque aunque parezca mentira fue en un parque. Altos plátanos, atardecer. Y más tarde, en algún redondel de la noche, la luz de una calesita, su música de calesita. Hay que contar, en cambio, que después la mano de él le tocó la cintura al cruzar una calle y él sintió en los dedos que la dulce Julieta del sombrerito era de carne y huesos. Téngase en cuenta que eran adolescentes: tocarla fue una mezcla de decepción, maravilla y gelatina. Téngase en cuenta que eran adolescentes, él difícilmente iba a volver a enamorarse después de aquel contacto, o de la calesita. Siete años más tarde, ella me dejó. A esa altura él ya era yo, había publicado un librito de versos y había empezado a dejarse convencer de que la vida es dura, que hay que vivir, que uno puede ir erigiendo el monumento más perdurable que el bronce y redactar la Sección Espectáculos del semanario tipo *Times*. Ser Horacio y Gatsby, en suma. Para esa época ya se me invitaba a fiestas con muchachas como juncos que aspiraban a recibirse de Simone de Beauvoir. Tenían generalmente pómulos altos, pelo negro, desarreglos ováricos y aire egipcio. En las comparaciones, la dulce Julieta, su cara de torta, se desvanecía irreparablemente. Sin contar que a ellas, en la cama, yo todavía podía hablarles de Kierkegaard, de epopeyas a redactar y del arte en general, sin que dejaran ver cómo se hartaban. Hubo, una mañana, una llamada telefónica: Laura me llamó por teléfono un domingo a la mañana y en cuanto levanté el tubo, dijo: Lo sé todo. (Ha pasado mucho tiempo: no me la imagino diciendo una frase como lo sé todo, pero el caso es que dijo algo que equivalía a eso.) Y él dijo: “Tenés que dejarme que te explique”. Aclarar que ella no sabía que Romeo ya era Mister Hyde, pero que la respuesta de él fue suficiente para que ella cortara llorando y él volviera a llamarla y decidieran verse en una plaza para acabar de una vez la dolorosa historia, es innecesario. La plaza se llamaba San Cristóbal: era la misma de la primera vez, porque a la realidad le gustan las simetrías, es cierto; la realidad, en el fondo, quiere parecerse a la literatura. Me ahorro los patetismos y digo que, como final, fue casi hermoso. No volvió a llorar; me miraba. Lo que mejor recuerdo es eso, y un gesto: el de echarse suavemente con la mano el pelo hacia atrás. Y que sonrió. Le dije que era lo mejor que podía pasarle, darse cuenta de que yo no era su tipo. Le dije si había notado que donde estaba la calesita

habían puesto un busto de Lafinur. No le dije que en realidad yo estaba un poco harto de su carita de luna, de sus ahogos (ella se ahogaba cuando estaba nerviosa, solía ocurrirle en la cama y al principio era casi poético, después no), harto, para resumir, de siete años. Siete años y los dos últimos algo sobrecargados de búsquedas de departamento, anillos de compromiso, vidrieras con muebles estilo provenzal y todo lo que hace de la vida un cuento mío de diez mil pesos. Pensé, como en el tango: "Si al menos me engrupiera de que la he salvao". Y la dejé ir.

De este final hace cuatro años. Ahora he cumplido treinta y dos y, hará más o menos cinco horas, ella volvió a mirarme desde esa puerta por última vez. Oblicuamente el sol daba en el vidrio, y en realidad ahí está *toda* la historia. Pero entre este segundo final y aquel de la plaza, hubo otros encuentros, casuales al principio, y pasaron cosas. Pasó, por ejemplo, que las muchachas iban pareciéndose cada día más a tapas de revistas, se tomaba cada vez más whisky, encabecé un movimiento por la abolición del libro y en favor de un arte masivo, usable como un traje o un calzoncillo, temporal, vivo, anónimo como el Espíritu, feo como la mierda y por lo tanto humano, etcétera, puse en argentino básico (y las firmé) las ideas de varios estetas homosexuales franceses, gané un concurso a la mejor nota periodística del año al denunciar el inhumano tratamiento que se les da a las locas en Vieytes, viajé a Brasil, estuve a punto de casarme con una mulata en un arranque del todo baudeleriano, y volví a verla. Sobre todo, volví a ver a Julieta varias veces. Y hasta soñé con ella. Un sueño entre alegórico y obsceno donde había anchas escalinatas de basalto en una llanura mítica, un circo, una especie de circo romano bajo la luz fría y azul de un astro que no podía ser la Luna. O el sueño fue muy posterior, qué sé yo. Y no me parece que tenga mucha importancia. El hecho es que volví a verla, y hablamos. Hay fiestas, claro, amigos comunes que son pintores o cortometrajistas, hay el Destino, las ganas de comprobar si realmente se había cortado el pelo pese a mi difundida teoría de que las mujeres, al ser abandonadas por un hombre, lo primero que hacen es cortarse el pelo, o teñírselo, ponerse a estudiar guitarra o alguna incoherencia por el estilo. Y además uno es civilizado y el mundo es un pañuelo, en uno de cuyos pliegues cabe Buenos Aires, un balcón terraza desde el que se ve el río, la voz de Marlene Dietrich haciéndome pensar si esta atorranta (por Julieta) también se acordará cuando escucha *Lili Marlene*, exactamente en el momento en que alguien me toca el brazo para preguntarme qué estoy haciendo ahí, solo, en ese

balcón. Bueno, no a punto de suicidarme. Y me reí. Ella dijo que ya se lo imaginaba. Y en efecto se lo imaginaba. Me vi a mí mismo en un andén de ferrocarril.

—Te acordás —dije— de aquello del andén de Constitución, el andén doce.

—Catorce —dijo.

Nos reímos, los dos ahora. Con asquerosa naturalidad. Llenos de adultez, maduramente considerando los dos (pero sobre todo yo) a un conscripto el último día de su primer franco, conscripto que le dice a su novia en el andén catorce de Constitución la frase del siglo. El conscripto hace versos, cita a William Blake, tiene por delante un tren nocturno lleno de cantos de conscriptos, patas de pollo, olor a pis, empanadas, voces en falsete gritando traela al regimiento, o boludo, o por qué no le preguntás qué hace mientras vos limpiás caca en las caballerizas. Momento en que el Bardo majestuosamente musita que hay días, días en que me canso, días como hoy en los que tengo miedo de matarme. Y ella pregunta: "¿Qué?". Y él: "Nada, una especie de verso de Neruda". Y ella: "Es que no te oí, por el ruido". Y él: "Que a veces quiero matarme, escuchás". Y ella: "Sí, ahora sí pero no grites". Y él: "Me gustaría saber de qué te estás riendo". Y ella: "De que estamos gritando como locos, y que todos nos miran". Después, besándome un ojo: "Y que vos no vas a matarte nunca, subí".

—Te enojaste tanto —dijo, en el balcón.

—No, si tenías razón, para qué iba a matarme si acababa de caer muerto ahí mismo. Cómo andás.

—Bien.

—Te queda corto el pelo así, tan corto.

—Seguramente, sí.

Me puse a mirar el río. Iba a decir que era notable lo bien que se veía el río esa noche pero me limité a emitir un silbidito, después tosí. Había una luna impúdicamente lunar, llamar la atención sobre el río era una manera aviesa de aludir a la luna, sin contar la voz de Marlene Dietrich, ahí adentro. Una especie de enema de perfume de lilas. Dije:

—En fin.

Ella dijo:

—No te falta más que levantar las cejas y decir: así es la cosa —se reía—. Realmente somos bárbaros conversando.

La próxima vez que la vi sólo nos saludamos de lejos. Yo elaboré mi segunda teoría sobre las mujeres abandonadas: se embellecen. También traduje del inglés una obrita detestable que

estuvo ocho meses en cartel, a teatro lleno. Con los derechos compré un departamento y un Citroën. Yo era encargado de la Sección Espectáculos de tres revistas, y tengo amigos: afirmamos que era genial, populosa de lesbianas y pederastas. Rompía todos los esquemas y las convenciones. A partir de esto, el teatro de Jarry iba a tener que montarse en un frasco de formol; Artaud y Beckett, dentro de una bolita de naftalina. Estábamos hartos de pretenciosos loquitos que redactaban Autos Sacramentales. En fin, que con los derechos de traducción me compré este departamento y un Citroën. Debo confesar, también, que me indignaba un poco verla. Verla a Laura. Había algo de viuda alegre en su nuevo fumar, y no sé qué falta de respeto por mí a la altura del flequillo. Había crecido, además; pero hacía muchos años que había crecido. El caso es que de pronto nuestros encuentros dejaron de ser casuales. Hace alrededor de tres años, me dijo:

—Conocí a alguien.

Y esa misma noche, dejaron de ser casuales.

—Tenés un modo algo impreciso de aclararme que el señor con cara de cornudo, que te tenía apoyada la mano en la cadera, no es un atrevido. Y para cuándo son los confites.

Él era abogado o algo, no sé bien qué. Quizá, hasta dentista. Algo era y descendía de austríacos y, por lo visto, se iba a dormir a medianoche dejándola retozar en las fiestitas. No sólo porque mañana hay que dar un buen madrugón, eh, sino por respeto, porque el hogar al que él aspiraba debía estar sustentado sobre la base de la confianza mutua. Y El Apoyo Mutuo u otros títulos optimistas. Si será puta, pensé. Y ahora que reflexiono, el sueño fue después de este encuentro. Lo que no quiere decir que tenga mucha relación, sino que me acordé. Y voy a contarlo.

Había escalinatas en el sueño, altas plataformas superpuestas en la noche. Una especie de anfiteatro de basalto, y yo desnudo, pero sin experimentar vergüenza. No porque estuviera solo, sino porque las cosas eran naturalmente así. La claridad de la luna era como fría, consecuencia de dormir destapado, y yo estaba inquieto. Algo iba a suceder. Tenía la espalda apoyada en las piedras de un paredón semicircular, alto, pero lo que me preocupaba eran los zócalos, esas puertas-trampa dispuestas a lo largo del semicírculo, por una de las cuales iba inminentemente a salir algo. Ella salió, es natural. En cuatro patas salió, aunque la idea no es ésta, porque no resultaba grotesco: salió así porque las cosas ocurrían de ese modo. Y estaba vestida de verde. Hasta ese momento se ignoraba quién o qué cosa iba a salir al levantarse las rejas. Yo tenía algo en la

mano, algo muy importante para mi defensa pero nunca pude recordar luego de qué se trataba. Creo más bien que era un objeto propio del sueño, sin equivalentes y sin significación alguna fuera de aquel contexto. *Contexto*, se me ocurre cada palabra: paisaje lunar, eso pensé. Porque aquello era un anfiteatro en la Luna. Salió, vestida de verde. Y en ese mismo instante sentí que aquel color no correspondía, durante un segundo, en el sueño, fui consciente de que aquello era un sueño y que el color de su vestido debía ser claro. (Tuve, en el sueño, más o menos la misma impresión que en mis épocas de William Blake, cuando en un arranque místico leí la *Divina Comedia*: Beatrice se le aparece a Dante, en el Paraíso, vestida de verde. Como si bajara del cielo una gallineta y se posara sobre la cabeza de la estatua de Garibaldi: uno espera palomas sobre las estatuas, a lo sumo gorriones, y me acuerdo de que a los veinte años inventé una teoría sobre el genio. Genio es el que te hace bajar del cielo gallinetas sobre las estatuas, o te zampa una torcacita donde, los imbéciles, esperaban un loro barranquero. Y si no, ahí está el cuervo de Poe, charlando animadamente desde hace un siglo sobre la cabeza de Palas.) Vestida de verde y en cuatro patas salió. Miró un instante lo que yo tenía en la mano e hizo el gesto que ya dije, el de rozarse apenas la frente con la punta de los dedos y echarse de paso el mechón de pelo hacia atrás. Y caminamos. Y todo era de una serenidad volcánica. Quiero decir, de lava petrificada. O quizá quiero decir nomás lo que escribí: serenidad volcánica. No puedo volver tarde, había dicho ella. Noté que tenía quince años. Yo también me sentía un poco más joven, pero sólo en el sentido de más ágil. Debíamos sin duda estar en la Luna y allí uno pesaría menos. Con naturalidad, se sacó el vestido. Quedó desnuda con simpleza insultante. ¿Lo dejo acá?, preguntó, y quería decir que podíamos no encontrar luego este camino. No tenés ninguna confianza en mí, dije yo. Me miró asombrada: yo había hablado con maldad. Sí, me dijo, sí, lo que pasa es que. No, dije yo. No tenés ninguna confianza en mí, en mi sentido de la orientación. Vos dudás de mi gran sentido de la orientación, eso es todo lo que pasa: nunca creíste en mi Albatros. Juro que el diálogo era así, y que yo dije Albatros. Y ahora, al verlo escrito a máquina, pienso que Albatros con mayúscula, el Albatros, mi Albatros, puede ser el nombre de un barco capitaneado por mí, una especie de barco pirata que los dos conocíamos en la región del sueño y entonces no todo es tan absurdo. El caso es que dije esa palabra, signifique lo que signifique. O quizá mi Albatros era lo que yo tenía en la mano, aunque no me parece que fuera un pájaro. No, al

menos, uno cuyas alas de gigante le impidieran caminar. No tenés derecho a decir eso, murmuró Laura. Y ya no estábamos más en el anfiteatro. Ves, dije yo, ves lo que ganaste: ahora te volvés sola a tu casa. Ya no estábamos en el anfiteatro y aquello, bien mirado, era Callao a la altura de Vicente López porque me acuerdo de que vi Las Delicias, o Northing, menos mal que a esa hora no andaba un alma por la calle. Todo un poco volcánico todavía, un poco ceniciento y azul y de otro mundo pero con una rápida tendencia a desplazarse hacia la zona Norte de Buenos Aires. Pensé que me iban a llevar al manicomio por andar desnudo, pensé ojalá se muera de frío. Y con un enorme esfuerzo conseguí invertir esta idea hasta articular: Lo único que falta es que ahora no encontremos tu vestido. A lo que ella, ya en la puerta de su casa, respondió casi con tristeza: Vos sabés que *a mí* eso no me importa. La puerta de su casa era su puerta real, en Virrey Melo, sin embargo conservaba alguna de las cualidades de la trampa enrejada por la que había salido, y en ese momento recordé que, antes de que nos pusiéramos a caminar, yo había cerrado bien cerrada esa puerta. Bien cerrada, de modo que ahora me dio miedo. No va a poder, no va a poder abrirla sola, pensé. Miedo mezclado con alegría y con disgusto, el disgusto de que hubiera dicho con semejante mansedumbre que andar desnuda no le importaba. La matan, cuando sube la matan; eso pensé, e ignoro si el sentido de matar era metafórico o real. Entonces decidí algo, dije: Esperame. Y me desperté.

No me pregunto ni me interesa qué significa este sueño. Lo que realmente me preocupa es qué pensaba hacer yo cuando le dije que me esperara: 1) iba a buscar como loco su vestido; 2) iba a volverme tranquilamente a mi casa; 3) iba a tratar de descifrar qué era lo que aún yo llevaba en la mano.

Y eso es todo. Demasiado, a juzgar por el espacio que ocupa; máxime si les recuerdo que veníamos hablando del balcón terraza. Pero no: no veníamos hablando de eso sino de otro encuentro, y ahora me explico por qué conté el sueño. Mientras escribía sobre el abogado de Laura me pensaba en el balcón terraza. Fue la palabra terraza lo que me trajo al subconsciente las escalinatas, la asocié con plataformas. Lo conté a partir de esa imagen. Fue la palabra terraza, y no la palabra puta. No hay que asombrarse: he desarticulado y reducido a polvo mecanismos literarios, ajenos, mucho más complejos. Les he quitado las ganas de volver a escribir (la inocencia) a más de un adolescente inspirado y profético. Hay que ver el daño que le puede hacer la lucidez a la Poesía. También yo formé parte de una heroica y fugitiva revistita literaria; también

tuve mi corte primaveral de fieles, medio discípulos, medio enamorados. Yo les expliqué por qué, y cómo, hacían versos a malones de jovencitos talentosos tipo Demián. Y me curé. Y los curé. Los volví tan inteligentes que hoy trabajan en Vialidad Nacional.

Laura (decía) me habló hará tres años del tipo que un rato antes le había puesto la mano en la cintura. Él era más o menos como ya he dicho. Y la quería bien y ya debía de haber articulado en su homenaje algo por el estilo de: Me siento capaz de hacerte feliz, Laura, sé que ahora no puedes quererme pero con el tiempo. Y con las cataplasmas de mostaza, los niños, las camas gemelas y los laxantes suaves, el compañerismo y tu cepillo de dientes aquí, el mío allí.

—Él quiere casarse —había dicho Laura.

—Con quién —dije yo, distraído.

—Lo que estás haciendo es una zoncera —dijo Laura.

—Disculpá, quise señalar que ya sabía que *vas* a casarte. Acabo de preguntarte para cuándo son los confites. ¿Qué me dijiste que era?

No escuché si rentista o dentista. O a lo mejor era nomás abogado, porque muy pocas veces he visto una cara con tanta propensión a inculcar en los demás la idea de engañarlo con la mujer. De no ser por Laura, animal único e irracionalmente monoándrico, aquel personaje era candidato a hundir al país en la tiniebla y el caos, a fuerza de ir cortando cables con los cuernos.

—Se lo ve un hombre limpito —comenté.

Ella se limitó a esperar. Yo dije:

—Él quiere casarse, muy bien. Ya te oí. Y ahora, se puede saber para qué me lo contás.

—No sé —dijo—. Quería que lo supieras por mí.

La miré.

—No entiendo. Por vos cómo.

E iba a explicar qué era lo que en realidad le estaba preguntando, pero, naturalmente, no me dio tiempo. Sonrió y dijo:

—Las dos cosas. Que lo supieras por mí: por mi boca, para que nadie se encargue de contártelo.

—O sea por mí. Una especie de lealtad.

—Y también por mí —dijo bruscamente.

Levanté la cabeza, esa manera de pasarse apenas la punta de los dedos por la sien y en el mismo movimiento recogerse el mechón de pelo detrás de la oreja. Y sobre todo la mirada. Una leona, inerme, momentáneamente desorientada pero tensa. No sé, algo

sumamente contradictorio y yo nunca fui muy bueno para los símiles. De modo que bajé la vista y busqué cigarrillos y no tuve más remedio que aceptar los de ella, porque otra de mis teorías es que la ropa de hombre tiene demasiados bolsillos.

—Cada vez que no encuentro el boleto cuando sube el inspector me acuerdo de vos —dije—. La cosa es que finalmente yo tenía razón, habrás notado.

—En qué.

—En que ibas a encontrar la felicidad, en que Kierkegaard y Regina Olsen, todo eso.

Lo que siguió debí haberlo previsto, no las palabras, porque mi imaginación es la de un ser humano normal, no las palabras pero sí el zarpazo, las uñas súbitas del tamaño de un dedo. Dijo:

—Vos sabés que yo te quiero.

—Escuchame —dije—. Ya te expliqué cien mil veces que las mujeres son infinitamente más fuertes que los hombres: aprovecharse de eso, sí que es una deslealtad.

Tuve la sospecha de que yo a esa mujer la necesitaba. Pensé cómo quedaremos si ahora la agarro del pescuezo, cómo quedaremos doce pisos más abajo. Ella me miraba, juro que divertida.

—Deslealtad —dijo—. Sos tan cómico.

—Cantinflas, sí —dije—. Pero cómo se te ocurre decirme que.

—Qué.

—Mirá: casate. Oíme. Sabés todo lo que significás para mí.

—Sí.

—Ah, sabés. Vos realmente no tenés alma —dije yo.

Laura me tocó la cabeza, bueno: el gesto ese de revolver el pelo. Una cruza entre ¿no eres tú Romeo y Montesco? y tomarme la fiebre. Y se rio, y, antes de irse del balcón y casarse a la semana siguiente y tener un chico al año y medio, dijo como quien canta:

—Qué hermosos éramos. Será por eso, ¿no?

No siento ninguna vergüenza al recordar qué hice, cuántas pequeñas abyecciones cometí, cómo, con qué meticulosa obstinación obré desde esa noche para reconquistarla. Dije que se casó a la semana, en realidad fue un poco después. Lo que no dije es que fui a la iglesia. Ya era un tango, verdaderamente. Y me vio, y no sé si creyó lo que veía pero pegó un respingo que se le torció la corona de azahares, o la mantilla, eso que llevan en la cabeza, y me hizo acordar de esa Virgen María de Brueghel que queda como tuerta con la cofia caída sobre el ojo, digo que no sé si creyó lo que veía pero mi cara no era ni de estar jugando, ni de estar

burlándome, ni de nada que no fuera sencillamente estar allí, mirándola entre los amigos, sin ninguna tristeza pero sobre todo sin ninguna ironía. Un escobillón hubiera dado idénticas muestras de padecimiento, pero me habría superado en cinismo. Al día siguiente, me las ingenié para que unos amigos comunes me sorprendieran levemente borracho. Levemente, eso sí. El más venenoso, uno de esos psicoanalizaditos que viven vigilando las cucharas, paraguas, ostras o muelas que a la gente se le cae o pierde, cosa de descubrir el Edipo, impotencia, homosexualidad o caries psíquica del Universo, me vio y dijo con astucia: "Hacía rato que no se te veía tan divertido". Me miró como el cardenal Richelieu a Ana de Austria cuando la pescó sin los herretes. Yo, serio de golpe, lo mandé, en un tono tan alto e injustificable, a la putísima madre que lo parió y no sin antes recomendarle que mejor se metiera en la vida de la yegua de su madre, que a nadie le quedó la menor duda: casarse Laura con el abogado había sido el tiro de gracia a mi síndrome abandónico. Naturalmente, no exageré mis apariciones. Ejercí un levísimo terrorismo de la ambigüedad. No fuera cosa que la dulce Julieta se pusiera en Vestal o en Lola Mora y se entrara a hacer la payasa por su lado, afectando indiferencia, o descubriera por ahí que la venganza es un ejercicio que compensa no haber escrito un gran libro a los tipos como yo, y haberse casado con el abogado a las muchachas como ella. Y viví. No quiero decir "entre tanto", sino *haciendo* eso. Le di, durante tres años, un sentido a mi existencia. Fue en esta última época que soñé lo que ya he contado. Fue también en estos años cuando abandoné en la cloaca (y no sólo yo) la bolsa con los restos de la Descuartizada, mi alma inmortal, y alzándome de hombros renuncié al acné juvenil de inscribir mi *Exegi monumentum* al final de mis Odas. Las palabras, estas rameritas, no sólo dan trabajo: son un trabajo, y bien: mi generación y yo hemos aprendido a explotar a las palabras. Y para vivir de las palabras, como para comer de las mujeres, lo mejor es no cortejarlas mucho. Cuando necesito un buen traje, redacto un mal cuento. Y si hace falta más plata se escribe un libro sobre Perón o el Estructuralismo o el cadáver de Eva Duarte. Y ustedes, ¿qué hacen? Y dónde está la diferencia. En estos años, también, me afirmé como crítico y llegué a redactor jefe del más leído y corrosivo de esos subproductos nacionales tipo *Times*, y ya que estamos quiero explicar algo. Tengo la voluptuosidad del mal, de lo feo. Mimo mi propio fracaso tanto como odio el talento ajeno. Y no porque yo mismo no tenga talento, vaya si lo tengo; sino porque mi poder de realización no

coincide con lo que entiendo bello. Vamos a ver si está claro. Yo sé *qué* es, y hasta cómo se escribe un gran poema: sé. Pero hay algo que me impulsa en otra dirección. Como inventar en la cabeza el *Guernica* de Picasso, con cada una de sus líneas y grises despavoridos y caballos bajo las bombas y ojos de lata y mutilaciones y ceniza, todo, pero al primer trazo sentir irrefrenablemente que esa línea exige juntarse con otra, que no es la que estaba en la cabeza, y con otra y con otra, todas cargadas de una significación imprevista. Y ver por fin que se ha dibujado una figura obscena, una especie de retratito de Dorian Gray pero descompuesto a medida que se lo pintó. Uno de esos innobles y descomunales sexos de letrina. Se habla mucho de la flor de Coleridge, de la de Wells, ¡oh! viajar al porvenir o al sueño y traer una flor. Bueno, lo que yo digo es como viajar al porvenir. O al sueño. O hasta el vértice mismo del infierno: realizar lo aparentemente más demoníaco del acto. Ir, sí, y hasta poder pegar la vuelta. Y venirse de allá *con un tomate.* Y acá entra lo que señalé antes: la voluptuosidad. Porque yo deseo más allá de toda explicación mis tomates, y hasta diría que mis incursiones en el sueño o el porvenir, ahora, consisten sólo en ir a buscar tomates. Sí, señores, amo quizá más que nadie en el mundo lo bello, pero tengo el vértigo de lo feo. Y qué. Es como tener seborrea. El día que descubrí en mi alma esa cualidad negativa sentí algo parecido a lo que debe de haber sentido Massoch cuando le dieron por primera vez una patada en el culo. Dolor, pero hasta por ahí nomás. Sobre todo, felicidad. Una náusea orgiástica. Y quizá en el fondo soy un refinado; los chinos, de cultura milenaria, comen ratas y perros y pescado podrido. De todos modos, nací lo suficientemente sensible como para odiar a los que consiguen realizar lo que aman. ¿Me he ido transformando en un resentido? Así es. Pero hay resentidos y resentidos. Yo no envidio el triunfo ajeno, hasta el resentimiento tiene categorías. Yo envidio a cualquier poeta desconocido de quinto orden que consigue *creer* en lo que hace, o creer que, lo que hace, era lo que quería hacer. ¿Me explico? Lo que me molesta del éxito ajeno es que muchas veces sirve para eso: para convencerlos de que tenían razón. Y pintan, y hacen música, y hacen versos por eso: por alegría. Leen veinte líneas piadosas acerca de su última novelita y se sienten menos mortales. Pero lo que es a mí no me deberán nunca ese consuelo. En los últimos años no he elogiado un solo libro.

Y esto es lo que quería escribir. En cuanto a lo otro, a Laura, ya lo dije al principio: hace unas horas la vi por última vez. Antes

también lo dije) la perseguí. Un día, me hice invitar a una exposición de un cortometrajista; otro, hice que se la invitara a una muestra de poesía ilustrada. Esta noche, por fin, quedamos juntos en un balcón que se parecía bastante al de la primera vez.

—Para qué todo esto. Por qué —dijo Laura.

En el río, vi una especie de almácigo de luces; era el Barco de la Carrera pero pensé: el Conte Rosso. El día menos pensado me tomo el Conte Rosso, y a París. Tomar mate allá y escuchar a Gardel, escribir cartas pidiendo cigarrillos Particulares, yerba, y los recortes de *Mafalda.* Un argentino que no fue a París es una especie de uruguayo.

—Te fijaste lo bien que se ve el río esta noche —dije yo.

—Y sobre todo la luna —dijo Laura.

—También, sí —dije yo—. Para qué *qué* —dije yo.

—Todo esto —dijo Laura.

—Porque te quiero —dije.

—Estás borracho —dijo ella.

Yo dije que no de caerme, pero reconocí que algo había tomado.

—No de caerme —dije—, pero reconozco que algo tomé. De lo contrario no me hubiera animado a hacer semejante imbecilidad.

—Pero, vos no te das cuenta —dijo.

—No. Nunca me di cuenta.

Como diálogo era bastante impresionante. Ella, todavía, dijo:

—Pero cómo querés que te crea. Cómo podés querer que te crea.

Lloró. Y yo también tenía los ojos llenos de lágrimas, y no sé muy bien qué ocurrió después, pero el hecho es que la traje acá.

—Ves, ahí estás vos —decía yo—. Y ahí —y le señalaba los sitios donde, en las paredes, sobre los muebles, ella estaba realmente. A veces era un afiche de Chaplin, a veces un pequeño Ford T de lata, a veces un ridículo candelabrito de bronce—. Y yo no puedo seguir viviendo de esta manera.

Se desvistió, con una lentitud sacrificial. Yo antes le había dicho: desvestite. Tuve aliento aún para decir:

—Un hombre que no mira a su mujer cuando se desviste ya no la quiere. Tenelo en cuenta para juzgar a tu marido.

Algo dijo entonces, que no escuché porque todo fue igual que siempre, sus manos, menos torpes que las mías, su pelo sobre mi vientre y su boca infamada y su inocente manera de jugar ella a ser la luna y yo el sol, la luna, como en las antiguas leyendas en que la luna nunca se ofrece de frente por temor a engendrar monstruos, toda la vieja historia de mitos y juegos y ceremonias y

malentendidos, encuentros y desencuentros en un laberinto que se iba trazando en la oscuridad. Y era como seguirla en una ciudad de arena o de ceniza, cálida y móvil, entre vastos patios nocturnos que el viento inventaba o deshacía, desorientándome y llenándome de miedo: aunque yo sabía que al final de todos los dibujos estaba ella, dejándose encontrar. Y habló. Dijo cosas que únicamente ella podía decir sin ser repulsiva; explicó no sé qué del marido y de su hijo y de cómo había jugado siempre con la idea de que el chico se me parecía, se nos parecía, habló y lloró y se rio, y se ahogó. Y dijo que lo peor de todo era mi silencio, no ahora, siempre, tu silencio como si.

—Sssh —dije, muy bajo.

Y la abracé por fin y le tapé como siempre la boca con la mano y la nombré, al final. Después nos quedamos quietos, como dos muertos. Y ella acercó su mano a la mía.

Entonces hice algo que quizá estaba pensando hacer desde hacía tres años: *retiré* la mano.

Sentí a mi lado su rigidez y su pequeño ahogo, como una tos. Sentí una felicidad salvaje, y busqué en la mesa de luz los cigarrillos.

La vi cuando se iba. No la recuerdo vistiéndose porque todo era como un sueño. Desde esa puerta, me miró. El sol daba en uno de los vidrios y le alumbró la cara. Tenía, exactamente, la misma mirada que le recuerdo desde los quince años. Un cansancio indulgente y doloroso, casi irónico, aunque sé que ésta no es la palabra, una sabiduría muy antigua, algo que no tiene nada que ver con las palabras y que sólo puede entenderse habiendo sido mirado así, una antigua sabiduría llena de tristeza, o de algo parecido a la caridad y a la tristeza, por la que el hombre que sonreía desde la cama ya no tendrá nunca un sitio en el mundo.

Por los servicios prestados

El apodo se lo debía a su incapacidad para distinguir el pie derecho del pie izquierdo y al incierto humor del capitán Losa, jefe del segundo escuadrón, con quien está entrampado ahora bajo la nieve, en el socavón, en un desvío del camino a Zapala. Alfonso Juan, se llamaba. Alfonso de apellido. Cómo o por qué lo habían incorporado al Ejército, nadie se lo explicaba muy bien. El caso es que estaba. Llegó una mañana a hacer el Servicio Militar, o lo trajeron a la fuerza de los toldos. Y se quedó tres años, como esperando algo. No hacía mal a nadie y lo dejaron que se quedara. Cuidar las mulas del escuadrón, con las que a veces dormía, hacer de cuartelero y silbar eran las únicas cosas para las que parecía estar dotado. Verlo comer el rancho de tropa era cómico, quizá temible. Comía sin levantar la cabeza del plato, con algo de chico o de animal de jauría, mirando de reojo a sus compañeros como si en cada uno de ellos pudiera ocultarse un enemigo eventual —o un eventual hermano— capaz de disputarle aquella incomparable inmundicia. Pastoseco, era el apodo. El capitán Losa, que había llegado a ese destacamento de frontera, bajo castigo, sin que tampoco nadie supiera por qué o de dónde, el capitán Álvaro Losa, una noche, hacía tres años, le ordenó atarse al borceguí izquierdo un manojo de pasto seco y otro de pasto verde al borceguí derecho, y mientras se hacía cebar mate por algún imaginaria lo obligó a marchar solo por la cuadra al grito de “seco, verde; seco, verde”, con todo el segundo escuadrón tiritando en calzoncillos al pie de las camas, mirándolo. (Y ahora están encerrados juntos en este agujero de casi cuatro metros de hondo, en alguna de las encrucijadas de la ruta a Zapala, suponiendo que la brújula marcara realmente el Norte después que el caballo del capitán la pisó y antes de que perdieran brújula y caballo al derrumbarse la primera hondonada: una súbita tormenta de viento y nieve los apartó del pelotón de reconocimiento, se perdieron juntos en los ventisqueros, rodaron abrazados hacia la hoya, algo estalló sobre sus cabezas y Losa y Pastoseco quedaron entrampados en esa grieta. Algo se podría intentar, sin embargo, piensa el capitán Losa. Mira el reloj, mira los ojos de Pastoseco y no se atreve a decir

nada.) Desde aquella noche le había quedado esa mirada al indio. Porque Pastoseco era indio, o medio indio. Descendiente de pampas o araucanos, nadie sabía bien. Y el apodo y esa mirada los tenía desde entonces, desde la noche de aquel desfile solitario entre las camas, ida y vuelta muchas veces por el centro de la cuadra de tropa, todo el escuadrón de pie a los costados del pasillo mirándolo pasar, y él marchando, con un atadito de pasto en cada borceguí: verde y seco. O la mirada no, sólo el apodo. La mirada la traía de antes, desde lejos. Como más fría que los ojos, ésa era la impresión. Tenía unos grandes ojos pardos, que parecían claros. Cosa rara en un indio. Y unos puntitos brillantes, plomizos, alrededor del iris, aquello era lo que impresionaba. Esa noche fue también la noche en que el capitán Losa habló de las pelotas y las alitas. Sucedió así: en una de las idas y venidas, el indio, con toda naturalidad, se detuvo. Se quedó parado y no marchó más; y Losa, que no lo miraba, siguió repitiendo "seco, verde" durante unos segundos. Después, sin embargo, debió notar alguna cosa en el pesado silencio de la cuadra. No aceptó el mate que el furriel le ofrecía, dio vuelta la cabeza y miró al indio: su espalda. Porque el indio estaba allá, a unos diez metros, de espaldas al capitán y absolutamente quieto. Losa se puso de pie como incrédulo, gritó qué pasa ahí y gritó marche y desenvainó a medias la charrasca. El indio no se movió. "Por lo que veo", dijo el capitán, "tengo la suerte de mandar un escuadrón de soldaditos muy corajudos y rebeldones, muy toros". Ahora hablaba con todos: "¿Es cierto o no es cierto?". Y el escuadrón gritó a coro: "No, mi capitán". El capitán se paseaba, pensativo, delante de las camas, sin mirar al indio. Terminó de desenvainar el sable bayoneta y se golpeaba rítmicamente la bota con la hoja. Sacando el labio hacia afuera, movió la cabeza como abstraído. Después dijo: "Así que no es cierto". "No mi capitán", contestó el escuadrón. Entonces Losa gritó: "¿Así que no? Quiere decir que yo miento, carajo. ¡Paso vivo en sus puestos todo el mundo!". Y, durante diez minutos, todo el segundo escuadrón, en calzoncillos, desfiló marcialmente sobre una baldosa a veinte centímetros de sus camas. Sólo Alfonso estaba quieto. Como si le costara entender, se había quedado inmóvil en el centro de la cuadra. Una raya honda como un tajo le partía el entrecejo. Los ojos se le habían achicado como hendijas. "Firmes", gritó Losa. El capitán era un hombre alto, corpulento y alto, y más de un recluta lo había visto tumbar una mula empacada, de un puñetazo entre los ojos; Pastoseco era más bien esmirriado, o parecía chico al lado del otro. (Demasiado flaquito, piensa Losa en

el hoyo, mirando la saliente, y ve asomarse más arriba la mula de Pastoseco, que los ha seguido entre la ventisca y que ahora los observa con la inexpresividad de un ídolo, desde lo alto. Demasiado flaquito, piensa, no me va a poder aguantar el peso.) Aunque esmirriado no es la palabra. Agotado. No por las idas y vueltas, agotado como si le viniera de siglos, de estirpe, ya manso o amansado a través del tiempo, la humillación y los degüellos. Cuando Losa llegó a su lado y gritó "carrera mar al fondo de la cuadra", su voz fue tan autoritaria que muchos conscriptos, al pie de sus camas, iniciaron el movimiento instintivo de correr. El indio no se movió. Por un instante, Losa y el indio parecieron solos en el mundo, tan grande era el silencio. Losa, entonces, se calmó de golpe. Metió la mano en el bolsillo alto de su garibaldina y sacó un objeto diminuto, plateado, una especie de distintivo: unas alitas. "¡Furriel!", llamó, y el furriel llegó trotando, se cuadró y dijo: "Ordene, mi capitán". "¿Qué es esto?", preguntó Losa. "Unas alitas, mi capitán". "Hable más fuerte", dijo Losa sin levantar la voz, "que lo oigan bien todos". "Unas alitas", gritó el soldado. Losa dijo que había algo más. "Hay otra cosa, ahí abajo", dijo señalando el borde inferior de las alitas: "Mire bien, soldadito". Entonces el furriel se rio y no dijo nada. "¿No ve lo que hay?", dijo Losa. "Sí, mi capitán", gritó sonriendo el soldado, y Losa dijo que lo que había, y miró a todos los conscriptos al pie de sus camas, era un par de pelotas. Con alitas. Y, sin levantar la voz, repitió aquello varias veces. "Un par de pelotas, y este escudito viene a ser una alegoría, un emblema, ¿a que ninguno sabe lo que quiere decir emblema? Un símbolo", gritó. "Y eso, ¿qué quiere decir?: quiere decir que acá, en mi escuadrón, las pelotas se dejan en el cofre durante todo el año". Mientras hablaba caminó en distintas direcciones unos pasos, de tal modo que al terminar estaba frente al indio mostrándole las alitas. "Porque acá, el que tiene pelotas, vuela". Guardó las alitas, dijo cuerpo a tierra y con el canto del empeine de su bota le pegó al indio en la caña del borceguí, y el indio se vino en bloque hacia adelante, medio patinó unos metros en el piso de baldosas y cayó de costado, pero sin dejar de mirarlo, mirándolo con aquellos ojos de un color raro y como con estrellitas heladas rodeándole las pupilas. Y ahora, en el socavón, Losa rememora sin querer esa mirada, recuerda que al agacharse junto al indio y gritarle carrera mar se sorprendió de la mansedumbre pétrea de aquellos ojos y le causó piedad el indio, pero vio un segundo sus pigmentos fríos, tan cerca estaban sus caras, y temió que el indio no le acatara la próxima orden: "Carrera, march: al fondo de la

cuadra", gritó mirando al indio entre las cejas, desviando imperceptiblemente los ojos de aquella mirada que ahora se superpone a ésta, en el socavón, porque es la misma. La mula, arriba, vuelve a asomarse. Losa se ha quedado mirando una saliente que hay sobre sus cabezas, a unos cuatro metros del suelo, y piensa que de todos modos no hay más que una forma de salir de allí, pero no se anima a proponer que sea el indio quien se trepe sobre sus hombros. Capaz de irse solo, piensa. Cien soldados en calzoncillos, hacía tres años, apostaban su alma a que el indio no le iba a obedecer: Losa supo que toda su autoridad dependía de que el indio obedeciera sin volver a golpearlo. No repitió la orden. Y el indio, quien dio por un segundo la impresión de que iba a hacer otra cosa, se puso de pie, corrió hasta el fondo de la cuadra, fue y vino y rodó sobre las baldosas al compás de la voz del capitán, perdió el gorro, desparramó pasto en todas direcciones, anduvo por la cuadra en cuatro patas y, al fin, sentándose en el piso, resopló y terminó pidiendo "Basta, capitanito", en medio del regocijo de cien conscriptos y de la carcajada increíblemente franca del propio capitán Álvaro Wenceslao del Sagrado Corazón Losa que esa vez le dijo: "Bueno, pero antes de acostarte me barrés bien barrida la cuadra, Pastoseco", y que ahora está en el pozo con él, apretado y casi abrazado a él, y acaba de decidir que si en una hora no llega una patrulla a rescatarlo tendrá que salir de ahí de cualquier modo. O esta noche, en el parte de retreta del destacamento, van a figurar un oficial, su caballo, y una mula menos, piensa. Suponiendo que haya quedado algo del destacamento. Y dentro de una semana, si quedó alguien para avisar a la Guarnición, su mujer va a recibir un telegrama de la Patria. Desaparecido en cumplimiento de misión. Ascendido a Mayor por los servicios prestados. Tan duros que nos van a tener que enterrar en el mismo cajón, piensa, pensando por primera vez en el indio. Por ahí, hasta me lo hacen cabo. Y desde aquella noche de hacía tres años, el indio empezó a llamarse Pastoseco y a ser el conscripto más envidiado del segundo escuadrón, porque a partir de esa noche o más precisamente de aquel gesto de sentarse resoplando en el piso de la cuadra y decirle "capitanito", Losa, de quien se contaban historias con mulas tumbadas de un solo puñetazo en medio de la frente, a partir de aquel gesto o de aquella palabra —o quizá en razón de esa hermandad que va creciendo indescifrablemente entre el humillador y el que se humilla, entre el animal golpeado y el hombre que lo amansa—, el capitán no daba un paso sin el indio y lo hizo su asistente: "Mi lugarteniente", decía, palmeándolo, o

decía: “Las botas, Pastoseco”, y el indio se las lustraba con una dedicación minuciosa, casi ceremonial, pero sin servilismo y acaso impersonalmente, como nieva o suceden las cosas que están dentro del orden de la naturaleza. Lo curioso es que Losa nunca se hizo lustrar las botas si las tenía puestas, ni le ordenó al indio sacárselas o ponérselas, o acaso hubo una primera vez en que el araucano decidió que eso ya no entraba en el orden natural de las cosas. Cuarenta y cinco minutos, piensa Losa, y vuelve a mirar la saliente que hay sobre sus cabezas. El indio se ha puesto a silbar. Unos cuatro metros, piensa Losa. El cálculo es fácil: aun suponiendo que Pastoseco fuese capaz de aguantar sobre sus hombros los cientodos kilos del capitán (demasiado chiquito, piensa), la saliente quedaría, lo menos, a veinte o treinta centímetros de sus manos, y después, y esto sí era seguro, ni dos indios juntos como éste se aguantaban para levantarlo a pulso hasta la cornisa.

—Vení —dice Losa—. Subí acá.

Se arrodilla. Pone las manos a la altura de los hombros, como estribos, y hace que Pastoseco apoye los pies allí.

—Tratá de llegar a esa piedra —dice.

Se va levantando, despacio, con el indio encima, mirando hacia la saliente sin perder de vista las manos de Pastoseco. Cuando las manos están a punto de agarrar la saliente, Losa, de golpe, vuelve a arrodillarse y baja al indio.

—Se llega —dice Pastoseco.

—Sí —dice Losa—. Se llega.

Mira el reloj y le dice al indio que se arrime. El indio había vuelto a sentarse, lejos. Dos metros es lejos en un hoyo que tiene un piso de dos metros. Le dice al indio que se arrime, que se va a helar de frío. No dice: Nos vamos a helar. Te vas a helar, dice. Arrimate que te vas a helar de frío, indio huevón.

—Tu mula tiene una soga, ¿no? —dice Losa—. Y una pica.

—Tiene.

—Si uno de los dos llega arriba —dice Losa—, le ata la soga a la cincha y tira la soga y la pica acá, al pozo. Y el otro trepa.

La cara de Pastoseco se ilumina. Hace un gesto raro, riéndose con toda la boca. La primera vez que Losa veía reírse así a un indio.

—¿Y si no, cómo, capitanito?

Al rato, sólo le queda la sombra de siempre, el fantasma de una sonrisa en su cara de piedra. Ha cerrado los ojos y Losa teme que se duerma. Si se duerme, se muere, piensa. Y yo también me muero si me duermo.

Saca la pistola y dispara un tiro al aire. El indio no abre los

ojos.

—No duermo —dice el indio, con los ojos cerrados—. Y no tirotiés más que se nos va a venir todo encima. Toda la nieve. Malo también si se espanta la mula.

Lejos, se oye el último de los ecos del balazo. Después un principio de trueno, un fragor que parece acercarse y hace temblar el fondo del pozo. Después, nada. Sólo el silbido del indio. (Se quedó tres años como podría haberse quedado trescientos. Nunca hizo guardia y no hacía imaginaria más que cuando Losa estaba de semana. Iba y venía silbando y cebaba mate sin parar. Una madrugada, el conscripto que dormía en la primera cama entró al Detall de Losa. "¿Qué pasa?", dijo Losa. "Que no se puede dormir, mi capitán", y señaló al indio: "el silbido". "¿Cómo era que se llamaba usted?", dijo Losa. "Petrucelli, Omar", dijo el soldado; "Jódase", dijo Losa: "Y ya que está en vela, vístase y cébenos mate a los dos". Y después, mientras Petrucelli cebaba mate: "Este que ve ahí, soldado Petruchoto, es un pampa: un araucano. O lo que queda de un araucano. Cuando Miguel Ángel chupaba vermicelli en los andamios de la Capilla Sixtina, los abuelos de éste empezaron a pelear con los míos. Trescientos años los pelearon. Meta tiro y meta lanzazo. Trescientos años nos costó dejarles esta cara de boludos. Cuando ustedes todavía no habían puesto una pata en la pampa…". Y el indio lo interrumpió bajito, como si no lo interrumpiera: "Calfucurá se paseó a caballo por la calle principal de Bahía Blanca". El capitán Losa lo miró: "¿Qué dijiste?". "Cosas que cuenta la gente vieja", dijo apenas Pastoseco. "Y vos qué sabés quién era Calfucurá". El indio se quedó mirando el mate. "Un indio", dijo. "Terminá de una vez ese mate", dijo Losa, "y andate a dormir, y antes lustrame las botas". Pastoseco le miró los borceguíes que Losa tenía puestos y después, inexpresivamente, le miró la cara. "No, carajo", dijo Losa, "las botas de salida, las que están en el cofre. Los borceguíes se los vamos a hacer lustrar a Humberto Primo. Sabe una cosa, conscripto Pietrafofa, los únicos argentinos de veras que hay en este país son una cruza de ese animal y de gente como yo. No se ofenda, soldado. Ustedes también hicieron lo suyo. Por eso este país es un quilombo. Y por eso el Zoológico está en Plaza Italia". Y de golpe se volvió hacia Pastoseco, con voz inamistosa. "Se paseó a caballo por la calle principal de Bahía, sí. Y también se cuatrerió doscientas mil vacas. Y murió como un viejo choto después del escarmiento que les dimos en Bolívar, contáselo a las viejas cascarrientas de la tribu cuando volvás, si volvés. Ah, y no pijotiés pomada".)

La mula vuelve a asomarse al borde de la grieta. El indio, con los ojos cerrados, deja de silbar y dice de pronto:

—Mostrame las alitas.

El otro lo mira con seriedad y desconfianza.

—Para qué —dice.

Están tan juntos que parecen el mismo cuerpo, ahí abajo. Una carne hermanada por el frío y la vecindad de la noche y el presentimiento de la muerte. Pastoseco se encoge de hombros. Abre los ojos. El otro piensa que de cualquier modo da lo mismo. Saca las alitas del bolsillo, sin dejar de observar al indio, quien, tomándolas con la punta de los dedos, las alza hasta sus ojos. Están mirándose así, a unos centímetros, un hombre a cada lado del emblema, cuando el indio dice que se las regale.

—Me las regalás, che milico —dice.

—Mi capitán —dice Losa.

El indio parece hacer un esfuerzo para entender, entiende al fin y dice:

—Me las regalás, mi capitán.

—¿Vas a aprender a llevar el paso sin pasto? —pregunta Losa.

—Claro, mi capitán.

—Quedátelas —dice Losa.

El indio vuelve a levantar el distintivo hasta sus ojos constelados, mira al capitán por encima de las alitas, lo mira un segundo como si lo viera por primera vez, desvía la mirada y después, abriendo mucho la boca, se pone a reír de tal modo que poco a poco Losa se contagia y también ríe y durante un rato largo los dos están riéndose a carcajadas en el fondo del socavón.

Diez minutos después, el capitán Losa enciende un fósforo y mira el reloj. El plazo ha terminado. Pastoseco está silbando la tonada aquella de siempre en la oscuridad.

—¿Qué es eso que silbás siempre? —pregunta el capitán.

—No sé. Es de hace mucho, de cuando no había nada. Los indios la silban en las cañas.

—Bueno, hermano —dice el otro—. No hay patrulla. Subí.

Pastoseco, arriba, alcanza la saliente; pierde pie una o dos veces, y llega al borde y sale del pozo. El aire, afuera, es más frío pero más respirable que allá abajo. Mira las primeras estrellas y decide el rumbo; monta su mula y se aleja silbando. Después es un puntito, lejos.

Ahora, el silencio de la noche es perfecto.

Carpe diem

—A ella le gustaba el mar, andar descalza por la calle, tener hijos, hablaba con los gatos atorrantes, quería conocer el nombre de las constelaciones; pero no sé si es del todo así, no sé si de veras se la estoy describiendo —dijo el hombre que tenía cara de cansancio. Estábamos sentados desde el atardecer junto a una de las ventanas que dan al río, en el Club de Pescadores; ya era casi medianoche y desde hacía una hora él hablaba sin parar. La historia, si se trataba de una historia, parecía difícil de comprender: la había comenzado en distintos puntos tres o cuatro veces, y siempre se interrumpía y volvía atrás y no pasaba del momento en que ella, la muchacha, bajó una tarde de aquel tren—. Se parecía a la noche de las plazas —dijo de pronto, lo dijo con naturalidad; daba la impresión de no sentir pudor por sus palabras. Yo le pregunté si ella, la muchacha, se parecía a las plazas—. Por supuesto —dijo el hombre y se pasó el nacimiento de la palma de la mano por la sien, un gesto raro, como de fatiga o desorientación —. Pero no a las plazas, a la noche de ciertas plazas. O a ciertas noches húmedas, cuando hay esa neblina que no es neblina y los bancos de piedra y el pasto brillan. Hay un verso que habla de esto, del esplendor en la hierba; en realidad no habla de esto ni de nada que tenga que ver con esto, pero quién sabe. De todas maneras no es así, si empiezo así no se lo voy a contar nunca. La verdad es que me tenía harto. Compraba plantitas y las dejaba sobre mi escritorio, doblaba las páginas de los libros, silbaba. No distinguía a Mozart de Bartók, pero ella silbaba, sobre todo a la mañana, carecía por completo de oído musical pero se levantaba silbando, andaba entre los libros, las macetas y los platos de mi departamento de soltero como una Carmelita descalza y, sin darse cuenta, silbaba una melodía extrañísima, imposible, una cosa inexistente que era como una *czarda* inventada por ella. Tenía, ¿cómo puedo explicárselo bien?, tenía una alegría monstruosa, algo que me hacía mal. Y, como yo también le hacía mal, cualquiera habría adivinado que íbamos a terminar juntos, pegados como lapas, y que aquello iba a ser una catástrofe. ¿Sabe cómo la conocí? Ni usted ni nadie puede imaginarse cómo la conocí. Haciendo pis

contra un árbol. Yo era el que hacía pis, naturalmente. Medio borracho y contra un plátano de la calle Virrey Melo. Era de madrugada y ella volvía de alguna parte, qué curioso, nunca le pregunté de dónde. Una vez estuve a punto de hacerlo, la última vez, pero me dio miedo. La madrugada del árbol ella llegó sin que yo la oyera caminar, después me di cuenta de que venía descalza, con las sandalias en la mano; pasó a mi lado y, sin mirarme, dijo que el pis es malísimo para las plantitas. En el apuro me mojé todo y, cuando ella entró en su casa, yo, meado y tembloroso, supe que esa mujer era mi maldición y el amor de mi vida. Todo lo que nos va a pasar con una mujer se sabe siempre en el primer minuto. Sin embargo es increíble de qué modo se encadenan las cosas, de qué modo un hombre puede empezar por explicarle a una muchacha que un plátano difícilmente puede ser considerado una plantita, ella simular que no recuerda nada del asunto, decirnos *señor* con alegre ferocidad, como para marcar a fuego la distancia, decir que está apurada o que debe rendir materias, aceptar finalmente un café que dura horas mientras uno se toma cinco ginebras y le cuenta su vida y lo que espera de la vida, pasar de allí, por un laberinto de veredas nocturnas, negativas, hojas doradas, consentimientos y largas escaleras, a meterla por fin en una cama o a ser arrastrado a esa cama por ella, que habrá llegado hasta ahí por otro laberinto personal hecho de otras calles y otros recuerdos, oír que uno es hermoso, y hasta creerlo, decir que ella es todas las mujeres, odiarla, matarla en sueños y verla renacer intacta y descalza entrando en nuestra casa con una abominable maceta de azaleas o comiendo una pastafrola del tamaño de una rueda de carro, para terminar un día diciéndole con odio casi verdadero, con indiferencia casi verdadera, que uno está harto de tanta estupidez y de tanta felicidad de opereta, tratándola de tan puta como cualquier otra. Hasta que una noche cerré con toda mi alma la puerta de su departamento de la calle Melo, y oí, pero como si lo oyera por primera vez, un ruido familiar: la reproducción de Carlos el Hechizado que se había venido abajo, se da cuenta, una mujer a la que le gustaba Carlos el Hechizado. Me quedé un momento del otro lado de la puerta, esperando. No pasó nada. Ella esta vez no volvía a poner el cuadro en su sitio: ni siquiera pude imaginármela, más tarde, ordenando las cosas, silbando su *czarda* inexistente, la que le borraba del corazón cualquier tristeza. Y supe que yo no iba a volver nunca a esa casa. Después, en mi propio departamento, cuando metí una muda de ropa y las cosas de afeitar en un bolso de mano, también sabía, desde hacía horas, que ella tampoco iba a

llamarme ni a volver.

—Pero usted se equivocaba, ella volvió —me oí decir y los dos nos sorprendimos; yo, de estar afirmando algo que en realidad no había quedado muy claro; él, de oír mi voz, como si le costara darse cuenta de que no estaba solo. El hombre con cara de cansancio parecía de veras muy cansado, como si acabara de llegar a este pueblo desde un lugar lejanísimo. Sin embargo, era de acá. Se había ido a Buenos Aires en la adolescencia y cada tanto volvía. Yo lo había visto muchas veces, siempre solo, pero ahora me parece que una vez lo vi también con una mujer—. Porque ustedes volvieron a estar juntos, por lo menos un día.

—Toda la tarde de un día. Y parte de la noche. Hasta el último tren de la noche.

El hombre con cara de cansancio hizo el gesto de apartarse un mechón de pelo de la frente. Un gesto juvenil y anacrónico, ya que debía de hacer años que ese mechón no existía. Tendría más o menos mi edad, quiero decir que se trataba de un hombre mayor, aunque era difícil saberlo con precisión. Como si fuera muy joven y muy viejo al mismo tiempo. Como si un adolescente pudiera tener cincuenta años.

—Lo que no entiendo —dije yo— es dónde está la dificultad. No entiendo qué es lo que hay que entender.

—Justamente. No hay nada que entender, ella misma me lo dijo la última tarde. Hay que creer. Yo tenía que creer simplemente lo que estaba ocurriendo, tomarlo con naturalidad: vivirlo. Como si se me hubiera concedido, o se nos hubiera concedido a los dos, un favor especial. Ese día fue una dádiva, y fue real, y lo real no precisa explicación alguna. Ese sauce a la orilla del agua, por ejemplo. Está ahí, de pronto; está ahí porque de pronto lo iluminó la luna. Yo no sé si estuvo siempre, ahora está. Fulgura, es muy hermoso. Voy y lo toco y siento la corteza húmeda en la mano; ésa es una prueba de su realidad. Pero no hace ninguna falta tocarlo, porque hay otra prueba; y le aclaro que esto ni siquiera lo estoy diciendo yo, es como si lo estuviese diciendo ella. Es extraño que ella dijera cosas así, que las dijera todo el tiempo durante años y que yo no me haya dado cuenta nunca. Ella habría dicho que la prueba de que existe es que es hermoso. Todo lo demás son palabras. Y cuando la luna camine un poco y lo afee, o ya no lo ilumine y desaparezca, bueno: habrá que recordar el minuto de belleza que tuvo para siempre el sauce. La vida real puede ser así, tiene que ser así, y el que no se da cuenta a tiempo es un triste hijo de puta —dijo casi con desinterés, y yo le contesté que no lo seguía

del todo, pero que pensaba solucionarlo pidiendo otro whisky. Le ofrecí y volvió a negarse, era la tercera vez que se negaba; le hice una seña al mozo—. Entonces la llamé por teléfono. Una noche fui hasta la Unión Telefónica, pedí Buenos Aires y la llamé a su departamento. Eran como las tres de la mañana y habían pasado cuatro o cinco meses. Ella podía haberse mudado, podía no estar o incluso estar con otro. No se me ocurrió. Era como si entre aquel portazo y esta llamada no hubiera lugar para ninguna otra cosa. Y atendió, tenía la voz un poco extraña pero era su voz, un poco lejana al principio, como si le costara despertarse del todo, como si la insistencia del teléfono la hubiera traído desde muy lejos, desde el fondo del sueño. Le dije todo de corrido, a la hora que salía el tren de Retiro, a la hora que iba a estar esperándola en la estación, lo que pensaba hacer con ella, qué sé yo qué, lo que nunca habíamos hecho y estuvimos a punto de no hacer nunca, lo que hace la gente, caminar juntos por la orilla del agua, ir a un baile con patio de tierra, oír las campanas de la iglesia, pasar por el colegio donde yo había estudiado. A ver si se da cuenta: sabe cuántos años hacía que nos conocíamos, cuántos años habían pasado desde que me sorprendió contra el plátano. Le basta con la palabra años, se lo veo en la cara. Y en todo ese tiempo nunca se me había ocurrido mostrarle el Barrio de las Canaletas ni el camino del puerto, el paso a nivel de juguete por donde cruzaba el ferrocarril chiquito de Dipietri, la Cruz, el lugar donde lo mataron a Marcial Palma. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Qué sé yo, no comprende que ése es justamente el problema. O tal vez el problema es que ella me atendió, y no sólo me atendió y habló por teléfono conmigo, sino que vino. Ella bajó de ese tren… —Y no sólo había bajado de ese tren sino que traía puesto un vestido casi olvidado, un código entre ellos, una señal secreta, y era como si el tiempo no hubiera tocado a la mujer, no el tiempo de esos cuatro o cinco últimos meses, sino el Tiempo, como si la muchacha descalza que había pasado hacía años junto al plátano bajara ahora de ese tren. Vi acercarse por fin al mozo.— Sí, exactamente ésa fue la impresión —dijo el hombre que tenía cara de cansancio—. Pero usted, cómo lo sabe.

Le contesté que él mismo me lo había dicho, varias veces, y le pedí al mozo que me trajera el whisky. Lo que todavía no me había dicho es qué tenía de extraño, qué tenía de extraño que ella viniera a este pueblo, con ese o con cualquier otro vestido. Cuatro o cinco meses no es tanto tiempo. ¿No la había llamado él mismo? ¿No era su mujer?

—Claro que era mi mujer —dijo, y sacó del bolsillo del pantalón un pequeño objeto metálico, lo puso sobre la mesa y se quedó mirándolo. Era una moneda, aunque me costó reconocerla; estaba totalmente deformada y torcida—. Claro que yo mismo la había llamado. —Volvió a guardar la moneda mientras el mozo me llenaba el vaso, y, sin preocuparse del mozo ni de ninguna otra cosa, agregó:— Pero ella estaba muerta.

—Bueno, eso cambia un poco las cosas —dije yo—. Déjeme la botella, por favor.

Ella no era un fantasma. El hombre con cara de cansancio no creía en fantasmas. Ella era real, y la tarde de ese día y las horas de la noche que pasaron juntos en este pueblo fueron reales. Como si se les hubiera concedido vivir, en el presente, un día que debieron vivir en el pasado. Cuando el hombre terminó de hablar, me di cuenta de que no me había dicho, ni yo le había preguntado, algunas cosas importantes. Quizá las ignoraba él mismo. Yo no sabía cómo había muerto la muchacha, ni cuándo. Lo que hubiera sucedido, pudo suceder de cualquier manera y en cualquier momento de aquellos cuatro o cinco meses, acaso accidentalmente y, por qué no, en cualquier lugar del mundo. Cuatro o cinco meses no era tanto tiempo, como había dicho yo, pero bastaban para tramar demasiados desenlaces. El caso es que ella estuvo con él más de la mitad de un día, y muchas personas los vieron juntos, sentados a una mesa de chapa en un baile con piso de tierra, caminando por los astilleros, en la plaza de la iglesia, hablando ella con unos chicos pescadores, corrido él por el perro de un vivero en el que se metió para robar una rosa, rosa que ella se llevó esa noche y él se preguntaba *adónde*, muchos la vieron y algún chico habló con ella, pero cómo recordarla después si nadie en este pueblo la había visto antes. Cómo saber que era ella y no simplemente una mujer cualquiera, y hasta mucho menos, un vestido, que al fin de cuentas sólo para ellos dos era recordable, una manera de sonreír o de agitar el pelo. Entonces yo pensé en el hotel, en el registro del hotel: allí debía de estar el nombre de los dos. Él me miró sin entender.

—Fuimos a un hotel, naturalmente. Y si eso es lo que quiere saber, me acosté con ella. Era real. Desde el pelo hasta la punta del pie. Bastante más real que usted y que yo. —De pronto se rio, una carcajada súbita y tan franca que me pareció innoble.— Y en el cuarto de al lado también había una pareja de este mundo.

—No le estoy hablando de eso —dije.

—Hace mal, porque tiene mucha importancia. Entre ella y yo,

siempre la tuvo. Por eso sé que ella era real. Ni una ilusión ni un sueño ni un fantasma: era ella, y sólo con ella yo podría haberme pasado una hora de mi vida, con la oreja pegada a una taza, tratando de investigar qué pasaba en el cuarto de al lado.

—Ustedes dos tuvieron que anotarse en ese hotel, es lo que trato de decirle. Ella debió dar su nombre, su número de documento.

—Nombres, números: lo comprendo. Yo también coleccionaba fetiches y los llamaba lo real. Bueno, no. Ni nombre ni número de documento. Salvo los míos, y la decente acotación: "y señora". Cualquier mujer pudo estar conmigo en ese hotel y con cualquiera habrían anotado lo mismo. Trate de ver las cosas como las veía ella: ese día era posible a condición de no dejar rastros en la realidad, y, sobre todo, a condición de que yo ni siquiera los buscara. Escúcheme, por favor. Antes le dije que ese día fue una dádiva, pero no sé si es cierto. Es muy importante que esto lo entienda bien. ¿Cuándo cree que me enteré de que ella había muerto? ¿Al día siguiente?, ¿una semana después? Entonces yo habría sido dichoso unas horas y ésta sería una historia de fantasmas. Usted tal vez imagina que ella, o algo que yo llamo ella se fue esa noche en el último tren, yo viajé a Buenos Aires y allí, un portero o una vecina intentaron convencerme de que ese día no pudo suceder. No. Yo supe la verdad a media tarde y ella misma me lo dijo. Ya habíamos estado en el Barrio de las Canaletas, ya habíamos reído y hasta discutido, yo había prometido ser tolerante y ella ordenada, yo iba a regalarle libros de astronomía y mapas astrales y ella un gran pipa dinamarquesa, y de pronto yo dije la palabra "cama" y ella se quedó muy seria. Antes pude haber notado algo, su temor cuando quise mostrarle la hermosa zona vieja del cementerio donde vimos las lápidas irlandesas, ciertas distracciones, que se parecían más bien a un olvido absoluto, al rozar cualquier hecho vinculado con nuestro último día en Buenos Aires, alguna fugaz ráfaga de tristeza al pronunciar palabras como mañana. No sé, el caso es que yo dije que ya estaba viejo para tanta caminata y que si quería contar conmigo a la noche debíamos, antes, encontrar una cama, y ella se puso muy seria. Dijo que sí, que íbamos a ir adonde yo quisiera, pero que debía decirme algo. Había pensado no hacerlo, le estaba permitido no hacerlo, pero ahora sentía que era necesario, cualquier otra cosa sería una deslealtad. No te olvides que ésta soy yo, me dijo, no te olvides que me llamaste y que vine, que estoy acá con vos y que vamos a estar juntos muchas horas todavía. Pensé en otro hombre, pensé que era

capaz de matarla. No pude hablar porque me puso la mano sobre los labios. Se reía y le brillaban mucho los ojos, y era como verla a través de la lluvia. Me dijo que a veces yo era muy estúpido, me dijo que sabía lo que yo estaba pensando, era muy fácil saberlo, porque los celos les ponen la cara verde a los estúpidos. Me dijo que hay cosas que deben creerse, no entenderse. Intentar entenderlas es peor que matarlas. Me habló del resplandor efímero de la belleza y de su verdad. Me dijo que la perdonara por lo que iba a hacer, y me clavó las uñas en el hueso de la mano hasta dejarme cuatro nítidas rayas de sangre, volvió a decir que era ella, que por eso podía causar dolor y también sentirlo, que era real, y me dijo que estaba muerta y que si en algún momento del largo atardecer que todavía nos quedaba, si en algún minuto de la noche yo llegaba a sentir que esto era triste, y no, como debía serlo, muy hermoso, habríamos perdido para siempre algo que se nos había otorgado, habríamos vuelto a perder nuestro día perdido, nuestra pequeña flor para cortar, y que no olvidara mi promesa de llevarla a un baile con guirnaldas y patio de tierra… Lo demás, usted lo sabe. O lo imagina. Entramos en ese hotel, subimos las escaleras con alegre y deliberado aire furtivo, hicimos el amor. Tuvimos tiempo de jugar a los espiones con la oreja pegada a la pared del tumultuoso cuarto vecino, resoplando y chistándonos para no ser oídos. Ya era de noche cuando le mostré mi colegio. La noche es la hora más propicia de esa casa, sus claustros parecen de otro siglo, los árboles del parque se multiplican y se alargan, los patios interiores dan vértigo. En algún momento y en algún lugar de la noche nos perdimos. Yo sé guiarme por las estrellas, me dijo, y dijo que aquélla debía ser Aldebarán, la del nombre más hermoso. Yo no le dije que Aldebarán no siempre se ve en nuestro cielo, yo la dejé guiarme. Después oímos la música lejana de un acordeón y nos miramos en la oscuridad. Mi canción, gritó ella, y comenzó a silbar aquella *czarda* inventada que ahora era una especie de tarantela. Me gustaría contarle lo que vimos en el baile: era como la felicidad. Un coche destartalado nos llevó a tumbos hasta la estación. Ahora es cuando menos debemos estar tristes, dijo. Dios mío, necesito una moneda, dijo de pronto. Yo busqué en mis bolsillos pero ella dijo que no; la moneda tenía que ser de ella. Buscaba en su cartera y me dio miedo de que no la encontrara. La encontró, por supuesto. Ahora yo debía colocarla sobre la vía y recogerla cuando el tren se hubiera ido. No debería hacer esto, me dijo, pero siempre te gustaron los fetiches. También me dijo que debería sacarle un pasaje. Se reía de mí: Yo estoy acá, me decía, yo soy yo, no puedo

viajar sin pasaje. Me dijo que no dejara de mirar el tren hasta que terminara de doblar la curva. Me dijo que, aunque yo no pudiera verla en la oscuridad, ella podría verme a mí desde el vagón de cola. Me dijo que la saludara con la mano.

La cuestión de la dama en el Max Lange

El hombre que está subiendo por la escalera en la oscuridad no es corpulento, no tiene ojos fríos ni grises, no lleva ningún arma en el bolsillo del piloto, ni siquiera lleva piloto. Va a cometer un asesinato pero todavía no lo sabe. Es profesor secundario de Matemática, está en su propia casa, acaba de llegar del Círculo de Ajedrez y, por el momento, sólo le preocupa una cosa en el mundo. Qué pasa si, en el ataque Max Lange, las blancas trasponen un movimiento y, en la jugada once, avanzan directamente el peón a 4CR. ¿Adónde va la dama? En efecto, ¿cómo acosar a esa dama e impedir el enroque largo de las piezas negras? Debo decir que nunca resolvió satisfactoriamente ese problema; también debo decir que aquel hombre era yo. Entré en mi estudio y encendí la luz. Mi mujer aún no había vuelto a casa esa noche, lo cual, dadas las circunstancias, me puso de buen humor. Nuestros desacuerdos eran tan perfectos que, podría decirse, habíamos nacido el uno para el otro. Busqué el tablero de ajedrez, reproduje una vez más la posición, la analicé un rato. Desde mi estudio se veía (todavía se ve) nuestro dormitorio: Laura se había vestido apurada, a juzgar por el desorden, o a último momento había cambiado de opinión acerca de la ropa que quería ponerse. ¿Adónde va la dama? Cualquier jugador de ajedrez sabe que muchas veces se analiza con más claridad una posición si no se tienen las piezas delante. Me levanté y fui hacia su *secrétaire*. Estaba sin llave. Lo abrí mecánicamente y encontré el borrador de la carta.

Estoy seguro de que si no hubiera estado pensando en esa trasposición de jugadas no lo habría mirado. Nunca fui curioso. Mi respeto por la intimidad ajena, lo descubrí esa noche, es casi suicida. Tal vez no me crean si digo que mi primera intención fue dejar el papel donde estaba, sin leerlo, pero eso es exactamente lo que habría hecho de no haber visto la palabra puta.

Laura tenía la manía de los borradores. Era irresoluta e insegura, alarmantemente hermosa, patéticamente vacía, mitómana a la manera de los niños y, por lo que dejaba entrever ese borrador, infiel. Me ahorro la incomodidad de recordar en detalle esa hoja de cuaderno (“sos mi Dios, soy tu puta, podés hacer de mí lo que

quieras"), básteme decir que me admiró. O mejor, admiré a una mujer (la mía) capaz de escribir, o al menos pensar que es capaz de escribir, semejante carta. La gente es asombrosa, o tal vez sólo las mujeres lo son.

No es muy agradable descubrir que uno ha estado casado casi diez años con una desconocida, para un profesor de Matemática no lo es. Se tiene la sensación de haber estado durmiendo diez años con la incógnita de una ecuación. Mientras descifraba ese papel, sentí tres cosas: perplejidad, excitación sexual y algo muy parecido a la más absoluta incapacidad moral de culpar a Laura. Una mujer capaz de escribir obscenidades tan espléndidas —de *sentir* de ese modo— es casi inocente: tiene la pureza de una tempestad. Carece de perversión, como un cataclismo. Pensé (¿adónde acorralar a la dama?) quién y cómo podía ser el hombre capaz de desatar aquel demonio, encadenado hasta hoy, por mí, a la vulgaridad de una vida de pueblo como la nuestra; pensé, con naturalidad, que debía vengarme. Guardé el papel en un bolsillo y seguí analizando el ataque Max Lange. El avance del peón era perfectamente jugable. La dama negra sólo tenía dos movidas razonables: tomar el peón blanco en seis alfil o retirarse a tres caballo. La primera me permitía sacrificar una torre en seis rey; la segunda requería un análisis más paciente. Cuando me quise acordar, había vuelto al dormitorio y había dejado el papel en el mismo lugar donde lo encontré. La idea, completa y perfecta, nació en ese momento: la idea de matar a Laura. Esto, supongo, es lo que los artistas llaman inspiración.

Volví a mi tablero. Pasó una hora.

—Hola —dijo Laura a mi lado—. ¿Ya estás en casa?

Laura hacía este tipo de preguntas. Pero todo el mundo hace este tipo de preguntas.

—Parece evidente —dije. Me levanté sonriendo y la besé. Tal vez haga falta jugar al ajedrez para comprender cuánta inesperada gentileza encierra un acto semejante, si se está analizando una posición como aquélla—. *Parece* evidente —repetí sin dejar de sonreír—, pero nunca creas en lo demasiado evidente. Quizá éste no soy yo. Estás radiante, salgamos a comer.

Era demasiado o demasiado pronto. Laura me miraba casi alarmada. Si alguna vez mi mujer sospechó algo, fue en ese instante brevísimo y anómalo.

—¿A comer?

—A comer afuera, a cualquier restaurante de la ruta. Estás vestida exactamente para una salida así.

La mayoría de las cosas que aprendí sobre Laura las aprendí a partir de esa noche; de cualquier modo, esa noche ya sabía algo sobre las mujeres en general: no hay una sola mujer en el mundo que resista una invitación a comer fuera de su casa. Creo que es lo único que realmente les gusta hacer con el marido. Tampoco hay ninguna que después de una cosa así no imagine que el bárbaro va a arrastrarlas a la cama. Ignoro qué excusa iba a poner Laura para no acostarse conmigo esa noche: yo no le di oportunidad de usarla. La llevé a comer, pedí vino blanco, la dejé hablar, hice dos o tres bromas inteligentes lo bastante sencillas como para que pudiera entenderlas, le compré una rosa y, cuando volvimos a casa, le pregunté si no le molestaba que me quedara un rato en mi estudio. Ustedes créanmelo: intriguen a la mujer, aunque sea la propia.

No debo ocultar que soy un hombre lúcido y algo frío. Yo no quería castigar brutalmente a Laura sino vengarme, de ella y de su amante, y esto, en términos generales, requería que Laura volviera a enamorarse de mí. Y sobre todo requería que a partir de allí comenzara a hacer comparaciones entre su marido y el evidente cretino mental que la había seducido. Que él era un cretino de inteligencia apenas rudimentaria no me hacía falta averiguarlo, bastaba con deducir que debía ser mi antípoda. De todos modos, hice mis indagaciones. Investigué dónde se encontraban, con cuánta frecuencia, todas esas cosas. Se encontraban una vez por semana, los jueves. Ramallo es una ciudad chica. La casa donde se veían, cerca del río, quedaba más o menos a diez o quince cuadras de cualquier parte, es decir a unos dos o tres minutos de auto desde el Círculo de Ajedrez. Enamorar a mi mujer no me impidió seguir analizando el ataque Max Lange y evitar cuidadosamente jugar 11.P4CR en mis partidas amistosas en el Círculo, sobre todo con el ingeniero Gontrán o cuando él estaba presente. Y esto exige una delicada explicación, a ver si alguien sospecha que este buen hombre era el amante de Laura. No. Gontrán sencillamente debía jugar conmigo antes de fin de año —lunes y jueves—, el match por el campeonato del Círculo de Ajedrez, y yo sabía que, por complejas razones ajedrecísticas y psicológicas que hacen al caso, aceptaría entrar, por lo menos una vez, en el ataque Max Lange.

Hay un momento de la partida en que casi todo ajedrecista se detiene a pensar mucho tiempo. El ingeniero Gontrán era exactamente el tipo de jugador capaz de ponerse a meditar cincuenta minutos o una hora un determinado movimiento de la apertura. Lo único que a mí me hacía falta eran esos minutos. Casi una hora de tiempo, un jueves a la tarde: cualquiera de los seis

jueves en que yo llevaría las piezas blancas. Claro que esto exigía saber de antemano en qué jugada exacta se pondría a pensar. También exigía saber que justamente los jueves yo jugaría con blancas, cosa que al principio me alarmó, pero fue un problema mínimo.

Conquistar a una mujer puede resultar más o menos complejo. La mayoría de las veces es cuestión de paciencia o de suerte y en los demás casos basta con la estupidez, ellas lo hacen todo. El problema es cuando hay que reconquistarla. No puedo detenerme a explicar los detalles íntimos de mis movimientos durante tres meses, pero debo decir que hice día a día y minuto a minuto todo lo que debía hacer. Veía crecer en Laura el descubrimiento de mí mismo y su culpa como una planta carnívora, que la devoraba por dentro. Tal vez ella nunca dejó de quererme, tal vez el hecho de acostarse con otro era una forma invertida de su amor por mí, eso que llaman despecho. ¡Despecho!, nunca había pensado hasta hoy en la profunda verdad simbólica que encierran ciertas palabras. Me es suficiente pensar en esto, en lo que las palabras significan simbólicamente, para no sentir el menor remordimiento por lo que hice: en el fondo de mi memoria sigue estando aquella carta y la palabra puta. Dispuse de casi tres meses para reconquistar a Laura. Es un tiempo excesivo, si se trata de enamorar a una desconocida; no es mucho si uno está hablando de la mujer que alguna vez lo quiso. Me conforta pensar que reconstruí en tres meses lo que esta ciudad y sus rutinas habían casi demolido en años. Cuando se acercaba la fecha de la primera partida con el ingeniero Gontrán tuve un poco de miedo. Pensé si no me estaba excediendo en mi papel de marido seductor. Vi otro proyecto de carta. Laura ya no podía tolerar su dualidad afectiva y estaba por abandonar a aquel imbécil. Como satisfacción intelectual fue grande, algo parecido a probar la exactitud de una hipótesis matemática o la corrección de una variante; emotivamente, fue terrible. La mujer que yo había reconquistado era la mujer que su propio amante debía matar. El sentido de esta última frase lo explicaré después.

El sorteo de los colores resultó un problema mínimo, ya lo dije. La primera partida se jugaría un lunes. Si Gontrán ganaba el sorteo elegiría jugar esa primera partida con blancas: el noventa por ciento de los ajedrecistas lo hace. Si lo ganaba yo, me bastaba elegir las negras. Como fuera, los jueves yo llevaría las piezas blancas. Claro que Gontrán podía ganar el sorteo y elegir las negras, pero no lo tuve en cuenta; un poco de azar no le hace mal a la Lógica.

El match era a doce partidas. Eso me daba seis jueves para iniciar el juego con el peón de rey: seis posibilidades de intentar el ataque Max Lange. O, lo que es lo mismo, seis posibilidades de que en la jugada once Gontrán pensara por lo menos cuarenta o cincuenta minutos su respuesta. La primera partida fue una Indobenoni. Naturalmente, yo llevaba las negras. En la jugada quince de esta primera partida hice un experimento de carácter extra ajedrecístico: elegí casi sin pensar una variante poco usual y me puse de pie, como el que sabe perfectamente lo que ha hecho. Oí un murmullo a mi alrededor y vi que el ingeniero se arreglaba inquieto el cuello de la camisa. Todos los jugadores hacen cosas así. "Ahora va a pensar", me dije. "Va a pensar bastante". A los cinco minutos abandoné la sala de juego, tomé un café en el bar, salí a la vereda. Hasta hice una pequeña recorrida imaginaria en mi auto, en dirección al río. Veinticinco minutos más tarde volví a entrar en la sala de juego. Sucedía precisamente lo que había calculado. Gontrán no sólo continuaba pensando sino que ni él ni nadie había reparado en mi ausencia. Eso es exactamente un lugar donde se juega al ajedrez: la abstracción total de los cuerpos. Yo había desaparecido durante casi media hora, y veinte personas hubieran jurado que estuve todo el tiempo allí, jugando al ajedrez. Contaba, incluso, con otro hecho a mi favor: Gontrán podría haber jugado en mi ausencia sin preocuparse, ni mucho menos, por avisarme: nadie se hubiera preocupado en absoluto. El reloj de la mesa de ajedrez, el que marcaba mi tiempo, eso era yo. Podía haber ido al baño, podía haberme muerto: mientras el reloj marchara, el orden abstracto del límpido mundo del ajedrez y sus leyes no se rompería. No sé si hace falta decir que este juego es bastante más hermoso que la vida.

—Cómo te fue, amor —preguntó Laura esa noche.

—Suspendimos. Tal vez pierda, salí bastante mal de la apertura.

—Comemos y te preparo café para que analices —dijo Laura.

—Mejor veamos una película. Pasé por el video y saqué *Casablanca*.

Casablanca es una película ideal. Ingrid Bergman, desesperada y poco menos que aniquilada entre dos amores, era justo lo que le hacía falta a la conciencia de Laura. Lamenté un poco que el amante fuera Bogart. Debí hacer un gran esfuerzo para no identificarme con él. Menos mal que el marido también tiene lo suyo. En la parte de *La Marsellesa* pude notar de reojo que Laura lloraba con silenciosa desesperación. No está de más intercalar que aquélla no era la primera película cuidadosamente elegida por mí

en los últimos tres meses. Mutilados que vuelven de la guerra a buscar a la infiel, artistas incomprendidos del tipo *Canción inolvidable*, esposas que descubren en la última toma que su gris marido es el héroe justiciero, hasta una versión del ciclo artúrico donde Lancelot era un notorio papanatas. Una noche, no pude evitarlo, le pasé *Luz de gas*. Tampoco está mal dar un poco de miedo, a veces.

No analicé el final y perdí la suspendida. Las partidas suspendidas se jugaban martes y sábados, vale decir, sucediera lo que sucediese, los jueves yo jugaría con blancas. Es curioso. Siento que cuesta mucho menos trabajo explicar un asesinato y otras graves cuestiones relacionadas con la psicología del amor, que explicar los ritos inocentes del ajedrez. Esto debe significar que todo hombre es un criminal en potencia, pero no cualquiera entiende este juego.

El jueves jugué mi primer P4R. Gontrán respondió en el acto con una Defensa Francesa. No me importó demasiado. Lo único que ahora debía preocuparme era que Gontrán padeciera mucho. Debía obligarlo a intentar un Peón Rey en alguno de los próximos jueves. Cosa notable: en la jugada doce (jugué un ataque Keres), fui yo quien pensó sesenta y dos minutos. Cuando jugué, me di cuenta de que Gontrán se había levantado de la mesa en algún momento. Sesenta y dos minutos. Cuando el ingeniero reapareció en mi mundo podía venir de matar a toda su familia y yo hubiera jurado que no había abandonado su silla. Era otra buena comprobación, pero no me distrajo. Puse toda mi concentración en la partida hasta que conseguí una posición tan favorable que se podía ganar a ciegas. En ese momento, ofrecí tablas. Hubo un murmullo, Gontrán aceptó. Yo aduje más tarde que me dolía la cabeza y que temía arruinar la partida. Había conseguido dos cosas: seguir un punto atrás y hacer que mi rival desconfiara de su Defensa Francesa. Esto le daría ánimos para arriesgarse, por fin, a entrar en el Max Lange.

El lunes volvió a jugar un Peón Dama y yo insistí con la Indobenoni. Esto significaba: No hay ninguna razón, mi querido ingeniero, para probar variantes inseguras, carezcamos de orgullo, intentemos nuevas aperturas. Significaba: Si yo no insisto, usted está libre para hacer lo mismo. Tablas. El miércoles me anunciaron que Gontrán estaba enfermo y que pedía aplazamiento hasta el lunes siguiente. Esto es muy común en ajedrez. Sólo que en mi caso significaba un desastre. Los colores se habían invertido. Los lunes yo jugaría con blancas.

El lunes me enfermé yo y las cosas volvieron a la normalidad.

Cuando llevábamos siete partidas, siempre con un punto atrás, supe que por fin ése era el día. Jugué P4R. Al anotar en la planilla su respuesta, me temblaba la mano: P4R. Jugué mi caballo de rey y él su caballo de dama. Jugué mi alfil y él pensó cinco minutos. Jugó su alfil. Todo iba bastante bien: esto es lo que se llama un Giucco Piano. Digo bastante bien porque, en ajedrez, nunca se está seguro de nada. Desde esta posición podíamos o no entrar en el ataque Max Lange. Pensé varios minutos y enroqué. Sin pensar, jugó su caballo rey; yo adelanté mi peón dama. Casi estábamos en el Max Lange. Sólo era necesario que él tomara ese peón con su peón, yo avanzara mi peón a cinco rey y él jugara su peón dama: las cuatro jugadas siguientes eran casi inevitables. Sucedió exactamente así.

Escrito, lleva diez líneas. En términos ajedrecísticos, para llegar a esta posición debieron descartarse cientos, miles de posibilidades. Estaba pensando en esto cuando me tocó hacer la jugada once. Yo había preparado todo para este momento, como si fuera fatal que ocurriera, pero no tenía nada de fatal. Que Laura fuera a morir dentro de unos minutos era casi irracional. Mi odio la mataba, no mi inteligencia. Sé que en ese momento Laura estuvo por salvar su vida. Jugué mi peón de caballo rey a la cuarta casilla no porque quisiera matarla sino porque, aún hoy, pienso que ésa es la mejor jugada en semejante posición. Casi con tristeza me puse de pie. No me detuve a verificar si Gontrán esperaba o no esa jugada. Unos minutos después había llegado a la casa junto al río. Dejé el auto en el lugar previsto, recogí del baúl mi maletín y caminé hasta la casa. Los oí discutir.

Golpeé. Hubo un brusco silencio. Cuando él preguntó quién es, yo dije sencillamente:

—El marido.

En un caso así, un hombre siempre abre. Qué otra cosa puede hacer. Entré.

—Vos —le dije a Laura— te encerrás en el dormitorio y esperás.

Cuando él y yo quedamos solos abrí el maletín. El revólver que saqué de ahí era, quizá, un poco desmedido; pero yo necesitaba que las cosas fueran rápidas y elocuentes. No sé si ustedes han visto un Magnum en la realidad. Se lo puse en el cuenco de la oreja y le pedí que se relajara.

—No vine a matarlo, así que ponga atención, no me interrumpa y apele a toda su lucidez, si la palabra no es excesiva. No vine a matar a nadie, a menos que usted me obligue. Escúcheme sin pestañear porque no voy a repetir una sola de las palabras que diga. En ese maletín tengo otro revólver, más discreto que éste. Con

una sola bala. Usted va a entrar conmigo en el dormitorio y con ese revólver va a matar a Laura. No abra la boca ni mueva un dedo. A un abuelo mío se le escapó un tiro con un revólver de este calibre y le acertó a un vecino: por el agujero podían verse las constelaciones. Usted mismo, excelente joven, va a matar a mi mujer. Ni bien la mate, yo lo dejo irse tranquilamente adonde guste. Supongamos que usted es un romántico, supongamos que, por amor a ella, se niega. Ella se muere igual. No digo a la larga, como usted y como yo; digo que si usted se niega la mato yo mismo. Con el agravante de que además lo mato a usted. A usted con el revólver más chico, como si hubiera sido ella, y a ella con este lanzatorpedos. Observará que llevo guantes. Desordeno un poco la casa, distribuyo la armería y me voy. Viene la policía y dice: Muy común, pelea de amantes. Como en *Duelo al sol*, con Gregory Peck y Jennifer Jones. Mucha alternativa no tiene; así que vaya juntando coraje y recupere el pulso. Dele justo y no me la desfigure ni la haga sufrir. Le aconsejo el corazón, su lugar más vulnerable. El revolvito tiene una sola bala, ya se lo dije; no puedo correr el riesgo de que usted la mate y después, medio enloquecido, quiera balearme a mí. Cállese, le leo en los ojos la pregunta: qué garantías tiene de que, pese a todo, yo no me enoje y lo mate lo mismo. Ninguna garantía; pero tampoco tiene elección. Confórmese con mi palabra. No sé si habrá oído que el hombre mata siempre lo que ama; yo a usted lo detesto, y por lo tanto quiero saber durante mucho tiempo que está vivo. Perseguido por toda la policía de la provincia, pero vivo. Escondido en algún pajonal de las islas o viajando de noche en trenes de carga, pero vivo. A ella la amamos, usted y yo. Es ella a quien los dos debemos matar. Usted es el ejecutor, yo el asesino. Todo está en orden. Vaya. Vaya, m'hijo.

La escritura es rara. Escritas, las cosas parecen siempre más cortas o más largas. Este pequeño monólogo, según mis cálculos previos, debió durar dos minutos y medio. Pongamos tres, agregando la historia del Magnum del abuelo y alguna otra inspiración del momento.

No soy propenso a los efectos patéticos. Digamos simplemente que la mató. Laura, me parece, al vernos entrar en el dormitorio pensó que íbamos a conversar. Yo contaba con algo que efectivamente ocurrió: una mujer en estos casos evita mirar a su amante y sólo trata de adivinar cómo reaccionará su marido. Yo entré detrás de él, con el Magnum a su espalda, a la altura del llamado hueso dulce. Ella misma, mirándome por encima del hombro de él, se acercó hacia nosotros. Él metió la mano en el

bolsillo. Ella no se dio cuenta de nada ni creo que haya sentido nada.

—Puedo perder tres o cuatro minutos más —le dije a él, cuando volvimos a la sala—. Supongo que no imaginará que puede ir con una historia como ésta a la policía. Nadie le va a creer. Lo que le aconsejo es irse de este pueblo lo más rápido posible. Le voy a decir cuánto tiempo tiene para organizar su nueva vida. Digamos que es libre hasta esta madrugada, cuando yo, bastante preocupado, llame a la comisaría para denunciar que mi esposa no ha vuelto. El resto, imagíneselo. Un oficial que llega y me pregunta, algo confuso, si mi mujer, bueno, no tendría alguna relación equívoca con alguien. Yo que no entiendo y, cuando entiendo, me indigno, ellos que revisan el cuarto de Laura y encuentran borradores de cartas, tal vez cartas de usted mismo. Mañana o pasado, un revólver con sus huellas, las de usted, que aparece en algún lugar oculto pero no inaccesible. Espere, quiero decirle algo. Un tipo capaz de matar a una mujer como Laura del modo en que lo hizo usted es un perfecto hijo de puta. Váyase antes de que le pegue un tiro y lo arruine todo.

Se fue. Yo también.

Gontrán, en el Círculo, seguía pensando. Habían pasado treinta y siete minutos. Gontrán pensó diez minutos más y jugó la peor. Tomó el peón de seis alfil con la dama, y yo, sin sentarme siquiera, moví el caballo a cinco dama y cuando él se retiró a uno dama sacrifiqué mi torre. La partida no tiene gran importancia teórica porque, como suele ocurrir en estos casos, el ingeniero, al ir poniéndose nervioso, comenzó a ver fantasmas y jugó las peores. En la jugada treinta y cinco detuvo el reloj y me dio la mano con disgusto, no sin decir:

—Esa variante no puede ser correcta.

—Podemos intentarla alguna otra vez —dije yo.

A las tres de la mañana llamé a la policía.

No hay mucho que agregar. Salvo, quizá, que Gontrán no volvió a entrar en el Max Lange, que el match terminó empatado y el título quedó en sus manos por ser él quien lo defendía. De todos modos, ya no juego al ajedrez. A veces, por la noche, me distraigo un poco analizando las consecuencias de la retirada de la dama a tres caballo, que me parece lo mejor para las negras.

La mujer de otro

Siempre supe que un día yo iba a terminar llamando a esa puerta. Ese día fue esta noche.

La casa es más o menos como la imaginaba. Una casa de barrio, en Floresta, con un jardín al frente, si es que se le puede llamar jardín a un diminuto rectángulo enrejado en el que apenas caben una rosa china y dos o tres canteros, cubiertos ahora de maleza. No sé por qué digo *ahora*; pudieron haber estado siempre así. Hay un enano de jardín, esto sí que no me lo imaginaba. El marido de Carolina me contó que lo había comprado ella misma, un año atrás. Carolina había llegado en taxi, una noche de lluvia; dejó el automóvil esperando en la calle y entró en la casa como una tromba. Tengo un auto en la puerta y me quedé sin plata, le dijo, pagale por favor y de paso bajá el paquete con el enano.

—Usted la conoció bastante —me dijo él, y yo no pude notar ninguna doble intención en sus palabras—. Ya sabe cómo era ella.

Le contesté la verdad. Era difícil no contestarle la verdad a ese hombre triste y afable. Le contesté que no estaba seguro de haberla conocido mucho.

—Sí, eso es cierto —dijo él, pensativo—. No creo que nadie la conociera realmente. —Sonrió, sin resentimiento.— Yo, por lo menos, no la conocí nunca.

Pero esto fue mucho más tarde, al irme; ahora estábamos sentados en la cocina de la casa y no haría media hora que nos habíamos visto las caras por primera vez.

Carolina me lo había nombrado sólo en dos o tres ocasiones, como si esa casa con todo lo que había dentro, incluido él, fueran su jardín secreto, un paraíso trivial o alguna otra cosa a la que yo no debía tener acceso. Esta noche yo había llegado hasta allí como mandado por una voluntad maligna y ajena. Desde hacía meses rondaba el barrio, y esta noche, sencillamente, toqué el timbre.

Él salió a abrirme en pijama, con un abrigo echado de cualquier modo sobre los hombros. Le dije mi nombre. No se sorprendió, al contrario. Hubiera podido jurar que mi visita no era lo peor que podía pasarle.

—Perdóneme el aspecto —dijo él—. Estoy solo y no esperaba a

nadie.

Tenía la apariencia exacta de eso que había dicho. Un hombre solo que no espera a nadie.

Yo había tocado el timbre sin pensar qué venía a decirle, sin saber siquiera si venía a decirle algo. No tenía la menor excusa para estar en esa casa a las diez de la noche. La situación era incómoda y absurda. Si es que no era algo peor.

—Pase, pase —decidió de pronto—. Me cambio en un minuto.

—No, por favor. —Pensé decir que mejor me iba, pero me interrumpió mi propia voz.— No tiene por qué cambiarse.

Sólo me faltó agregar que podía andar vestido como quisiera, que, al fin y al cabo, el marido de Carolina había sido él y que ésta era su casa. De todos modos, yo no tenía ningún interés en que se cambiara. Tal vez haría bien en callarme lo que sigue, pero sentí que, cualquier cosa que fuera lo que yo había venido a buscar, me favorecía estar bien vestido frente a ese hombre en pantuflas y con un sobretodo encima del saco del pijama.

Eso, al llegar: ahora, las cosas habían variado sutilmente. Él estaba de verdad en su casa, en su cocina, junto a una antigua estufa de hierro, confortablemente enfundado en su pijama, y yo me sentía como un embajador de la Luna.

—¿Toma mate? —me preguntó con precaución.

Es increíble, pero le dije que sí. Tomar mate era un modo de permanecer callado, de darse tiempo.

—Carolina, con toda su suavidad y sus maneras, a la mañana, a veces también tomaba mate. Era muy cómica. Chupaba la bombilla con el costado de la boca, como si jugara a ser la protagonista de una letra de tango. No, no era eso. Tomaba mate con cara de pensar.

Me tocaba hablar a mí.

—Usted se preguntará a qué vine —dije por fin.

—No, nunca me pregunto demasiadas cosas. Y siempre supe que algún día íbamos a encontrarnos. —Volvió a sonreír, con los ojos fijos en el mate.— Pero, ya que lo dice: a qué vino.

Quise sentir agresión o desafío en su voz. No pude. La pregunta era una pregunta literal, sin nada detrás. O con demasiadas cosas, como aquello de la cara de pensar de Carolina, por ejemplo. Yo conocía y amaba esa cara. La había visto al anochecer, en alguna confitería apartada, mientras ella miraba su fantasma en el vidrio de la ventana, sorbiendo una pajita. La había visto de tarde, en mi departamento, mientras ella mordía pensativamente un lápiz, cuando me dibujaba uno de aquellos mapitas o planos de lugares y

casas en los que había vivido de chica, casas y lugares que por alguna razón parecían estar más allá de las palabras, y de los que siempre sospeché que jamás existieron, o no en las historias que ella contaba. Bueno, sí, yo también había mirado muchas veces esa cara ausente y desprotegida, más desnuda que su cuerpo, pero nunca la había mirado de mañana, mientras Carolina tomaba mate. Pensé que tal vez debería estar agradecido de eso, sin embargo no me resultó muy alentador. Me iba a pasar lo mismo más tarde, con la historia del enano.

Él acababa de preguntarme a qué había venido.

—No sé. —Hice una pausa. La palabra que necesité agregar era deliberadamente malévola.— Curiosidad —dije.

—Me doy cuenta —murmuró él.

Ignoro qué quiso decir, pero tuve la certeza de que sí, de que, en efecto, se daba cuenta.

Llegué a mi departamento después de la una de la mañana, lo que significa que estuve con él cerca de tres horas; sin embargo, no recuerdo más que fragmentos de nuestra conversación, fragmentos que en su mayor parte carecen de sentido. Hablamos de política, de una noticia que traía el diario de la noche, la noticia de un crimen. Hablamos de la inclemencia del invierno en Buenos Aires. Ahora tengo la sensación de que casi no hablamos de Carolina.

En algún momento, él me preguntó si yo quería ver unas fotos.

—Fotos —dije.

No pude dejar de sentir que esa proposición encerraba una amenaza. Imaginé un álbum de casamiento, fotografías de Carolina en bikini, fotografías de los dos riéndose o abrazados, sabe Dios qué otro tipo de imágenes.

—Fotos —repitió él—. Fotos de Carolina.

Hice uno de esos gestos vagos que pueden significar cualquier cosa.

—Es un poco tarde —dije.

—No son tantas —dijo él, poniéndose de pie—. Hace mucho que no las miro.

Salió de la cocina y me dejó solo. Yo aproveché la tregua para observar a mi alrededor. Intenté imaginar a Carolina junto a esa mesada, o, en puntas de pie, tratando de alcanzar una cacerola, un hervidor de leche; tal vez era algo como eso lo que yo había venido a buscar a esa casa. En una de las paredes, vi dos cuadritos muy pequeños. Me levanté para mirarlos de cerca. No me dijeron nada. Eran algo así como mínimas naturalezas muertas. Ínfimas cocinas dentro de otra cocina. Cómo saber si ella los había colgado, cómo

saber si habían significado algo el día que los eligió.

Cuando él volvió a entrar, traía un pantalón puesto de apuro sobre el pantalón del pijama, y un grueso pulóver, que me pareció tejido a mano.

Traía también una caja de cartón. Se sentó un poco lejos de mí y me alcanzó la primera fotografía: Carolina sola. Detrás, unos árboles, que podían ser una plaza o un parque. Descartó varias y me alcanzó otra. Carolina sola, arrodillada junto a un perro patas arriba. Miró tres o cuatro más, una de ellas con mucho detenimiento. Las puso debajo del resto, en el fondo de la caja, y me alcanzó otra. Carolina sola.

Entonces sentí algo absurdo. Sentí que ese hombre no quería herirme.

—Ésta es linda —dijo.

Carolina, junto a un buzón, se reía.

—Sí —contesté sin pensar—. Era difícil verla reírse así.

Él me miró con algo parecido al agradecimiento.

—Nunca había vuelto a mirarlas. Solo es distinto.

Guardó la fotografía y cerró la caja. Me puse de pie.

—Usted no estaba en ninguna de las que me mostró —le dije.

—Bueno, yo era el fotógrafo —dijo él.

Poco más o menos, es todo lo que recuerdo, o todo lo que sucedió esta noche.

Miré el reloj y le dije que tenía que irme. Él me acompañó hasta la puerta de la entrada, no hasta la verja del jardín. Fue en ese momento cuando me contó la historia del enano. Después yo estaba descorriendo el cerrojo de hierro y oí su voz a mi espalda.

—Era muy hermosa, ¿no es cierto?

Salí, cerré la verja y le contesté desde la vereda.

—Sí —le dije—. Era muy hermosa.

Me pidió que volviera algún día. Le dije que sí.

El tiempo de Milena

Claro que, tal como se presentaban las cosas ese atardecer, lo mejor era ir considerando la posibilidad de tomarla en serio, quiero decir que si ella, Milena, amenazaba acostarse con el primer imbécil que se cruzara en su camino, tal vez fuera razonable admitir que, efectivamente, era capaz de hacerlo. ¿O esa que estaba entrando en el hotel Las Brumas, de la calle Acoyte, en compañía de un tipo que debía de llevarle treinta años y que parecía un corredor de seguros que ha tenido un buen día, no era Milena? Por supuesto que era Milena. Podía no serlo, de acuerdo. Su larga pollera floreada, de hindú, su blusa de eso que las mujeres llamaban bambula y sus zapatillas chatas, el collar de varias vueltas y piedras de colores que le caía hasta la cintura, sus cuadernos de la facultad bajo el brazo, su pelo lacio y esa manera de caminar que le daba aquel aire de "mi ombligo es mi brújula", podían pertenecer a unas cincuenta mil adolescentes argentinas de los años sesenta, pero sólo una había discutido conmigo esa misma tarde en el bar La Comedia, a sólo una yo le había dicho que se hiciera revisar la cabeza con su pediatra, sólo una había amenazado irse a la cama con el primer imbécil que se le cruzara en el camino, a sólo una yo le había dicho que por mí podía acostarse con el Mahatma Gandhi, y sólo una, luego de levantarse de la mesa con un apreciable desparramo de pocillos y vasos, me había dicho desde la puerta:

—¿Viste la casa de los perros?

—Qué casa de qué perros, perdón.

Yo estaba a unos tres metros, sentado todavía a la mesa, tratando de aparentar que aquél era un diálogo amistoso entre dos jóvenes modernos pero civilizados. Serían las tres de la tarde. Unas treinta cabezas se volvieron hacia la puerta del café. Me habían mirado y ahora miraban a Milena. Creí notar en el aire cierta ansiedad por su respuesta.

—Los perros de mármol. La casa que una vez me dijiste que le ibas a escribir un poema de mierda y me lo ibas a dedicar a mí.

Estábamos en los años sesenta, ya lo dije, pero de hecho no podíamos saberlo, o por lo menos yo no lo sabía. Milena, en

cambio, sí lo sabía, tal vez era la única en aquel café que ya lo sabía.

—Vi la casa y vi los perros —admití—. Pero no pude haber dicho nada semejante porque nunca digo malas palabras.

Tampoco podía habérselo dicho *una vez*: sólo la conocía desde la noche anterior. Claro que el tiempo de Milena y el mío no corrían de la misma manera, ni siquiera, quizá, en el mismo sentido. Pero esto lo comprendí del todo muchos años después.

—Viste la casa —dijo Milena—, bueno. Hoy mismo estate por ahí a eso de las siete.

La puerta, súbitamente sin Milena, dio unos bandazos en el vacío como si por ella estuviera entrando o saliendo una fantasmal sucesión de Milenas invisibles.

Ahora eran las nueve de la noche y Milena, con aquel difuso anacronismo de traje gris, salía del hotel de la calle Acoyte. Milena saliendo de un hotel con un señor vestido de traje, como cuando años después nos enteramos de que Marilyn se acostaba con Kennedy. *Happy birthday, Mister President*, por favor. En la esquina había un quiosco de flores, y si estaba por ocurrir lo que efectivamente ocurrió, era para vomitar. El tipo le compró un ramito. Ella le dio un beso en la mejilla y él tomó un taxi. Cuando el automóvil arrancó, Milena le hizo chau con una mano y con la otra amagó tirar las flores a la alcantarilla. Lo pensó mejor y se las devolvió a la florista. Bueno, por lo menos era parcialmente humana.

Vino directamente hacia mí.

—Te lo dije —dijo.

—No te imaginás lo celoso que estoy —dije yo—. ¿Ya te confesó que si no fuera porque la mujer tiene cáncer de próstata se casaba con vos?

Milena me miró, achicando los ojos.

—¿Las mujeres tenemos próstata? —preguntó con desconfianza.

—La de él, sí. La mujer de él se llama Osvaldo y es ingeniero agrónomo.

—Ja —dijo Milena.

Después estábamos en la puerta del bar La Paz, y esto, que se escribe fácil, requiere explicar que debimos de haber caminado unas cuarenta cuadras en silencio. Parece mucho, pero no lo es, o por lo menos no lo era. Yo tenía veinticinco años y Milena diecisiete. Lo más difícil de ese trayecto fue seguramente el silencio, no la distancia.

—No digas que no te di una chance —dijo Milena.

Todavía no habíamos entrado en el bar. Estábamos parados ante la puerta. Milena tenía ahora un aire lúgubre y algo rencoroso.

—Una chance —dije yo—. Vos me diste una chance a mí.

—Sí, tarado. Mirá lo que me hiciste hacer. Cuando me viste pasar podrías haberme dicho que me querías y agarrarte a patadas con el tipo.

—Eso es cierto —dije yo—. También podría haber hecho otra cosa.

—Qué —dijo Milena.

—Lo que voy a hacer ahora.

—Qué vas a hacer —dijo Milena, otra vez desconfiada.

No se lo dije. Le pegué un sopapo tan sorprendente, incluso para mí, que Milena, después de abrir la puerta vaivén con la espalda, fue a caer sentada dentro del bar.

—Estos hippies son todos drogadictos —le comentó a su mujer un señor que pasaba.

Media cuadra antes de llegar a Callao, solo, yo iba pensando que esta chica no era para mí. Estaba loca, se vestía como Indira Gandhi y decía malas palabras. La había conocido esa misma madrugada, precisamente frente a la casa de los perros, y no nos habíamos separado en todo el día. Nos habíamos ido a la cama juntos a la hora de almorzar, habíamos discutido por Simone de Beauvoir a las tres de la tarde, a las siete ya me había sido infiel y a las diez de la noche del mismo día había conseguido convertirme en un varón golpeador. Si esto duraba una semana, íbamos a salir en el Libro de los Récords Guinness. Pero que se muera, pensé. El señor de La Paz tenía razón, aunque sólo tomen leche, como Milena, estos hippies son todos drogadictos. Los drogan los chocolatines, la música pop, el agua mineral, la Revolución Cubana. Lástima que fuera tan linda, aunque la palabra exacta no es linda. Era mucho más que linda. Era como si fuese de ámbar. Cómo podía ser que una envoltura tan diáfana como el cuerpo de Milena encerrara semejante desastre. Momento en que oí detrás de mí una especie de tropel algodonoso, me di vuelta y caí de espaldas en mitad de la vereda, con Milena encima.

Nos separó un policía en el preciso instante en que Milena, montada sobre mi estómago, blandía una birome y decía que no me la clavaba en el ojo de lástima. Ese mismo vigilante nos llevó a la comisaría quinta, donde, en algún momento, sobrevino el siguiente diálogo.

—Él nunca me pegó —decía Milena—, y si me hubiera pegado no es cosa de ustedes. Es mi amante y puede hacer lo que quiera.

—Si es su amante, lo que puede es ir preso —dijo el oficial de guardia, y me miró—. La señorita es una menor.

—Le mentí —dijo Milena—. A él le mentí, le hice creer que tenía veintiuno. Y si no nos deja ir les juro que declaro que el tortazo me lo dio el vigilante. Pongo de testigos a todos los de La Paz. Por si no lo saben —agregó asombrosamente—, los derechos adquiridos no se pierden.

Nadie entendió qué quiso decir, pero nos dejaron en libertad. Después era de madrugada y estábamos caminando otra vez por el Parque Lezica. Cruzamos hacia el caserón de los perros de mármol y Milena dijo que era una casa tan hermosa que le daban ganas de llorar.

—Sí, se ve que siempre fuiste muy sensible —dije yo—. Pero ahora explicame algo. Por qué, esta tarde, dijiste eso de que una vez yo te dije no sé qué cosa.

—Porque me lo dijiste. Dijiste que ibas a escribir un poema sobre esta casa y me lo ibas a dedicar a mí.

—Un poema de mierda —precisé.

—Eso me salió porque estaba enojada.

—Pero por qué dijiste *una vez*. Yo te conocí ayer: estabas mirando la casa y yo me paré a hablar con vos, y entonces te lo dije.

Milena me miró. Separó apenas los labios como si estuviera a punto de decir algo, que finalmente no dijo.

—Vos qué sabés —murmuró.

No volví a verla hasta quince años más tarde. Y esto también se escribe fácil. Lo mejor, por ahora, es decir que en esos años los grandes amores no duraban mucho y que el nuestro no fue una excepción. Nos defendíamos del tiempo. Nadie quería que la mujer o el hombre de su vida envejeciera, y eso, supongo, tendía a acortar las pasiones. Era preferible recordar: el recuerdo, como la ceguera, deja los rostros intactos. La casa de los perros fue demolida. Los hippies se transformaron en farmacéuticos o en melancólicos. Los Beatles se separaron. En Bolivia mataron al Che. Yo cumplí cuarenta años.

—Hola —dijo Milena.

Yo estaba sentado en un banco de la plaza de Córdoba y Jean Jaurès y hacía más o menos un minuto había tenido una revelación: había visto los perros de mármol. Era el mismo grupo de lebreles que, quince años atrás, ornamentaba el jardín de la casa de Parque Lezica, y ahora Milena estaba parada frente a mí. La misma pollera hindú, el mismo collar. Seguía teniendo diecisiete

años. No quiero decir que era una mujer que parecía una adolescente, tampoco quiero decir que aquélla era su hija. Quiero decir que era Milena y que seguía teniendo diecisiete años.

Cuando lo imposible empieza a suceder, lo más razonable es aceptarlo con naturalidad.

—Hola —dije.

Ella se sacó con lentitud los anteojos negros que traía puestos y acercó su cara hacia mí.

—Hola —repitió.

—Qué te pasó en el ojo —pregunté.

—Después del tortazo que me diste anoche preguntás qué me pasó en el ojo.

Hice una pausa.

—Para mí eso fue hace quince años, Milena.

—Sí —dijo Milena—. Pero vos no sabés nada.

De todas maneras, yo sabía. Lo supe quizá desde la primera vez que la vi. Milena no habitaba la misma realidad que yo, que ninguno de nosotros. Ella tenía un tiempo suyo, vivía en unos pocos días de los años sesenta como en una isla personal, y sólo ahí uno podía encontrarla, más o menos como a las náyades se las encuentra en sus ríos o a las sirenas en el mar. Todo cambiaba o se desmoronaba a su alrededor, pero ella seguía en un Buenos Aires donde, frente al Parque Lezica, había una gran casa con perros de mármol en el jardín; ella andaba, para siempre, con su collar hasta la cintura y su blusa de bambula, por una calle Corrientes donde seguían, indemnes, el cine Lorraine, los quioscos de revistas literarias, el bar La Comedia.

—Vos comprenderás que esto es imposible —dije.

—Cómo va a ser imposible si está sucediendo. —Me miró y se rio.— Los derechos adquiridos no se pierden.

Volvimos a pasar todo un día juntos. Del encuentro siguiente recuerdo menos su cuerpo que un largo paredón, un puente y, allá abajo, las vías del tren, en una madrugada de Caballito o de Flores. Después, es como un hueco y estamos caminando por la Boca. Hay, en algún lugar de mi memoria, un vago resplandor de mástiles iluminados y un eco remoto de canciones italianas que venían de cantinas. O, tal vez, eso fue otra noche, cinco o seis años más tarde. Esa noche, la de los mástiles, una violetera le había dicho:

—Pídale a su papá que le compre un ramito.

—Comprame —dijo Milena. Y a la violetera—: No es mi papá. Es mi amante.

—Con más razón —dijo la violetera.

—¿Viste? —oí cerca de mi nuca, al rato.

—Si vi qué.

—Que le pareció natural.

En ese momento Milena caminaba detrás de mí, pegada a mi espalda, abrazada a mi cintura y sincronizando sus pasos con los míos.

—No tiene nada de natural, Milena. Un hombre de mi edad no se pasea por la Boca, a la madrugada, jugando a los siameses, con una chica de diecisiete años que tiene un ojo negro y que, además, no existe.

—Ufa —dijo Milena.

Después dijo que el moretón ya casi ni se le notaba. En los tres últimos días se había puesto un bife crudo en el ojo. Lo había leído en una revista de boxeo, era lo mejor para los moretones.

En los últimos tres días, había dicho. Más de veinte años para mí. Cosa que apenas era grave, considerando lo que supe unos años más tarde, en la Costanera Sur. Yo no podía encontrarla voluntariamente: ella aparecía en cualquier momento y pasaba un día o dos conmigo. Por alguna razón, su tiempo, el tiempo de Milena, sólo abarcaba una semana. Ella me lo dijo o yo lo deduje de algo que dijo. Le pregunté por qué. Milena me miró como si yo fuera un chico idiota y cambió de conversación. Nuestro primer encuentro, el único que yo consideraba real, había ocurrido la madrugada de un domingo, frente al Parque Lezica.

—Según eso —dije—, nos conocemos desde hace cinco días.

—Chocolate por la noticia —dijo Milena.

Estábamos en un hotel de la Costanera, y ella, con lenta aplicación, se pintaba de plateado la uña del dedo gordo del pie. Para esa época mi generación había perdido ciertas ilusiones de cambiar el mundo y yo tenía más de cincuenta años. En la Costanera Sur nadie se fija mucho si un hombre de cincuenta años entra en un hotel con un travesti, con una cabra o con la hija.

—O sea que nos quedan dos días.

—Tú lo has dicho, Caifás —dijo Milena.

—¿Y cuándo voy a verte otra vez? —pregunté, después de pensarlo bastante.

—Mañana. Si querés.

Le pregunté cuándo era mañana para mí, y ella contestó que por qué no me callaba, que le hacía perder la concentración. En el cielo raso del cuarto había un gran espejo. Yo, de espaldas en la cama, le pedí que mirara hacia arriba.

—Sí —dijo Milena—. No sé cuál es la gracia de estos espejos. Si

estás encima mío y abro un ojo te veo el culo.

—No seas irrespetuosa, Milena. Tengo tres veces tu edad. Lo que quiero preguntarte es qué ves.

—Me veo a mí mirando para abajo, y te veo a vos. Pegados al techo parecemos moscas.

—Me ves a mí. Lo que te pregunto es si pensaste qué vas a ver de mí mañana.

Milena guardó el frasquito y el pincel en su gran mochila floreada. Se me echó encima, bufando, acercó mucho la cara a mi cara y dijo:

—Te voy a ver a vos. Lo que estás mirando ahí no tiene nada que ver conmigo. Yo te voy a ver siempre como sos.

—Y cómo soy.

—Viejísimo —dijo Milena.

Eso fue hace años. Mañana fue hoy mismo. Cada día que pasa me gusta menos lo que veo en los espejos, me agito cuando subo por las escaleras, toso, y un día de éstos tendré que resignarme a dejar el cigarrillo. Esta vez no quise entrar con ella en ningún hotel. La traje acá. Hasta hace unas horas, Milena andaba por la casa preparando café, dándole de comer a mi gato, husmeando en mi biblioteca. En algún momento de la noche oí una especie de grito de pájaro y la vi venir con un papel en la mano.

—Me lo escribiste. Viste que me lo ibas a escribir.

—Sí, te lo escribí. Hace casi treinta años, cuando demolieron la casa. Es bastante malo.

—A mí no me parece —dijo Milena—. Pero acá pusiste que los perros son de piedra, y esos perros son de mármol.

—Mármol no rima con nada. Piedra rima con hiedra.

—Mármol rima con árbol —dijo Milena.

—No. Ésa es una rima falsa, Milena.

—Y vos sos medio pedante —dijo Milena—. Qué es una rima falsa.

Era nuestra víspera, nuestro penúltimo encuentro, y ella quería saber qué es una rima falsa. Ni siquiera nos habíamos ido a la cama, suponiendo que hoy eso hubiera sido una buena idea. La había encontrado a la tarde, en Parque Chacabuco, jugando a la payana con unos chicos rotosos que parecían salidos de un cuadro de Berni. Yo volvía del médico y ella estaba sentada en el pasto, en la posición del loto, tirando piedritas hacia arriba y recogiéndolas con el dorso de la mano. Casi la piso. Dónde te creés que vas, me dijo desde allá abajo, riendo, y se puso de pie y me tomó del brazo, y ahora eran casi las doce de la noche y Milena quería que le

explicara qué es una rima falsa.

—Fue una broma —dije.

También le dije que siempre había querido preguntarle algo.

—Zas —dijo Milena—. Qué.

—Aquel día, me refiero al domingo, después de haber estado conmigo, ¿de veras fuiste capaz de acostarte con el cretino del traje? —Milena empezaba a abrir la boca cuando agregué:— Mentime, por favor.

—Cómo te gusta complicar la vida —dijo Milena. Pensó un momento, dudó, y me miró—: No me acosté.

—Y a qué fuiste al hotel.

—Eso qué tiene que ver. Cuando estábamos adentro le dije que era virgen y que si me tocaba me ponía a gritar. Es un ayudante de cátedra. Terminó aconsejándome que no fumara tanto y explicándome la Revolución Mexicana.

—Me estás mintiendo.

—Usted sabrá —dijo Milena.

Tal vez yo me había equivocado el primer día, tal vez esta chica era, exactamente, para mí.

Como ya dije, pronto sería medianoche. Si ahora le pedía que se quedara a dormir conmigo, íbamos a entrar en un nuevo amanecer y este encuentro sería, definitivamente, el último.

Le pedí por favor que se fuera. Me preguntó por qué.

—Porque quiero verte mañana —le dije.

—Si me quedo, también vas a verme mañana.

—No es lo mismo, Milena.

Y ésta fue, hasta hace unas horas, mi historia con Milena.

Tal vez terminó esta noche, o tal vez me queda un día más. He pensado que aunque yo ignore cómo hallarla, ella, en su semana del sesenta, con su blusa de bambula y su pollera hindú y sus cuadernos de la facultad, vendrá a buscarme mañana. Ya conoce mi casa; ya sabe cómo encontrarme. Sólo espero, mientras me preparo a envejecer, que el mañana del tiempo de Milena no llegue, para mi tiempo, demasiado tarde.

El hermano mayor

—Lo malo es que a la larga ya no se siente nada —dijo el más corpulento, el de más edad—. Peor que eso. Estás esperando que termine de una vez. —Suspiró entrecortadamente; tres inspiraciones breves y rápidas.— Hasta te fastidia —murmuró.

—Sí —dijo él—. Supongo que sí.

El hermano mayor estaba sentado y él de pie. No eran parecidos.

—Hasta te fastidia —repitió el mayor.

El más joven le puso vagamente una mano sobre el hombro; por un momento dio la impresión de que iba a tocarle la cara. Fue algo tan fugaz que no se podía saber si realmente había querido tocarle la cara. Se limitó a posar una mano sobre el hombro del otro y a apretar suavemente.

—Calmate —dijo—. Es así; las cosas siempre son así.

—Sacate de una vez ese sobretodo —dijo el hermano mayor—. No se sabe si acabás de llegar o estás por irte.

—Acabo de llegar —dijo él—. También estoy por irme. El último tren a Buenos Aires sale a la una.

—¿Cómo sabés que hay un tren a la una?

Él se quitó el sobretodo y lo puso sobre el escritorio. No se sentó.

—Siempre hubo un tren a la una, ¿no? Y, como vos decís, en este pueblo no cambia nada.

—Nunca hubo un tren a la una. A la una de la tarde, sí; pero no a la una de la madrugada. Yo te voy a decir qué hiciste. Averiguaste el horario en la estación. No habías terminado de bajar del tren y ya estabas preguntando a qué hora tenías otro para volverte.

—No discutamos. No discutamos hoy.

—No estamos discutiendo: te estoy mostrando cómo sos. Y voy a adivinar algo más. Hasta sacaste el pasaje. Seguramente ya sacaste el pasaje, para no arrepentirte.

—No saqué ningún pasaje. —El que estaba de pie hizo una pausa.— Además, pensaba quedarme esta noche.

—Pensabas.

—Quiero decir que no sé por qué dije que me iba a la una.

—Yo sí sé —dijo el mayor—. Porque averiguaste el horario y porque sos jodido. Los tres siempre fuimos así: jodidos. En eso sí que nos parecemos vos y yo.

De alguna parte de la casa llegaban rumores apagados de voces y la vaharada de las flores.

—Él no era jodido —dijo el que estaba de pie.

—Era un viejo jodido. No se quejó en ningún momento. La gente, cuando le duele algo, se queja. O grita. O pide alguna cosa.

—De qué murió.

La risa del hermano mayor sonó ahogada y ambigua. Una risa profunda que culminó en un falsete como un quejido.

—Ésa sí que es una buena pregunta. Dios mío, de qué murió. El padre estuvo agonizando un año entero y él viene, antes da una vuelta por la noche del pueblo, entra en la vieja casa y pregunta de qué murió.

—Me hubieran avisado con tiempo —dijo él.

El otro, desde abajo, lo miró.

Un reloj de pared dio la campanada de las once y media. Los dos se quedaron un momento a la expectativa, como si esperaran otra.

—Mejor salgamos —dijo finalmente el mayor—. Vámonos al patio, o a caminar por ahí. El olor de esas flores marea. La casa entera tiene olor a pantano, a flores corrompidas. —Hablaba sin ponerse de pie.— Cuando eras chico, te acordás, siempre querías que te llevara al café de la estación. Un gran lugar, la estación. Y así, de paso, no perdés tu tren. O mejor vamos hasta el río.

—Para eso hiciste que me sacara el sobretodo —dijo el más joven.

El mayor se levantó. Era ancho y más alto que el otro. Grave e imponente, tenía el aspecto que debe tener un hermano mayor. Sólo que de pronto daba la impresión de estar relleno de lana. Parecía haberse quedado pensando en algo.

—¿Cómo?

—Si para eso me hiciste sacar el sobretodo.

—Usted suénese los mocos y de hoy en adelante obedezca a su hermano, como dijo el viejo esa noche. ¿Cuánto hace que la casa no olía de este modo?

—Les acompaño el sentimiento —dijo de pronto una vieja, junto a ellos.

—Váyase a la mierda —murmuró suavemente el mayor—. Gracias —dijo.

—Hace treinta años —dijo el más joven—. Yo tenía seis y vos once. Ni vos ni papá lloraban.

—Vos sí llorabas. Vos llorabas de veras como un huérfano. Límpiese esos mocos y obedezca a su hermano. Siempre fuiste medio marica vos. —Se rio bruscamente, un cloqueo forzado y cavernoso.— Siempre había que andar pegándole a alguien por tu culpa. ¿Por qué no vino tu mujer? Ella lo quería a papá.

Habían salido de la casa y ahora caminaban por la vereda. Una calle arbolada de naranjos. Desde algún lugar de la noche llegaba la música remota de un baile.

—No estaba. Ella no estaba en casa cuando me llamaron.

—Las mujeres lo querían, qué cosa tan rara. Sobre todo las mujeres ajenas. ¿Por qué no tuvieron hijos ustedes? El viejo siempre quiso tener un nieto.

—Te hubieras casado vos.

—No digas pavadas —dijo secamente el mayor.

El menor lo miró de reojo en la oscuridad.

—Pavadas, por qué.

—El viejo, en cambio… Le tocaba el culo a la enfermera. Ese culo no se hizo en un ratito, decía, y se doblaba en dos de la risa, tosiendo y escupiendo el alma. No se hizo en un ratito. Hasta que se quedaba quieto, resollando con los ojos en blanco… Ella ha de madrugar mucho, tu mujer; yo te hice llamar a las cinco de la mañana… Se murió de dolor, ya que te interesa tanto saberlo. Era como ver agonizar a un buey, como si lo carnearan vivo. Se le reventó el corazón, por no gritar. Cuando lo abrieron no tenía pulmones, ni hígado, pero murió de un ataque cardíaco. ¿Cómo se puede saber lo que le pasa a un hombre si no te dice qué le pasa? ¿Cómo puede saber un hijo qué le duele al padre, si el padre, mientras se muere, les toca el culo a las enfermeras y se ríe? Era un viejo muy jodido, te lo juro.

En dirección a ellos venían tres o cuatro personas; la luz de un zaguán iluminó un ramo de flores blancas.

Ellos cruzaron la calle y cambiaron de vereda.

—Pero vos tuviste una novia —dijo el menor.

—¿En qué te quedaste pensando? Tuve, sí. Él me la quitó. Papá. Los encontré una tarde, a la siesta, en la cama grande. Yo había ido a Rosario por un asunto del Juzgado, y volví antes. Ahí estaban, en la cama de mamá. No te preocupes: no me vieron. Quería tanto un nieto que casi se lo hace él mismo. No debiste dejar a esa chica, me dijo después, era una buena chica. Hubiera sido una buena mujer, se parecía a tu madre. ¿Qué se hace con un padre así?

—No llores —dijo él.

—Al final te fastidia, carajo.

—Esta calle está igual, hasta la música parece la misma. Una vez me llevaste a un baile.

—Un año entero muriéndose, hasta que uno termina por rezar para que se muera realmente. Nunca supe si le dolía algo. No se puede hacer eso, un hijo no merece eso. Qué te voy a llevar a un baile, nunca bailé.

—Me llevaste, era verano, pediste una naranjada con ginebra. Para el nene, dijiste, una bolita.

—¿Una bolita? Había una bebida que se llamaba bolita. Pero eso era antes de que naciéramos. Mamá nos contaba. Vos ni debés saber por qué le decían bolita.

—No sólo lo sé: me acuerdo.

—Por qué, a ver.

—Por la tapa. En vez de tapa, tenía una bolita de vidrio.

—Pero si ni siquiera yo vi ninguna. No puedo haberte pedido una bolita.

—La pediste. Seguramente fue una broma. Yo te veía tomar la naranja con ginebra y me parecías un fenómeno. *Noches de Budapest*: te apuesto a que ese fox-trot que están tocando se llama *Noches de Budapest*.

—¿Y vos?

—Yo qué.

—Qué tomaste, vos qué tomaste esa noche.

—No sé qué tomé. Pero me acuerdo perfectamente de la bolita de vidrio.

Siguieron caminando en silencio. La primera vez que estaban en silencio desde que se habían encontrado.

—Gracias —dijo de pronto el mayor—. Ya estoy bien. Ustedes, a veces, tienen esas cosas.

—Me separé —dijo él—. Por eso no se enteró de lo de papá.

—Con quién la encontraste.

—Con nadie. Ella me encontró.

—Pero vos la querías. Cuando estuvieron acá se veía de lejos que la querías. Y ella te miraba como si fueras de oro.

—Hace diez años que estuvimos acá. Fuera de este pueblo, el tiempo pasa en serio.

—Pero vos la querías.

—Claro que la quería, todavía la quiero. Eso qué tiene que ver.

—Nada, me imagino. En esto también sos hijo del viejo. ¿Vos sabías que él la engañaba a mamá?

Estaban sentados en uno de esos bancos de plaza que hay al frente de ciertas casas de pueblo. El reloj del Cabildo dio la medianoche.

—Cómo que la engañaba a mamá. Cuándo la engañaba.

—Cuando podía, y podía siempre. Lo supe a los diez años. Fue como lo de la cama grande pero en la cama del finado tío Carlos.

—¿Con la tía Matilde?

—No. O a lo mejor también con la tía Matilde, pero sobre todo con una de las mellizas.

—¿Las hijas de tía? ¿Con las dos?

—Con una. De cualquier modo eran idénticas: una, un poco más rubia. No te asombre que alguna noche las confundiera. El viejo nunca fue muy detallista.

—Pero con cuál.

—Qué sé yo con cuál, qué importancia tiene con cuál. Por eso tuvieron que irse del pueblo.

—Y vos cómo lo supiste.

—Te acabo de decir que los vi. Yo tendría diez años y esa noche él me llamó al escritorio. En los grandes momentos nos trataba de usted, te acordás. Usted es muy chico para saber qué es el amor. Yo la quiero a su madre, y eso es una cosa; pero hay muchas mujeres en el mundo, y eso es otra cosa. Lo importante era no confundir a las mujeres, que son muchas, con el amor, que es uno solo. Y que si mamá llegaba a enterarse, él me cortaba los huevos. No le veo la gracia.

—Que te los cortó. Perdoname que me ría, pero te los cortó. Seguí, no me hagas caso.

—Estás despertando a los que duermen. Si es que duermen. Estos bancos dan siempre a una ventana, detrás de la ventana siempre hay un solterón insomne o una vieja que teje en la oscuridad o un viejo marica que no sabe qué hacer de su vida. Ponen bancos para que los que andan de noche por la calle se sienten y hablen.

—Contame algo de mamá.

—Mamá era mamá. No tenía historias.

Se pusieron de pie. Un pájaro sobresaltado o un murciélago chocó contra el farol de la esquina. La luz se apagó durante un instante pero volvió a encenderse de inmediato. El mayor se había tomado instintivamente del brazo del otro. O tal vez lo había tomado del brazo.

—Puedo quedarme, si querés.

El mayor se detuvo, sin soltarlo.

—¿Qué cosa rara estás pensando?

—Yo, nada. Pero es cierto, cuando venía en el tren pensé que yo también estoy un poco solo.

El hermano mayor lo soltó.

—Vos también. ¿Y quién es el otro? ¿O hablás en general, o estás hablando de la gente? Vos y yo no podemos vivir juntos.

—No dije quedarme a vivir.

—Ya sé lo que dijiste. Hablame del baile.

—Qué baile.

—El baile al que te llevé. El baile de la bolita.

—Ya te lo conté. Me acordé por la música.

El más joven se detuvo y giró la cabeza, desconcertado. Sólo se oía el paso del viento entre las ramas. La música ya no se oía.

—Cambió el viento —dijo el mayor.

—Qué raro oír eso. Oír que ha cambiado el viento. En las ciudades nadie dice una cosa así. Nadie se da cuenta cuando cambia el viento.

El que se detuvo ahora fue el hermano mayor. En la oscuridad del empedrado se oyeron, lentos, los cascos de un caballo.

—Estás de suerte. Aunque no quieras creerlo, eso que viene allá es un mateo. ¿Cuántos años hace que no ves un coche a caballo? Te invito. Quién te dice que no es el último mateo del mundo.

—No tenemos tiempo.

—Cómo que no. Tenemos casi media hora.

—Antes de irme, quiero verlo.

—No queda mucho para ver. Haceme caso. No hay que mirar a los muertos. Cuando se mira a un muerto, en realidad es la muerte la que nos mira. Mejor recordalo como al baile y a la botella de bolita. Vamos. Te llevo a la estación.

La fornicación es un pájaro lúgubre

Henry Miller
In memoriam

—Cómo que no importa —se encontró diciéndole Bender a la chica, mientras, con gesto ausente, metía en el bolsillo del piloto el diario que acababa de comprar—. Es lo único que importa.

La chica tenía diecisiete años, pero aparentaba veinte y le llevaba casi una cabeza. Con tacos. Descalza, como hacía un momento en el Hotel Loto Azul, eran relativamente de la misma altura. Y hasta de la misma generación. Al menos con la luz apagada. La chica (impermeable de Yves Saint-Laurent, largo pelo de miel, paraguas para enanitos) dio un pequeño brinco y arrancó la húmeda hoja otoñal de un plátano. Se llamaba Agustina. Tiene ganas de dar saltitos, pensó Bender. La diáfana hija de puta todavía tiene ganas de dar saltitos. Él había trabajado como un émbolo, como un pistón, como cualquier otra cosa isócrona y bien intencionada, y ni siquiera había conseguido ponerla en marcha. Era como pretender bailar con una lápida. Tenía las reacciones de una cubetera. Y ahora daba saltitos.

—Si a usted le gusta para mí está bien —dijo la chica y torciendo el cuello hacia abajo, como un cisne, le dio un beso en la zona del ojo.

Demasiado alta, en efecto; podría ponerse tacos más bajos cuando sale conmigo. Mora sería incapaz de una cosa así. O apuntar bien cuando imagina dar un beso.

De todos modos, le había hablado de usted. Esto, en ella, significaba cariño irreprimible. Sólo que Bender (cuarenta y cinco años, profesor adjunto de Letras, muerto de hambre) tenía la impresión de que entre una chica de diecisiete años y un tipo de su edad el único tratamiento natural era ése. Cómo está usted, señor profesor. Qué piensa de la toponimia del *Amadís de Gaula*, querido adjunto. ¿Me dejo puesta la bombacha, tío Bender?

—Vamos a tomar un café —dijo Bender—. Vos invitás.

Agustina abrió con alguna dificultad la cartera, a causa del paragüitas. Buscó algo. Sacó un considerable chupetín de forma cónica, lo desenvolvió y, mirando a Bender, le dio una chupada. No una chupadita, una chupada lenta, deliberada y hasta el tronco. Esta chica, con tal de tener algo en la boca, era capaz de chupar una llave inglesa. Siento un tironcito seco en el nacimiento de la nuca. Debí sentirlo en algún otro lado, pero después de cuarenta minutos de hacer de chupetín y una hora y media de bombear como una torre de petróleo en la Antártida, dudaba de tener pito. No me queda más que la cabeza.

—No tengo plata ni cinco —dijo Agustina, mientras sostenía esa cosa entre los dientes. Otra de sus características era que con cualquier objeto en la boca conseguía hablar con claridad. Bender, a veces, dudaba de que eso lo hubiera aprendido con él en sus pláticas de Española Medieval—. Y encima vas a tener que darme para el taxi. Lo que más me gusta es cuando ponés cara de malo. Lo último que tenía me lo gasté en este chupetín. No te preocupes, bobo, vas a ver que el día menos pensado voy a tener un orgasmo. ¿Vos creés que me va a gustar?

—Entremos —dijo Bender.

Era menos fácil cometer un asesinato en una confitería. En la calle podía tirarla bajo un colectivo. A lo mejor alguna noche lo hacía. La única dificultad era que Agustina debía volver al pensionado antes de las ocho. Se sentaron.

—No te vas a poner a leer el diario —dijo Agustina.

—Qué curioso —dijo Bender—. Casi podría jurar que me saltó solo a las manos. En el quiosco. Nunca leo el diario. Dos cafés, mozo. Y ahora vos me decís eso. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo saqué del bolsillo.

—A lo mejor el diario te quiere decir algo —dijo Agustina—. No, mozo, venga por favor. Yo no quiero café. Tráigame un licuado. Y una o dos de esas cosas con azúcar que se ven ahí. Esas bolas. Mejor dos.

—Hubiera apostado el alma a que ibas a decir eso —dijo Bender.

—Eso qué —dijo Agustina.

Tenía los ojos violetas. Realmente violetas. La primera vez en su vida que conocía una chica con los ojos violetas, y era frígida. ¿Es frígida o yo estoy viejo? William Steckel había escrito una frase que era su lema. No hay mujeres frígidas, sólo hace falta el hombre que las caliente. Pero a ésta quién. El Hombre Nuevo. ¿Qué había

acabado de decir Agustina?

—Qué dijiste del diario.

—No sé, qué diario. De lo último que hablé fue de esas cosas con azúcar. Las bolas. —Y encendió un largo cigarrillo.

Entonces Bender sintió que realmente el diario le quería decir algo. Algo relacionado con todo eso. Con la llovizna, el sexo, la muerte. Con los quinientos mil pesos que le quedaban en la billetera. Debería estar con Mora, no con Agustina. Acostarse con Mora era como cantar de chico en el coro de la iglesia. Como una peregrinación a las montañas del Tíbet. Para Mora el sexo no era un chupetín, era un cuerno de caza. Ella sabía perfectamente qué era lo que tenía en la boca cuando tenía algo en la boca. Y del cuerno de caza arrancaba melodías que convocaban a la selva dormida. Despertaban a las fieras y a los pájaros. Hacer la mala porquería con Mora era como cuando Israfel improvisaba. Las Pléyades en el cielo se detenían en su carrera hacia la gran Mariposa de Hércules para escuchar esa música que nacía en su pelvis, y los ángeles conmovidos, aterrados, encelados, se rebelaban contra Dios por carecer de sexo y se tapaban la cara con sus enormes alas de las que caían, dando vueltas, algunas plumas.

—Cuchi —dice Agustina—. Despertate.

Y en el momento en que estira una de sus largas manos para tocarme la cara, veo la enorme cartera de Mora, colgada de Mora, entrando como un torbellino en el bar de enfrente. Ya sé, descubro con terror, hoy es el día de mi asesinato. Mora me ve desde aquella ventana, se olvida de que está casada (con otro, naturalmente), se olvida de que una mujer se debe a su marido y a las mellizas y desenfunda esas grandes tijeras que debe de llevar en algún lugar de su enorme bolsa y me arranca los ojos.

—Sacá la libretita y el lápiz —dice Bender con naturalidad.

—Zas —dice Agustina con una orla de licuado alrededor de los labios. Ahora parece tener quince años. Por la orla. Hasta se le redondeó la cara. Dentro de un instante se abre la puerta de este café y Mora me clava sus tijeras en el pescuezo. Corruptor hijo de puta, la oigo gritarme, con vos no van a estar a salvo ni las mellizas. Mora, le digo antes de entregar mi alma, las mellizas apenas cumplieron dos años. Pero sólo oigo la voz de Agustina. Habla de los visigodos—: Ah, sí —ha dicho—. Tenés que explicarme bien todo eso de los visigodos y del rey Rodericus y la efe fricativa. Qué plomazo —dice.

Bender habla sin mirar hacia enfrente. Le ordena a Agustina que no copie, sino que escuche y tome apuntes. O no vamos a terminar

nunca. Agustina dice que hacer dos cosas al mismo tiempo es difícil y Bender pregunta que cómo se las arregla en las clases de la facultad. Ella no se arregla de ninguna manera. Bender piensa que esa chica, cuando él la conoció, estaba en el secundario. Merezco la muerte. Esta chica tendría que tener un tío y llamarse Eloísa. Yo sería Abelardo y el tío mandaría una noche a sus sicarios. A cortarme los bolorcios. Bender recuerda las tijeras de Mora y siente una especie de vacío metafísico en los calzoncillos.

—Ya está. Con eso y dos miradas al profesor tenés para un ocho. Ahí te puse la plata para el taxi. Agarrala sin que el mozo te vea. No me beses. Me siento mal cuando me besás en público.

Agustina salió a la calle y le hizo señas a un taxi. Cuando el taxi estaba llegando volvió hacia la ventana de Bender. Bender miró con terror acercarse a la chica y, en la vereda de enfrente, el resplandor del pelo de Mora. Un incendio al que no apaga ninguna lluvia. Y menos esta lloviznita. El agua, al tocar su pelo, debía hacer *pfffss*. Como mamá cuando tocaba con el dedo la plancha. Agustina le hacía señas para que levantara un poco la ventana. A Mora, por fortuna, la había detenido un Chevalier: el único objeto de proporciones adecuadas como para impedirle cruzar una calle.

—Qué. Qué te olvidaste.

Entonces la chica dijo algo que le partió el corazón. La reivindicó entre las mujeres. La puso casi a la altura de mamá cuando planchaba.

—No te enojes conmigo —dijo—. Yo hago todo lo que puedo. Yo no tengo la culpa si no me pasa nada.

Y si no hubiera sido porque Mora ya empezaba a cruzar la calle, Bender se habría puesto a llorar. Porque desde la infantil enormidad de sus ojos me estaban pidiendo ayuda dos diáfanas violetas mojadas.

Pero antes de que Mora y su cartera entraran en este bar, Bender, el adjunto, el aterrado y desmonetizado y hambriento Bender, se encontró abriendo el diario. Otra vez. No por taparse la cara. No para ocultar sus pecados. Abrió el diario porque ese diario tenía voluntad. Ese diario tenía alma. Alcanzó a ver 10 de junio de 1980, un titular y la cara de fauno de un anciano. Iba a comprender algo cuando todo volvió a la oscuridad y al silencio. Y a la tristeza pos-coito. Bender volvió a ser el hombre de los cincuenta millones de pesos. Pesos viejos. Quinientos mil pesos Ley según el cambio actual. Bender, todo entero, era un hombre al que

la vida había dividido por cien. Calculemos. Jaromir Hladík y el ahorcado sobre el puente del Río del Búho, antes de morir, se contaron un cuento entero. Y hasta el mismo cuento. Antes de que Mora me arranque las orejas y quizá los testículos yo puedo arreglar mis finanzas. No soy el hombre de los quinientos mil: lo fui. Cigarrillos, Loto Azul, taxi, café, licuado y bolas de fraile de Agustina. Qué me queda. Sin contar el diario. Sin contarlo, justamente. Porque por alguna razón el diario de hoy no pertenece a la realidad euclidiana. Me pregunto si no me estoy volviendo loco. Casi diez millones o cien mil Ley gastados desde que salí. A razón de treinta mil por hora. Cuánto hace eso en un día. ¿Y en un año? Estos últimos meses Bender había considerado seriamente la idea de matarse. Consecuencia de esta vida de jeque petrolero que llevaba. O de la muela que le habían sacado. O de haber cumplido cuarenta y cinco años. Si por lo menos no tuviera la manía de llevar a las mujeres a hoteles. Albergues transitorios, se llamaban ahora. Era aterrador. Él pertenecía a la generación de los alojamientos. Más atrás, a la de los amueblados, también llamados muebles. A qué historia pertenezco. Cómo se puede ser tan antiguo y seguir vivo. Cuando estaba con Mora (treinta años, John Lennon, manifestación a Ezeiza) tenía que cuidarse de silbar boleros; con Agustina, ni silbar los Beatles. El día menos pensado enmudecerán todos mis chifles. No habrá ninguna mujer que friegue mi ciática. Todo por mi manía de los hoteles. Porque Bender tiene teorías. Una es su Regla de Oro. No traer nunca una mujer al departamento. Se habitúan. Empiezan por poner un florerito. Tienden la cama. Un día aparecen en la puerta con una enorme valija. No una valijita de ilusiones, nada de metáforas. Un valijón de familia de inmigrantes. Y te pueblan la casa de macetas con geranios, con helechos, con plantas trepadoras y carniceras. Se multiplican en hijos y sartenes. He visto un gran hombre que visitado por sorpresa por un poeta adolescente debió esconder un bombachón que estaba sobre la máquina de escribir. Yo, ese adolescente. Y eran otros tiempos. Qué no dejarán ahora.

Momento en que entró Mora y todos los varones del local dieron la impresión de que iban a pararse para ofrecerle fuego, o una silla, o una ficha para hablar por teléfono. O querían prestarle sus paraguas o ladrar. Pero ella vino a mí. Como el barco de Simbad hacia la Piedra Imán fue hacia Bender.

—Te vi cuando estaba por volverme a casa. Tengo toda la tarde libre. Desde cuándo leés los diarios.

—Cierto —dice Bender—. Debe ser la soledad.

Dobla el diario y vuelve a meterlo en el bolsillo del piloto. El diario tiembla un segundo en su mano. Como la piel de zapa. Como la zarpa del mono. Mora lo observa. Ella el lobo y yo Caperucita Roja. Hay chispitas en sus ojos. Va a decir algo espeluznante, lo dice:

—Tengo hambre y una idea.

—Je —ríe histéricamente Bender.

—Am, am —dice Mora.

Para abreviar. Bender, con aspecto de zombie, camina junto a Mora por la arbolada vereda del Loto Azul. Siente en su nuca la mirada estupefacta y reprobatoria del hombre del quiosco. Antes de esto, Mora, que había rehusado una cautelosa invitación a almorzar, hizo desaparecer del universo físico dos porciones de torta de manzanas y un tazón de café negro como para despertar de su sueño milenario a Nefertiti. Se han dispuesto a terminar conmigo. Van a pulverizarme. Después de este lluvioso día de junio seré la sombra de mí mismo. Debe repercutir de algún modo en el cerebro. Hay días en que tengo la sensación de que se está cometiendo una injusticia con mi firulete.

—En éste no —dice Bender, que en el fondo es un romántico, ante la puerta del Loto Azul—. Vamos al de la vuelta.

Mora tiene cosas que la ponen por encima de las mujeres comunes.

—Para qué, es más caro.

Bender no tiene tiempo de conmoverse porque la palabra caro le produce una especie de hipo.

Cuatro horas más tarde (doble tarifa, alcanza a sentir Bender con la parte aún no licuada de sus sesos) vuelven a pasar, en sentido inverso, por delante del quiosco de diarios. Bender tiene una alucinación. Una extraña y fugaz locura eidética. Ve lo que el hombre del quiosco está viendo. Me veo y veo a Mora. Una especie de fotomontaje. La chica de *La Libertad en las barricadas* de Delacroix junto a un evadido del campo de concentración de Auschwitz. El quiosquero esta vez no me mira. Quizá porque no me ve.

En lo alto, sobre la cabeza de Bender, lentamente, ha comenzado a volar en círculos un ominoso pájaro negro de alas majestuosas. *Quita el pico de mi pecho. Deja mi alma en soledad.*

Departamento de Bender en Parque Centenario. Cama de fierro de una plaza, ventana al fondo. El cuarto de van Gogh pero con

una vieja Underwood sobre la mesa y una repisa con libros. Piso dos. Cuando el espectro de Bender subió a tumbos la escalera se sintió más bien Toulouse-Lautrec yendo de visita a ver qué tal seguía el otro de la oreja. Afuera, sobre el solitario laberinto del parque, cae la noche. Cae la lluvia. Cae todo. Bender ve la cama y también cae. Entonces repara en el diario. Se desliza de su bolsillo y cae al suelo. Lentamente, se abre. Como una cosa viva, como un diario que se despereza. Se abre exactamente en la página donde está la fotografía del anciano. Bender y el anciano se miran. Suena el teléfono.

—Hola —dice Bender—. Vos estás loco.

Del otro lado, una urgente voz de varón en celo le está pidiendo cinco palos. O por lo menos, tres. O sea otros tres millones viejos y todavía no pasó una hora. Le pregunto para qué esa importante suma: ¿tiene hambre?, ¿tiene el hijo enfermo? Coma mierda. Mate al hijo. Mi amigo del alma dice que hay que ser muy poco instruido para preguntar una cosa así. Una mina, oigo. Oigo la palabra mina y siento que Jack el destripador era argentino. Fui yo en Londres. La lluvia me trae el recuerdo y me cosquillean en las manos las tijeras y los bisturís y los escalpelos. Las voy a matar a todas. No quedará una puta sobre la faz de la Tierra. En cuanto termine de oscurecer salgo al parque y a la primera que pase le corto todo. Me oís, dice la voz de mi mejor amigo: una mina, esas cosas frágiles de ideas cortas y pelo largo, con ombligo. La tengo sentada en un boliche roñoso hace una hora, se le va a deformar el culo por tu pijotería, me oís o no me oís. Yo no lo oigo. Yo estoy mirando la fotografía del diario. Yo no lo oigo pero digo:

—Esperá un momento, no vayas a cortar, no te muevas de ahí ni hagas nada irreparable. —Bender mira la cara del anciano, lee el titular. Entonces era eso lo que estaba tratando de decirle el diario. Bender, de pronto, se despierta. Cuando vuelve a hablar le sorprende reconocer su voz. Varias especies de machos gallardos hablan por su boca. El león, el enjoyado pavo real, el buchón robador de palomas. No le sorprende, en cambio, lo que dicen.— La mujer es la casa del hombre —dicen—. Te presto diez, no cinco. Te los regalo, no te los presto. Si cuando llegás ya me fui, te los dejo encima de la cama. También te presto la cama. Estás oyendo perfectamente. Acaba de morir Henry Miller y yo debo colgar.

Siete minutos después, bañado, afeitado, reluciente y fresco como un pepino, Bender, totalmente desnudo, marcó el número de las Hermanas Adoratrices. Cuando lo atendieron se apretó la nariz con los dedos y, con impersonal voz de telefonista, preguntó si ése

era el número. Le dijeron que sí. De larga distancia un momentito que le van a hablar, dijo Bender. Hable, dijo Bender.

—Gracias —dijo Bender con tono latifundista de papá de Agustina—. Hola, hola —dijo—. Con la hermana Sofía, por favor —y la voz que oyó del otro lado parecía estar tan en paz con Dios que Bender se tapó con urbanidad el ombligo con el diario. La hermana Sofía habla, sí, dijo la voz—. La escucho muy mal, hermana. Le habla el doctor Daireaux, el papá de Agustina. Usted me escucha. —Sí, sí señor Daireaux, dijo la voz en armonía con los cielos.— Entonces escúcheme bien, yo casi no oigo nada. Usted cállese y escuche. Mi tía la mayor, tía Merceditas, la tía abuela de Agustina, usted la recuerda, la tutora de la niña, sí. Se dislocó la paletilla. Y va a necesitar que Agustina la asista por lo menos esta noche. Hola. A la niña la pasará a buscar mi primo segundo, el doctor Bender. Bender, exacto. Tiene una autorización mía, firmada, en regla. Merceditas se me quedó sin enfermera y sin mucama, Dios me perdone pero siempre lo mismo cuando más hacen falta. —Bender tomó aliento; desde el diario, los ojitos socarrones del viejo le estaban indicando algo, un pequeño problema.— Ah, sí. Gracias —dijo Bender al diario—. Me oye, hermana Sofía. Usted se preguntará por qué llamo yo desde mi establecimiento de tambo y no mis propios familiares desde Buenos Aires. Escrúpulos. Seriedad de mi primo segundo. Delicadeza, en suma. Figúrese que el doctor Bender, Ben-der, el del papelito, ha viajado en su avioneta ida y vuelta para recabar mi autorización. Al tambo. Hasta Junín. Fue y vino. Quiero decir, vino y fue, qué me dice. ¿Qué dice? Ah sí, con este tiempo. Vino y fue en su avioneta con este tiempo. No oigo nada. Cómo para qué tanta molestia, por si la necesitara a Agustina más de un día o algún otro día. Nunca se puede saber en ciertos casos. A veces pienso que esto puede durar toda la vida. Usted rece. Ah, hermanita, que se ponga su mejor vestido. Como si fuera a una fiesta. Es por la tía Merceditas, para que no crea que está grave. Si la niña quiere pintarse que se pinte. Los ojos, sobre todo. Que impresione. No quiero que la tía piense que se va a quedar sola con una criatura, usted me comprende. Hola, ¿me comprende? No oigo nada, debe ser por las inundaciones. Se me han ahogado cuatrocientas vacas y encima ahora la paletilla. Ben-der, ya sabe. Le cuelgo, hermana. Dios quede con usted, hermana. Ora pro nobis. No se imagina qué clase de favor está haciendo.

Veinte minutos después, Bender (piloto abrochado hasta el

cuello, paraguas a botón, diario en ristre) estaba sentado con las rodillas muy juntas en el banco frailero de la recepción del pensionado de las Adoratrices. Junto a él, la plácida hermana. Sofía. Igual a la abuelita del té Mazawattee. Hablaban de paletillas e inundaciones y de los designios inescrutables de la Providencia. Todo siempre era para bien. De tanto en tanto, en lo alto de la escalera, aparecían y desaparecían ovales rostros núbiles, o casi. Como en un palco del Cielo. Miraban a Bender con los ojos que Zola le describe en *La taberna* a la nena de siete años. La nena que después será Naná. Había unas cuantas, ahí arriba, bajo cuyas camisetas de frisa galopaba el corazón de Brunilda. ¡Guerra! ¡Guerra! Sonreían detrás de sus manitos, ji ji, y desaparecían. Son como gallinitas. Todas alrededor de mi granito de maíz. Quizá la imagen era mazorca. O marlo. Qué putesco puterío potencial, oh sombra de lo que fui. Cuándo bajará Agustina. Acá corro peligro. Tienen ojos de ménades. Ñam, ñam. ¡Socorro!, pensó Bender y, como a un amuleto, se aferró con las dos manos al diario enrollado sobre sus rodillas.

—Decía, hermana.

—Que si la niña no puede venir mañana no importa. Es el aniversario de la Segunda Fundación de Buenos Aires así que no hay facultad. Puede llamarnos por teléfono.

—Creo que no hará falta, hermana. Si Dios me ayuda. Es menos un tratamiento prolongado que intensivo. Por fortuna todo lo anterior está hecho. A conciencia. Masajes, calor. Alguna punción. Usted me comprende. Yo calculo que en seis o siete horas va a cantar en japonés.

—No lo entendí, señor Bender.

—Tía Merceditas es orientalista. Canta tankas, haikus. En la Colina del Arroz Sonoro me encontré con Tu Fu; bajo el sol cenital de ojos de oro, tenía puesto un sombrero de bambú. Esas cosas. Se acompaña con un laúd chiquito de la dinastía Ping. No ahora, claro, por la paletilla.

Entonces bajó Agustina. Circundada de adolescentes con caras de torta y ojos constelados, bajó Agustina. Como emergiendo entre los pétalos de la Rosa Mística. Seguida por un cortejo de miradas de ciervas, gatas de corralón, asombradas gacelas. Pintada a lo Cleopatra, armada de belleza hasta los dientes. Con lentitud bajaba. Con cara de loca, con un pie delante del otro. Como una pitonisa que desciende las escalinatas délficas, bien a lo turra, bajó Agustina.

Las mujeres saben. Agustina y su mirada más allá del Bien y del

Mal. Agustina glacial pero borracha ahora de aventura inédita. Sólo cambiar de dirección esa ebriedad y clavarse en la memoria de Agustina como un menhir, como un tótem, inmortal en Agustina todo lo que dure la transitoria ceniza de su cuerpo. En la iglesia vecina comenzaron a sonar campanas. ¡A la guerra! ¡A la guerra! Bender estaba de pie, su pito también. ¡Milagro! Las campanas llamaban a la bendición nocturna. Un coro de voces infantiles cantaba *Lauda Jerusalem*. ¡Hosanna! ¡Hosanna!

—Hola, tío Bender —dijo Agustina y su natural cinismo femenino hizo que Bender se felicitara por ser huérfano y varón.

—Hola, nena —dijo Bender.

Y en presencia de las niñas adoratrices del palquito, bajo la mirada aprobatoria de María de Magdala, de la hermana Sofía y de las once mil vírgenes, se dieron un casto, aunque ambiguo, beso de refilón en la comisura de los labios. ¡Hosanna!

Liliputienses flechas de ángeles gorditos volaban en todas direcciones, incluso me pareció ver angelitos de culo redondo cayendo desde lo alto en distintas posturas. Incluso, una de las niñas rodó por las escaleras. Y un gran pájaro negro se posó sobre su pecho. Y me miró fijamente a los ojos. Y graznando algo sobre la brevedad de la vida, le arrancó el corazón.

Bender y Agustina en Yrigoyen y Pozos, bajo un único paraguas. No llueve ni garúa ni llovizna. Orvalla. Agustina con vestido de jersey negro. No me mira. La miro de reojo. Somos una pareja de perfil, como dos egipcios. Agustina con su vestido y su cuello de garza real y su escote. Lista para ser pelada como una chaucha. Collarcito rutilante y quizá propio. Tapado sobre los hombros. No propio. Tapado de zorro requerido a último momento a alguna adoratriz adulta, una de esas viejas trotonas que ya tienen como veintiún años. Al bajar la escalera del pensionado lo llevaba entre los brazos, apretado contra el pecho. Tan niña y tan artera. Ahora uno nota lo que jamás imaginaría la hermana Sofía. Esta chica no tiene corpiño. Tampoco le hace mucha falta, es cierto, pero eso que se ve allí es en cierto modo una teta. Si yo fuera tu padre, piensa Bender.

—Cerrate ese tapado. Venus de las pieles.

—Te gusta, es mío —informa con impávida falsedad Agustina y Bender la mira—. Mentís, trompeta —se dice a sí misma Agustina bajando los ojos—. Adónde me llevás —preguntó después.

Entonces Bender se lo dijo, estaba enojado y se lo dijo con

brutalidad. No le dijo adónde sino a qué. Empleó una palabra fea, un vulgarismo. Tal vez debió decir a hacer el amor, no esa palabrota.

Agustina estaba encantada.

—*Surprise!* —dijo—. ¿Otra vez?

Bender la miró con ojos de loco.

—Pero antes —dijo Bender— te llevo al cine. Siempre jodiste con que te llevara al cine —no sé por qué estoy hablando con ferocidad, pensó Bender, yo no soy así, yo soy más bien un melancólico—. Y después del cine te llevo a comer a algún lugar exótico, carísimo, con zíngaros y bayaderas y turcas con el ombligo al aire que bailen la danza del vientre —me enloquecí, pensó Bender.

—¡Fa! —dijo Agustina.

—Y a caminar. También a caminar por parques húmedos.

—Qué hermoso. Y después de eso me abandonás. O te suicidás. Te lo veo en la cara.

—Qué, cómo.

—Que quiero ir a ver una prohibida para menores de dieciocho.

Y Bender tuvo una revelación. O dos.

La primera no fue, *stricto sensu*, una revelación auténtica: fue una constatación. Siempre lo sospeché. Las mujeres saben todo acerca de todo. Cumplen once años y ya está. Colegiala que pese más de treinta y cinco kilos trae, en su carterita, un biberón y un Mejoralito para Bender. Debido a que soy huérfano. El desamparo se nota. La soledad es como un resplandor. Enfermera, pitonisa, madre y puta son funciones litúrgicas de la mujer. Por eso se me pegan estas yeguas. Practican conmigo. Y yo me voy a morir lejos del Paraíso. Sin confesión y sin Dios. Y seguramente sin pilila. Crucificado a mis penas como abrazado a un rencor. Nada de lo cual fue la verdadera revelación. La revelación fue cuando Bender oyó que Agustina quería ver una película chancha. La miró y se quedó mirándola. La miró con helados ojos repentinamente grises, dos pequeñas y frías monedas de níquel, qué cosa escalofriante. Bajo su negro paraguas Bender miró a Agustina desde Transilvania. Y ahora habla secamente. La está corrompiendo, la seduce, ha empezado a violarla hasta el más remoto sarampión, hasta el último vestigio de Quacker Oats.

—No querés nada de eso —dijo—. Lo que Agustina quiere es ir a ver el festival de Tom y Jerry. Y que lo aproveche bien, que se ría hasta hacerse pipí de felicidad. Carpe diem. Porque nunca en su vida volverá a ver un dibujo animado con los mismos ojos.

Agustina muy seria. Va a decir alguna pavada.

—El otro día hicimos *Otelo* con las chicas del pensionado. La gorda Martínez hacía de Otelo pero en vez de oh infame puta decía oh esposa impura. Te da una risa bárbara, no te da nada de risa. Bueno que de golpe me acordé de la gorda cuando Otelo la agarra del cogote a Desdémona y le dice que rece. Impresiona más porque le dice de usted, ha rezado Desdémona sus oraciones, a mí los sádicos no me dan nada de susto.

—Je —dijo Bender.

—Por qué no te casás conmigo y me sacás del pensionado. Odio las vacas. Odio el latín. Yo te lavo la ropa.

—Je —dijo Bender—. Taxi —dijo—. Al cine Real, rápido, al festival de Tom y Jerry.

—No, no —susurró Agustina clavándole las uñas en la mano—. Tom y Jerry, no. Tengo miedo.

Y en el iris de sus ojos huían, en todas direcciones, fulgurantes y aterrados pececitos de colores.

—Je, je —dijo Bender.

Y he aquí que no vieron ni a Tom ni a Jerry. Vieron *Los hechos del Rey Arturo y sus Nobles Caballeros* con el pato Donald en el papel de Sir Lancelot del Lago. Él y grande elenco rico en mandobles y catapultas. Y aunque Agustina no reía aquello era mucho mejor que la historia del rey Rodericus y Carlos Martel en los albores del protocastellano, había explosiones y salvajismo a rolete, la vaca Clarabella tocaba el laúd, el tío Patilludo era Merlín y Pete Pata de Palo acaba de raptar a Guenevere porque es el Ogro. Con música de Bartók y Ligeti. Y Walt Disney, que flotaba sobre el caos, dijo Hágase un Gran Petardo. Y el petardo se hizo. Y los niños que pataleaban en el cine Real y rodeaban a Bender y a Agustina (que no reía) y enchastraban a su mamá de maní con chocolate y moco vieron que el petardo era bueno. Y el petardo estalló. Maldición, Sir Lancelot está en peligro. Y Walt Disney dijo Harele ayuda idónea para él. Y apareció un cañoncito negro y apuntó el culo de Pete y uno de los sobrinos de Donald sacó una caja de fósforos, el otro la abrió, el otro encendió la mecha, y el pícaro gordo fue a parar a la mierda con grande regocijo de la platea al borde de la histeria colectiva. Pero Agustina no reía. Tenía enormes ojos de hechizada, se le desorbitaban los ojos y parecía estar viendo los frisos pornográficos de Pompeya, leyendo el *Ananga Ranga*, visitando las cámaras secretas de Sumeria, iniciándose en Eleusis,

con los labios entreabiertos, igual a la prostituta de Babilonia. Y la reina Guenevere, interpretada por Margarita (largas pestañas, holgados zapatos de taco alto, bonete con tul), iba a ser quemada en un puente pero tocaba la mandolina. Un niño, enloquecido de placer, le dio una patada a Bender y depositó algo dulzón y derretido en su mano. Era rico, constató Bender al chuparse el dedo. Ahora no estaba muy seguro de si Patilludo era el rey o Merlín, algo confuso por las explosiones y los degüellos, sin contar un interrogante que lo hizo sentir aún más huérfano. A quién preguntarle por qué, si Dippy es un perro, tiene a su vez un perro llamado Pluto. Y por qué Pluto es también perro de un ratón. Por qué Clarabella, que es vaca, anda a caballo por campiñas donde hay vacas que parecen vacas. Cómo es que todos tienen cuatro dedos. Y usan guantes. Y ese auto que viene ahí de dónde salió.

Momento en que, en el silencio expectante del cine Real, se oyó la voz de Agustina:

—¡La abuela Donalda! —gritó.

Y fue la apoteosis. Los niños aullaban, se revolcaban y quizá morían, Agustina se reía aferrada al bíceps de Bender y lo pellizcaba, la abuela Donalda sacó del baúl de su auto una descomunal Máquina de Picar Carne y metió a todos los traidores de Camelot adentro, mientras Gastón hacía girar la manivela y Clarabella y Margarita, con su mandolina y su laúd, ejecutaban el "Calmo con tenerezza" del *Doble concierto para flauta y oboe*, de Ligeti. Y Bender, en la oscuridad, también reía. Pero de un modo ambiguo. Como crujen en los muelles los barcos a la noche, como la calavera de Yorick. La boca reía, je, pero de sus ojos saltaban lágrimas como si un mono tirara cocos desde una palmera. *The End*. Y salieron de la irrealidad del cine Real a la realidad del mundo real y ahora caminan por Corrientes bajo la llovizna entre niños que ríen y hablan a gritos de la película, viste cuando, niños cubiertos de lana, que huelen vaga y simultáneamente a chocolatín y a perro mojado. Ruido y furor y lluvia. Como un cuento contado por una regadera loca.

El cuervo de Poe, desde una prudencial altura, deja caer una cagadita sobre el paraguas de Bender. Cosa que nadie olvide cuál es el camino de toda carne.

Y un minuto antes de la medianoche, Agustina estaba desnuda como vino a este mundo en la habitación número 88 del Hotel Capricornio.

Y ahora, por favor, silencio.

Debí vivir cuarenta y cinco años para comprender el sentido cabal de las palabras: hacer el amor. Yo recuerdo que de chico, en los libros, hacer el amor significaba otra cosa. Hacer el amor era hablar de amor, cortejar. Todo cambia, por supuesto. Ya a los ocho años yo descubrí, sin demasiado dolor, que hay que estar preparado para despertarse cada mañana en una casa que no es más la nuestra, ni volverá a serlo nunca. De esa época, creo, viene mi confianza en las palabras y mi amor por los viejos libros. Los libros, para mí, eran el bosque sagrado donde las cosas sucedían sin pasar por el tiempo, eran como remansos de la realidad. Pudo desaparecer Troya, podían haberse podrido los barcos y los hombres que la asolaron y la defendieron, podía el bronce de la que fue una espada haberse ido degradando hasta este adorno de bibelot en esta pieza de hotel, pero siempre quedaba un lugar donde unos versos rearmaban el intacto escudo de Ulises, la frente de Helena, el mar color del vino. Mi madre no estaba, mi padre dejaría de cuidar sus rosas algún día, yo mismo me iba a ir; pero quedaban para siempre ese arco que seguía siendo tensado por un rey, y la flecha que atraviesa el ojo de las hachas. Las palabras no podían corromperse; no eran cosas. Las palabras eran el origen y el espejo de las cosas. Después crecí. Y un día, ante mi asombro, una muchacha tan joven como Agustina le estaba susurrando a un muchacho que era yo algo que él no entendía. Esa noche, Bender durmió solo. Pero desde esa noche “hacer el amor” significó brutalmente acostarse con una mujer. Confieso que me sentí ofendido. Era, me pareció, un abuso de lenguaje. Después seguí creciendo. Hablé poco y forniqué mucho. Pero nunca hice el amor. Prevariqué, eso sí, y puticé. Como el ventero que armó a don Quijote, recuesté viudas y deshice doncellas. Fifé, me encamé, jodí, copulé, corté como Jerineldo la rosa más fragante de algún jardín real, pinché y trinqué; rompí, sodomicé y desgolleté, conocí, folgué, serruché y hasta solitariamente me vicié, pero como había aprendido a desconfiar de las antiguas y hermosas palabras, no le hice a nadie, ni mucho menos hice con nadie, el amor. Yo creo que las mujeres lo saben, y por eso a veces fijan con desconsuelo su mirada en mi bragueta, como desde lejos, con los mismos ojos milenarios que tenía mamá cuando planchaba y yo jugaba a descuartizarme o a ser el señor Valdemar derretido, y cuando les pregunto qué pasa ellas dicen que a los tipos como Bender habría

que cortarles la cuestión con una lata oxidada. No sé, a lo mejor todas las mujeres saben todo y es cierto nomás que los hombres somos seres inferiores e incompletos. De cualquier modo, algo descubrió Bender la tarde del 10 de junio de 1980, algo empiezo yo a descubrir ahora. Mientras voy doblando dulcemente hacia atrás el cuerpo de Agustina y me oigo decirle que no hable, que no piense, mientras la tiendo muy suavemente como a un objeto muy frágil sobre el brillante acolchado azul de la cama donde su cuerpo titila como una constelación que hubiera adoptado la forma de una mujer, he comenzado a develar el verdadero sentido de las palabras hacer el amor. Hacer el amor, armarlo, levantarlo piedra sobre piedra, arco a arco, columna a columna, y dejarlo instalado sobre el mundo, es desafiar nuevamente a Dios. El árbol vedado del remoto monte del Abuelo, antes que ningún otro conocimiento, enseñaba esa peligrosa sabiduría, y es así que todavía hay un ángel castrado entre las plantas amenazando los genitales de los hombres con una espada de fuego. Hacer el amor es robarle la mujer a Dios. Porque para armar el amor y habitarlo, hay, antes, que crear a la mujer, hacerla. La mujer es la casa del hombre, decían los antiguos. Es cierto. La mujer es una casa construida según la lenta albañilería de algún hombre. No me apures, Agustina, no te apures, esto que se está haciendo como un dibujo bajo la lluvia tiene sus leyes y sus ritmos, no es el amor, pero hay que escandirlo amorosamente como un verso. El amor no puede hacerse en unas horas, como yo creía, ni en semanas. Se tarda años. Hay hombres y mujeres que mueren sin haberlo hecho, sin saber cómo se hace, hay muchachas y muchachos a los que asesinaron sin haberles dejado levantar una sola viga ni abrir una ventana, hay generaciones y pueblos enteros que son diezmados, supliciados, ardidos hasta lo blando de los huesos, sin darles tiempo a reunir los materiales de hacer el amor, ahora mismo, mientras mi boca en tu oreja y tu boca de ahogada en mi cuello y mi mano subiendo por los contornos de médano de tu cuerpo, hay, sobre la húmeda y eléctrica piedra lustral de un sótano, en una cárcel, una adolescente roja que ya no va a temblar nunca con el temblor que ahora percibo bajo mis dedos como una caliente arena fina por la que pasara un río subterráneo. Vientres pateados, sexos deshechos, martirizadas bocas de dientes rotos, Agustina, ruinas nupciales, pedazos de parejas muertas que nunca van a sentir lo que por primera vez estás sintiendo ahora, este miedo dulce de ir cayendo hacia el centro de vos misma que hace rodar de un lado a otro en la oscuridad tu cabeza sobre la almohada, que te hace decir qué, qué me pasa, manos mutiladas

que estuvieron vivas y que ya no encontrarán lo que tu mano, de pronto inexperta, busca entre mis piernas, hombres que tuvieron piernas y un sexo para usar entre las piernas, matas de cabello de mujer que no llenarán nunca el puño de un varón, puños de varón que nunca más empujarán con dulce brutalidad la cabeza de una muchacha hasta la consentida sumisión, hasta la ambigua servidumbre que sólo la hembra del varón aprende, que no conocen las bestias ni los ángeles, pero que Agustina ahora no acepta, de rodillas sobre la alfombra y con las manos juntas como una mantis religiosa, volviendo a sacudir de un lado a otro la cabeza como si rezara, apretando los dientes acaso por el súbito horror de querer arrancarme el sexo de las entrañas, por primera vez no acepta, mientras Bender de pie sonríe y acaricia con cuidado y suavidad su cuello, como quien amansa un animalito cerril, le cubre dulcemente las orejas con las manos, se arrodilla junto a ella y le besa las lágrimas, la distrae, y como si jugara la va tendiendo sobre el piso y la abre como a un cauce mientras Agustina murmura por qué acá, por qué así, y él le dice que se calle, que no hay que pensar, que escuche, que escuche cómo cae la lluvia.

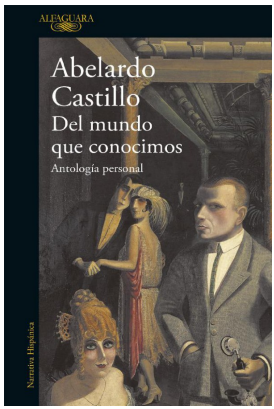
La del alba sería cuando Bender, mustio y desmejorado, se paró frente a un bar de la calle Pozos. Solo con su alma. Sigue lloviendo. Es una mañana gris como la que, hace cuatrocientos años, le inspiró a don Juan de Garay la gigantesca broma de insistir en llamarle Buenos Aires a este pantano. Las gacelas del Valle de Nourjahad no tenían los ojos más grandes que Agustina esta mañana. Cuando lo miró por última vez, sin saberlo. Dos sonámbulos *maelström* violetas donde naufragará, uno de estos días, el corazón desarbolado de un adolescente que me llamará viejo verde. Debo constatar, en casa, si aún me queda algo sólido en la delicada bolsa del escroto. Me he pasado exactamente medio día en la cama. Doce horas. Irreparable pérdida. Homúnculos que podrían haber repoblado la Tierra, en caso de necesidad. Bender, frente a esa puerta, con el dinero justo para beberse un whisky matutino, medicinal y acaso póstumo, o para tomarse un taxi hasta Parque Centenario. Entro en el bar y abro el diario. Pero antes de abrir el diario veo lo que veo. Un joven matrimonio, enfrente. Llevan canastitos, sillas plegables, bidones. Veo dos bicicletas, una con sidecar. Esos dos no creen en la llovizna, van de picnic. Es feriado y tienen perro. Ponen dos niñas en el sidecar. Bender recuerda algo que le atañe. ¿Le atañe? O a lo mejor allá enfrente no llovizna, allá,

en el mundo real. Un whisky doble, dice Bender. Murió a los 88 años, dice el diario. Allí están, desde hace veinticuatro horas, el titular, la noticia y la fotografía. Bender mira la cara del viejo, sus ojos de fauno, su boca sensual. Esa expresión divertida y maligna. Bender mira ahora su gran frente ascética, rapada, austera como un domo. Frente de lama tibetano. Esa cabeza y esos labios deben de haber combatido duro por apoderarse de su alma. Hay caras que no son caras, son campos de batalla. En la vereda de enfrente, la pareja que tiene un sol propio para los días de lluvia ha subido a sus bicicletas, el perro mueve la cola. Son salutíferos y a su modo eróticos. Hacen asado en el fondo. Su felicidad es del tamaño de un huevito de paloma, pero ellos la protegen de la lluvia. Y la empollan. Sábados y domingos. Porque así también era el mundo en tiempos de Bender, querido lector.

El viejo fauno lo miraba desde el diario no sin cierta socarronería.

—A tu salud, abuelo —ha dicho Bender alzando el vaso y mirando la cara del viejo—. A tu salud, y cada cual a su manera.

Un gran pájaro negro, arrastrado por la tempestad, entró en el bar. Bender sintió unas uñas clavadas firmemente en su hombro, bebió y miró plegarse en el suelo la sombra de unas alas.



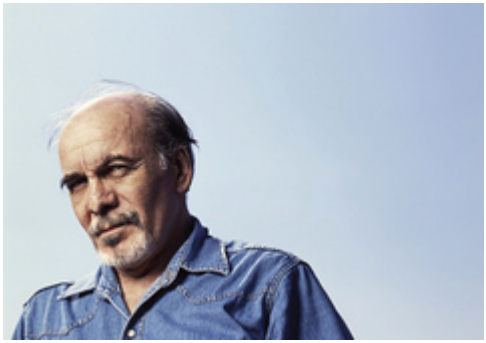
«Las palabras no podían corromperse; no eran cosas. Las palabras eran el origen y el espejo de las cosas.»

Un canon de la narrativa argentina no podría soslayar, junto a Borges y a Cortázar, la obra de Abelardo Castillo. *Del mundo que conocimos* traza un mapa personal de sus relatos. Desde el ya clásico e inolvidable «La madre de Ernesto» —que inauguró en 1961 su primer volumen de cuentos— hasta algunos de los últimos publicados, este libro reúne quince piezas —elegidas y revisadas por el propio autor— que arman una totalidad nueva: un itinerario tan particular como imprescindible.

«Estos relatos son, por decirlo así, mis preferencias. Dibujan a su modo una especie de autobiografía, que no debe buscarse en las anécdotas, sino en lo "indecible", en lo que cada historia significó para mí en el momento de escribirla.»

Abelardo Castillo cree en la literatura como testimonio, como modo de conocimiento y lúcido compromiso con la historia, y, antes que nada, como acto poético. Este libro es una cita impostergable con la obra de uno de los más notables y más leídos escritores argentinos, pero es sobre todo una invitación irresistible a encontrarse con algunos de los mejores cuentos de la literatura en

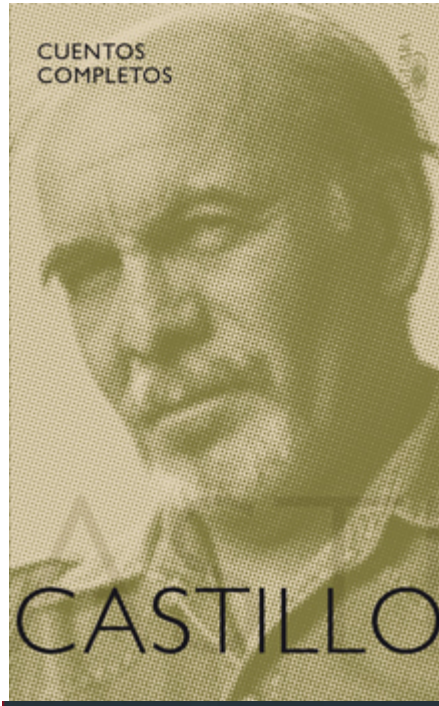
nuestra lengua.



ABELARDO CASTILLO

Nació en San Pedro, Buenos Aires, en 1935. Novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista, ha publicado *Las otras puertas*, *El otro Judas*, *Israfel*, *Cuentos crueles*, *Las panteras y el templo*, *El que tiene sed*, *Crónica de un iniciado*, *Las maquinarias de la noche*, *Ser escritor*, *El evangelio según Van Hutten* y *El espejo que tiembla*, entre otros títulos. Traducida a quince idiomas, su obra ejerce una clara influencia en autores de promociones más tardías. Recibió el Premio de Autores Contemporáneos de la UNESCO por *Israfel*, el Primer Premio Municipal por *El que tiene sed*, el Segundo Premio Nacional por *Crónica de un iniciado*, y el premio hispanoamericano José María Arguedas (La Habana) por *El espejo que tiembla*. El conjunto de su obra fue galardonado con el Premio Nacional Esteban Echeverría, el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el Premio Konex de Brillante. En 2014 publicó el primer volumen de sus *Diarios (1954-1991)*.

Foto: © Alejandra López


CUENTOS
COMPLETOS
CASTILLO

Abelardo Castillo
El candelabro de plata
y otros cuentos
SERIE ROJA
ALFAGUARA

Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Castillo, Abelardo
Del mundo que conocimos / Abelardo Castillo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2016.
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-738-304-1

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.
CDD A863

© Abelardo Castillo, 2016

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
En cubierta: *A la belleza* (1922), de Otto Dix

Edición en formato digital: diciembre de 2016
© 2016, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de Ediciones
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-738-304-1

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Del mundo que conocimos
Prólogo
La madre de Ernesto
El candelabro de plata
Also sprach el señor Núñez
Patrón
Los ritos
Triste le ville
Las panteras y el templo
Crear una pequeña flor es trabajo de siglos
Por los servicios prestados
Carpe diem
La cuestión de la dama en el Max Lange
La mujer de otro
El tiempo de Milena
El hermano mayor
La fornicación es un pájaro lúgubre
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos